

Marie-Claire Durand Guiziou
(ed.)

Mosaico de cuentos africanos



Gobierno de Canarias
Presidencia del Gobierno
Dirección General
de Relaciones con África

CCC
COOPERACIÓN
CANARIA



UNIVERSIDAD DE LAS PALMAS DE GRAN CANARIA
Servicio de Publicaciones

MOSAICO DE CUENTOS AFRICANOS

Marie-Claire Durand Guiziou (ed.)

Edición bilingüe



Gobierno de Canarias
Presidencia del Gobierno
Dirección General
de Relaciones con África



COOPERACIÓN
CANARIA



UNIVERSIDAD DE LAS PALMAS DE GRAN CANARIA
Servicio de Publicaciones

2007



© del texto: los autores

© de la edición: DIRECCIÓN GENERAL DE RELACIONES CON ÁFRICA
GOBIERNO DE CANARIAS

Primera edición, 2007

Maquetación y diseño: UNIVERSIDAD DE LAS PALMAS DE GRAN CANARIA
SERVICIO DE PUBLICACIONES Y DIFUSIÓN CIENTÍFICA

Diseño de las cartas africanas: Antonio Hernández Cordero

ISBN: 978-84-690-9898-1

Depósito Legal: GC 1116-2007

Impresión: Gráficas Sabater

Impreso en España. *Printed in Spain*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático.

Índice

PRESENTACIÓN	11
PRÓLOGO DE GISELE PRIGNITZ	15
EL CUENTO EN SU ESPACIO GEOGRÁFICO: ÁFRICA	21
CUENTOS DE MALI	23
Pourquoi les couples sont ce qu'ils sont?	25
<i>Amadou Hampâté Bâ</i>	
¿Por qué las parejas son lo que son?	32
<i>Traducción de M^a de los Ángeles Sánchez Hernández</i>	
CUENTOS DE GUINEA	39
La bataille des deux coqs	41
La batalla de los dos gallos	43
La queue et la peau du buffle	45
La cola y la piel del búfalo	48
<i>Jean-Marie Touré</i>	
<i>Traducciones de Rosa Delia González Santana</i>	

CUENTOS DE BENÍN	51
La calebasse d'Abouya	53
<i>Bienvenu Arbolan-Afoutou</i>	
La calabaza de Abouya	57
<i>Traducción de M^a de los Ángeles Sánchez Hernández</i>	
 CUENTOS DEL CONGO	 61
Kalla la noyéc	63
<i>Victor Nimy</i>	
Kalla la ahogada	74
<i>Traducción de Carolina García Mora</i>	
 CUENTOS DE CAMERÚN	 85
Kulu et Beme	87
Kulu y Beme	89
Beme et Mvomo le python	91
Beme y Mvomo la serpiente pitón	94
<i>Séverin Cécile Abega</i>	
<i>Traducciones de Amadou Ndoye</i>	
 CUENTOS DE BURKINA FASO	 97
Le lièvre et l'épervier	99
La liebre y el gavián	101
Le monde tourne, le monde change	103
El mundo gira, el mundo cambia	105
<i>Alain-Joseph Sissao</i>	
<i>Traducciones de Moustapha Bangoura</i>	

CUENTOS DE NIGER	107
Les amis du jardinier	109
Los amigos del jardinero	112
L'arbre du pardon	115
El árbol del perdón	118
<i>Laurence Rivaille y Pierre-Marie Decoudras</i>	
<i>Traducciones de Marie-Claire Durand Guizjou</i>	
 CUENTOS DE COSTA DE MARFIL	 121
La cruche	123
El cántaro	132
<i>Bernard B. Dadié</i>	
<i>Traducción de Eduardo Artiles León</i>	
 CUENTOS DE GABÓN	 141
L'homme qui fut changé en termitière	143
<i>André Raponda-Walker</i>	
El hombre que fue transformado en termitero	146
<i>Traducción de Mabanta Kebe</i>	
 CUENTOS DE SENEGAL	 149
Tours de lièvre	151
<i>Birago Diop</i>	
Las malas jugadas de la liebre	159
<i>Traducción de Tapsir Bâ</i>	

CUENTOS DE TOGO	167
Trito la curieuse	169
<i>Yves-Emmanuel Dogbé</i>	
Trito la curiosa	173
<i>Traducción de Eduardo Artiles León</i>	
 POSTFACIO DE JUAN MANUEL SANTANA PÉREZ	177
 GLOSARIO	181
 EDITORES Y REVISIÓN DE LA EDICIÓN	185

Presentación

Con esta antología bilingüe de cuentos africanos, pretendemos ofrecer una pequeña muestra de historias que pertenecen a un fondo oral transmitido de generación en generación y que, gracias a la recopilación –y a la traducción– pueden alcanzar una mayor difusión en beneficio de un enriquecimiento cultural para un público lector curioso de conocer otras costumbres, otros lenguajes, otras imágenes, otras visiones del mundo.

Los quince cuentos que incluimos en esta antología proceden de países del espacio francófono: la lengua francesa que ha servido para recopilar o transmitir aquel patrimonio oral que cada pueblo, cada etnia atesoraban como marca de identidad propia, no deja de ser un vector lingüístico intermediario. En efecto, al verter al francés y al español –con éstas nuestras traducciones– los cuentos originales que fueron concebidos, creados y transmitidos en lenguas autóctonas africanas, se pierde parte de la expresividad de estas historias de la sabana. No podemos olvidar que el cuento ha sido creado para llegarnos a través de la percepción auditiva. El paso obligado por una transcripción merma la proyección del cuento africano que se desprende de gran parte de su magia ante la casi imposibilidad de recoger en nuestras lenguas románicas la musicalidad y variedades de timbres que caracterizan esas lenguas tonales autóctonas. A ello se añaden todos aquellos elementos que conforman la parte escenográfica del cuento que le da su fuerza, su fantasía y su singularidad: fórmulas onomatopéyicas, ritmos marcados con palmadas o instrumentos musicales, gestos, mímicas, cantos e incluso bailes o réplicas compartidos por el auditorio que participa de ese acontecimiento colectivo con el mismo fervor que el propio narrador, ese mago de la palabra.

Aun así, vale la pena contribuir a una mayor difusión de aquel legado oral, hoy en día codificado lingüísticamente y accesible a una gran mayoría de lectores gracias a la traducción.

El cuento, como todos sabemos, es parte del patrimonio cultural del hombre: existe en todas las civilizaciones y ha contribuido, desde aquellos tiempos remotos, en que sólo era relatado, a modelar la personalidad del niño; no obstante sería un craso error insinuar que el cuento pertenece al exclusivo mundo de la infancia.

De ese mundo irreal o universo proteiforme que se construye a través de mitos, fábulas, leyendas, y que se expresa por boca de duendes, genios y monstruos, mezclándose lo ominoso con lo maravilloso, brotan unos valores morales que se expresan a través de la sabiduría popular y que el mundo de los adultos reconoce como la voz de la experiencia, aquella que se hace eco de la palabra de los antepasados venerados y que permanece inalterable.

Gracias a sus formulaciones, repeticiones a modo de ruegos y oraciones, imágenes expresivas y una simbología conocida de todos, el cuento permite abordar cualquier tema de la sociedad. A menudo, el animal le roba protagonismo al hombre o comparte las mismas escenas, sin salir siempre mejor parado. El travestimiento de la sociedad de los hombres en una galería de animales es un recurso frecuente en los cuentos: permite señalar y ejemplificar de forma lúdica e indirecta aquellos defectos, vicios o taras humanos que las normas sociales no permiten abordar o criticar sin tapujos. A través de los protagonistas animales, los conceptos más abstractos se escenifican e ilustran con imágenes –símbolos que llaman directamente la atención y estimulan emotivamente cuando no llevan a una reflexión profunda. Ese factor sociológico y cohesivo del cuento en la comunidad africana no puede pasar desapercibido si se quiere ahondar en unas culturas que han pervivido esencialmente en la oralidad y donde la palabra llega a ser sagrada.

El bestiario africano es una fuente inagotable en sus cuentos y hemos tenido en cuenta ese factor a la hora de proceder a nuestra selección que, como podrá observarse, ofrece una muestra representativa del reino animal donde la astuta liebre tiene un gran protagonismo, pero también la hiena, el cerdo, el gavilán, el león, el elefante, el cocodrilo, la serpiente pitón, el búfalo, etc.

La sátira, al infiltrarse con sigilosa astucia en ese mundo fabuloso de animales y duendes, permite descubrir una crítica latente contra los grandes personajes que ejercen el poder caprichosamente y sin compasiones para el prójimo. Así, por medio de alusiones se denuncian abusos, humillaciones, corrupciones, injusticias, que son cometidos por esa casta superior de la sociedad: reyes, jefes, *morabitos*, ricos comerciantes, etc). Todo queda en risas

y decisiones que pone a mal el reino de los animales, un mundo expresamente calcado en la sociedad de los hombres.

El cuento apareció en una época en que la libertad de expresión estaba condenada por gran cantidad de tabúes en comunidades que —como cualquier colectivo humano— tenían sus problemas de convivencias. En una sociedad en conflicto, el cuento puede servir para ilustrar y resolver las cuestiones más espinosas a través de imágenes, símbolos, o trasladando situaciones humanas demasiado próximas, a mundos irreales, dando paso a la voz de la sabiduría popular, la más esclarecedora desde tiempos inmemoriales.

Los quince cuentos que figuran en esta antología proceden de once países del África negra: Mali, Guinea, Benín, Congo, Camerún, Burkina Faso, Níger, Costa de Marfil, Gabón, Senegal y Togo.

La longitud de cada cuento es variable y la selección se ha hecho en función del interés étnico cultural antes que de la densidad del contenido. Esa clasificación por once países que ilustramos en cada caso con un mapa en color resulta —no se nos escapa— algo artificial, habida cuenta de que el mapa geopolítico actual de África poco tiene que ver con la representatividad de las etnias que habitaron ese continente hace milenios. No obstante, nos pareció un mal menor ofrecer esta distribución territorial a fin de facilitar al lector un punto de referencia concreto a la hora de ubicar el origen del cuento que se le muestra.

La cuestión temática ha sido también un factor de selección: los quince cuentos recogen un gran abanico de los temas recurrentes y, por ende, más representativos en los cuentos africanos: vida y muerte, pobreza, huérfanos y madrastras, defectos humanos, vicios y taras —avaricia, envidia, gula, celos—, personajes míticos, reyes y princesas, matrimonios polígamos y rivalidades entre esposas, poetas-cantautores o griots, y morabitos, entre otros. Si bien muchos de los temas son universales, interesan por la singularidad que adquieren en el contexto muy peculiar y tan colorido de la sabana africana donde adquieren un colorido propio.

Para llevar a cabo este trabajo antológico, hemos contado con la colaboración de varios profesores universitarios de esta Universidad de Las Palmas de Gran Canaria y de la Universidad Cheik Anta Diop de Dakar, en Senegal¹. Sus nombres figuran junto al título del cuento traducido.

¹ Una colaboración que ya ha dado sus frutos anteriormente con la edición, en 2005, de una obra antológica, *Tradición y Modernidad, antología de novelas de autores senegaleses* (Servicio de Publicaciones de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria).

Debido a la gran diversidad de lenguas autóctonas que se “infiltran” en los cuentos seleccionados, resultaba imprescindible ofrecer un glosario al final de esta antología para explicitar conceptos o realidades tan lejanos de nosotros. Para ello, hemos contado con los profesores colaboradores senegaleses conocedores de aquella idiosincrasia africana y sus variantes lingüísticas y cuya labor agradecemos sinceramente.

El prólogo de esta Antología es obra de una gran especialista del mundo africano, la Dra Gisèle Prignitz, profesora de la Université de Pau et des Pays de l'Adour, en Francia.

Para el postfacio, hemos podido contar con la colaboración del Dr. Juan Manuel Santana Pérez, historiador y profesor de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria, cuya trayectoria investigadora está íntimamente ligada al mundo africano.

A las editoriales francesas y africanas Stock, L'Harmattan, Présence Africaine, Karthala, Akpagnon, queremos agradecer su buena disposición a la hora de gestionar los derechos de autores.

En cuanto a la presentación, no nos pareció necesario proponer una reseña sobre los autores o recopiladores francófonos de los cuentos, dado que estos, son en su mayoría anónimos o pertenecen a un patrimonio cultural común, pero sí nos interesaba que el lector pudiera ubicarlos en el espacio donde se originaron, por lo que la carta de presentación de cada cuento viene a ser el mapa de su área geográfica cuya nomenclatura oficial actual hemos respetado.

Con todo, esta antología de cuentos pretende abrir una ventana al exterior con su bocanada de nuevos aires, otros conocimientos, otros valores, otros mundos y, como diría Amadou Hampâté BÂ, otra sabiduría, pues en palabras del célebre escritor maliense: “ Un cuento es un espejo donde cada uno puede descubrir su propia imagen”.

En fin de cuenta, se trata de un inestimable legado cultural que podrá perdurar para el disfrute y la satisfacción de los lectores gracias a la colaboración de todos, etnólogos, historiadores, filósofos, sabios, lingüistas y ...traductores.

Marie-Claire Durand Guiziou

Prólogo

Presentar cuentos africanos según su país de origen, con la preocupación por mostrar su localización, es una idea particularmente luminosa e interesante. Pedagógicamente, es una iniciativa clara y acertada. Como francófona, soy muy sensible a esta localización. Permite ver la extensión de la lengua francesa en la que dichos cuentos se han escrito. Se piense lo que se piense de la colonización y de los males acerca del desarrollo político de esas naciones, la difusión y el aliciente para escribir y describir el patrimonio cultural ha sido un arranque para afirmar al mundo entero la aprehensión africana del mundo.

El cuento se basa en la patria chica – y por supuesto presenta matices que la traducción, francesa o española, no puede dar. Primero, porque el modo de relatar el cuento es oral, y naturalmente en las diversas lenguas maternas de sus autores. Después, porque las propias palabras conllevan resonancias que las lenguas en las que escriben los autores no poseen para el lector. Es el caso de los ideófonos, esas “expresiones sonoras” que, según las palabras de Senghor¹, “se adaptan a todos los matices de los sentimientos-ideas”.

Como cuenta Suzy Platiel, etnóloga que ha reunido cuentos Sàñ'an de Burkina Faso, transcritos y traducidos por ella, la velada durante una tertulia en temporada de calor suele empezar con un cuento que se lanza espontáneamente “sin la menor búsqueda estilística, y, a menudo sin el menor efecto oratorio”; todos intervienen, a su vez, pero existen cuentistas más talentosos muy solicitados para el placer de todos.

1 L. S. Senghor, *Liberté I*, Seuil, 1964, p. 239, citado por Nicole Vincileoni In *Comprendre l'œuvre de B.B. Dadié*, Les classiques africains, n.º 860, Issy-les Moulineaux: Éditions Saint-Paul, 1986, p. 106.



“No obstante, añade Suzy Platiel en el prefacio de *La fille Caillon*², los cuentos no tienen solo una función lúdica. Vehículos y reflejos de la cultura y ética social del grupo, es también con esta palabra como [...] se transmiten el patrimonio cultural y los códigos del comportamiento de la comunidad que los ha producido”. Y, desde luego, es igualmente una escuela de la palabra en esas sociedades que no disponen de libros para que el niño se convierta en adulto consciente e integrado en su cultura.

Pero noto que los autores africanos, quienes a menudo han empezado su obra escribiendo cuentos, al restituir a su nación la herencia que habían recibido, como es el caso de Bernard Dadié con *Le Pagne noir*, lo hacen a su manera de hombres que han pasado por la cultura occidental, por la escuela de los blancos, por medio de la escritura, de intelectuales de un mundo nuevo. Al observar los nombres de autores de cuentos cuyas traducciones reúne aquí Marie-Claire Durand Guiziou, nos encontramos tanto con autores consagrados de la literatura africana, como Birago Diop el senegalés, autor de *Les Contes d'Amadou-Koumba*: dicen de él, P. Mérand y S. Dabla³ que, como “digno émulo de La Fontaine, ha introducido el cuento en la literatura”. Nos encontramos por supuesto con Bernard Dadié el marfileño, autor del *Pagne noir* quien “plasma los valores de la literatura oral en lengua francesa para concederle un alcance universal”, aun cuando ha denunciado el colonialismo paternalista pero cubriendo con un velo humanista el espíritu conquistador y degradante; el togolés Yves-Emmanuel Dogbé cuya obra recoge la herencia de Esopo y La Fontaine, según apuntan Ménard y Dabla en su *Guide*, y André Reponda-Walker de Gabón, que comenzó a publicar casi siendo centenario. Queda el malinés Amadou Hampaté Bâ cuya obra y vida marcaron el siglo.

La editorial “Présence africaine” en París, “Clé” en Yaoundé, “N.E.A”. (nuevas ediciones africanas) en Dakar y N.E.L-Edicef en Abidján han sido relevadas por el CILF (Consejo Internacional de la Lengua Francesa) y nuevas editoriales han permitido a los jóvenes talentos revelarse y seguir mostrando sus países y sus tradiciones: el beninés Bienvenu Agbolan-Afoutou publica en Budapest; Jean-Marie Touré, de Guinea y Victor

2 *La fille Caillon*, Éditions Neuf de l'École des loisirs, p. 8.

3 *Guide de littérature africaine*, l'Harmattan, Collection Encres noires, 1979.

Nimy, del Congo, son publicados en París por l'Harmattan, y Alain Sissao, de Burkina Faso, en Karthala, así como Séverin Cécile Abega del sur de Camerún y los autores franceses de los *Contes et légendes touaregs du Niger*.

Los autores tienen empeño en reproducir, discretamente, elementos que pertenecen a la cultura oral: verbi gracia, los cantos que suelen aparecer para acompañar un encuentro, una intervención o un cambio de registro y de tonalidad. Con ello subrayan también el aspecto poético, es decir, verdaderamente constructivo de la obra propuesta para escribir. Naturalmente, solo se puede encontrar la naturaleza africana del cuento, que evoca irresistiblemente “la pasión del ritmo, del canto y de la danza en el ser africano”, como dice Nicole Vincileoni a propósito de Bernard Dadié⁴. Pero también son excelentes cuando “literalizan” sus cuentos introduciendo una riqueza descriptiva sobre el modo dinámico que hace que la presencia de lo maravilloso sea natural, lo cual corresponde a una liberación en el imaginario, que subvierte, por ejemplo, la relación con el tiempo o con los objetos, bazas de una búsqueda por realizar. El éxito por los cuentos, que por lo demás, no se desmiente en las producciones de hoy en día, tanto en las tiras cómicas como en las trilogías y otras sagas del cine inspiradas por los ciclos “celtas”, egipcios, incluso extraterrestres, exalta la relación de la cultura territorial con la universal, por lo que el cuento se inspira en las fuentes vivas del terruño para hablar al corazón humano.

Los episodios de la solicitud de boda, supeditada a las hazañas por realizar o las pruebas por superar, se hallan en los cuentos del mundo entero. La malicia de la liebre *Leuk* de Senegal no tiene nada que envidiar a la del raposo occidental, que obedece, como lo ha demostrado Propp en Rusia, o Henri Gougaud en Francia, a roles precisos de ejecutante de esa escena primordial: coadyuvante o contrincante. Sujeto u objeto de una búsqueda, recipiente o recibidor.

Valoran la maña, la inteligencia, la solidaridad en detrimento de los reflejos egoístas, de los brutos machotes y seguros de sí mismos. Esta lección va dirigida tanto a los niños como a los adultos. Diversión, distracción aleccionadora o significado metafísico, todas las significaciones pueden estar contenidas en el cuento, cuyo valor demostrativo está

4 Nicole Vincileoni, *op. cit.* p. 104.

vinculado con la facilidad de acceso. El encanto no es el mismo según el idioma. Pero la fuerza de la traducción consiste en superar, trascender las diferencias y, al mismo tiempo, restituirlas merced a una fidelidad con el detalle, el ritmo de la acción, el discurso, de cada zona geográfica. Así, en la traducción, algunas voces o conceptos se explicarán en notas, en otra ocasión el texto original ofrece al lector su propia traducción de voces autóctonas, como en el caso del nombre propio en la presentación del personaje llamado Emsilag:

– Mi nombre es Emsilag. En *tamasheq*, la lengua de los tuaregs, emsilag significa “la paz”.

Un glosario permite al lector remitirse a elementos de saber africano revelados por los cuentos, y ello según las regiones. Así, el *Nganga* de Gabón no es exactamente idéntico al *marabout* de Guinea, ni tampoco el medio ambiente del oasis de “Los amigos del jardinero” (Níger), cuyas “ondulaciones de color verde contrastan con el desierto mineral que le rodea”, semeja a la espesa selva del Sur de Camerún donde prospera la serpiente pitón. Los elementos hallados en el cuento se revelan a su vez fuente de sabiduría. El “gran libro de la naturaleza” oculta tesoros insospechados. Amadou Hampâté Bâ recordaba que los ancianos iniciados bambaras recomendaban que se confiaran los saberes ancestrales a los niños.

Esta es, por tanto, la apuesta de hablar el idioma de la infancia de otro modo del que fue oído por quienes nos lo transmiten. ¿No fue Perrault, el autor de Pulgarcito o Cenicienta, un escritor ante todo de su época? Así los cuentos inmemoriales que nos transmitió están adornados con las suavidades de su arte. El placer tiene el sabor algo anticuado de las princesas del siglo de Luis XIV, bajo cuya forma nos aparecen hasta en las pantallas de cine.

¿Y cómo ha de reaccionar aquel mundillo de personajes y animales salidos todos de la profunda sabana africana, al verse escenificados nuevamente en la lengua del Quijote?

¿No dice Hampâté Bâ que un cuento es “el mensaje de ayer, destinado para mañana, transmitido hoy?” Pero nos invita a hacer un uso individual más allá de una identificación comunitaria : “la del cuento, es buscarse en uno mismo y hallarse.”⁵

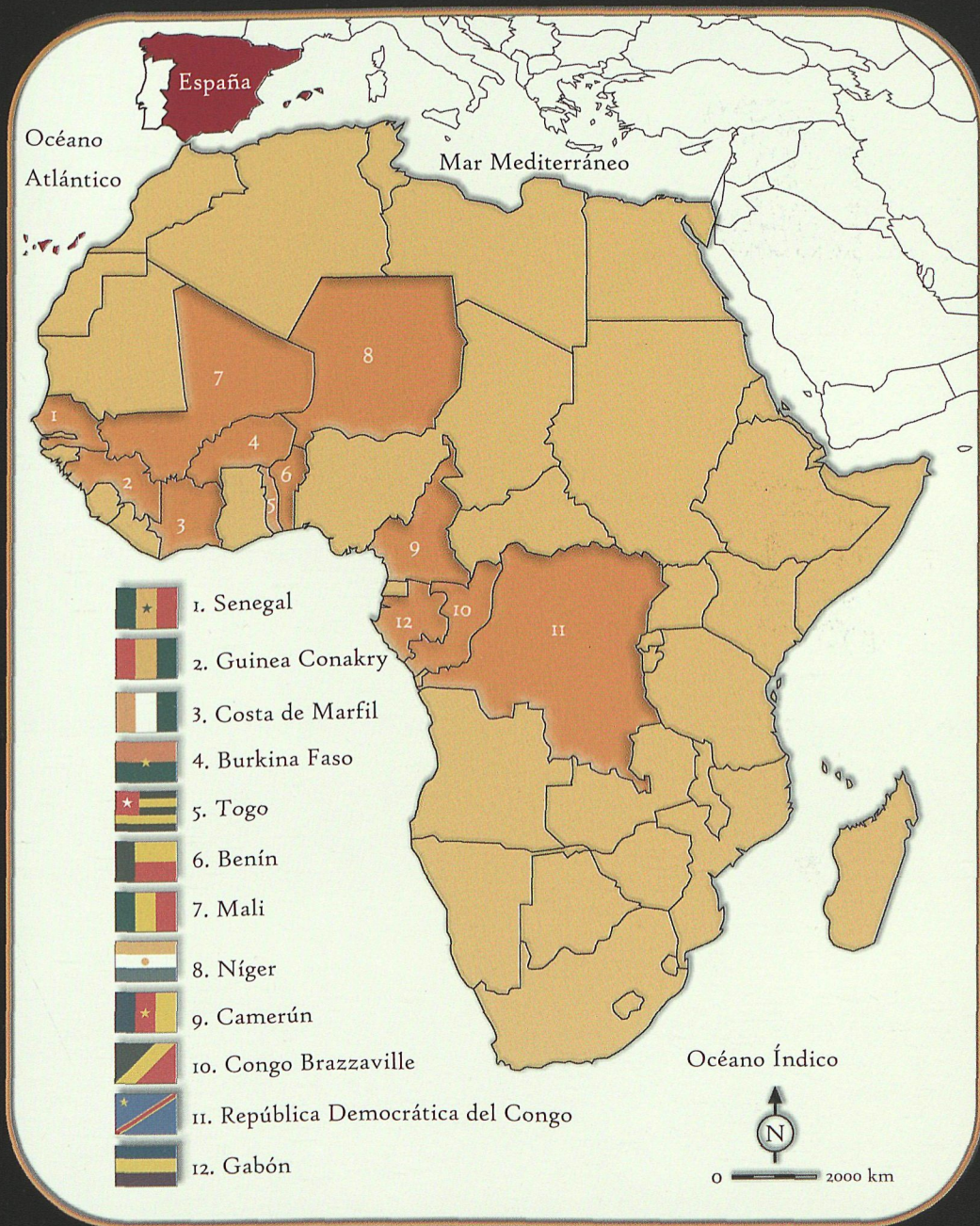
Gisèle Prignitz

Traducción de Jean-Marie Florès (Université de Pau, Francia)

5 Amadou Hampâté Bâ, Annexe a l'édition de *Petit Bodiel*, NEI-Edicef de 1993, p. 92.

Mosaico

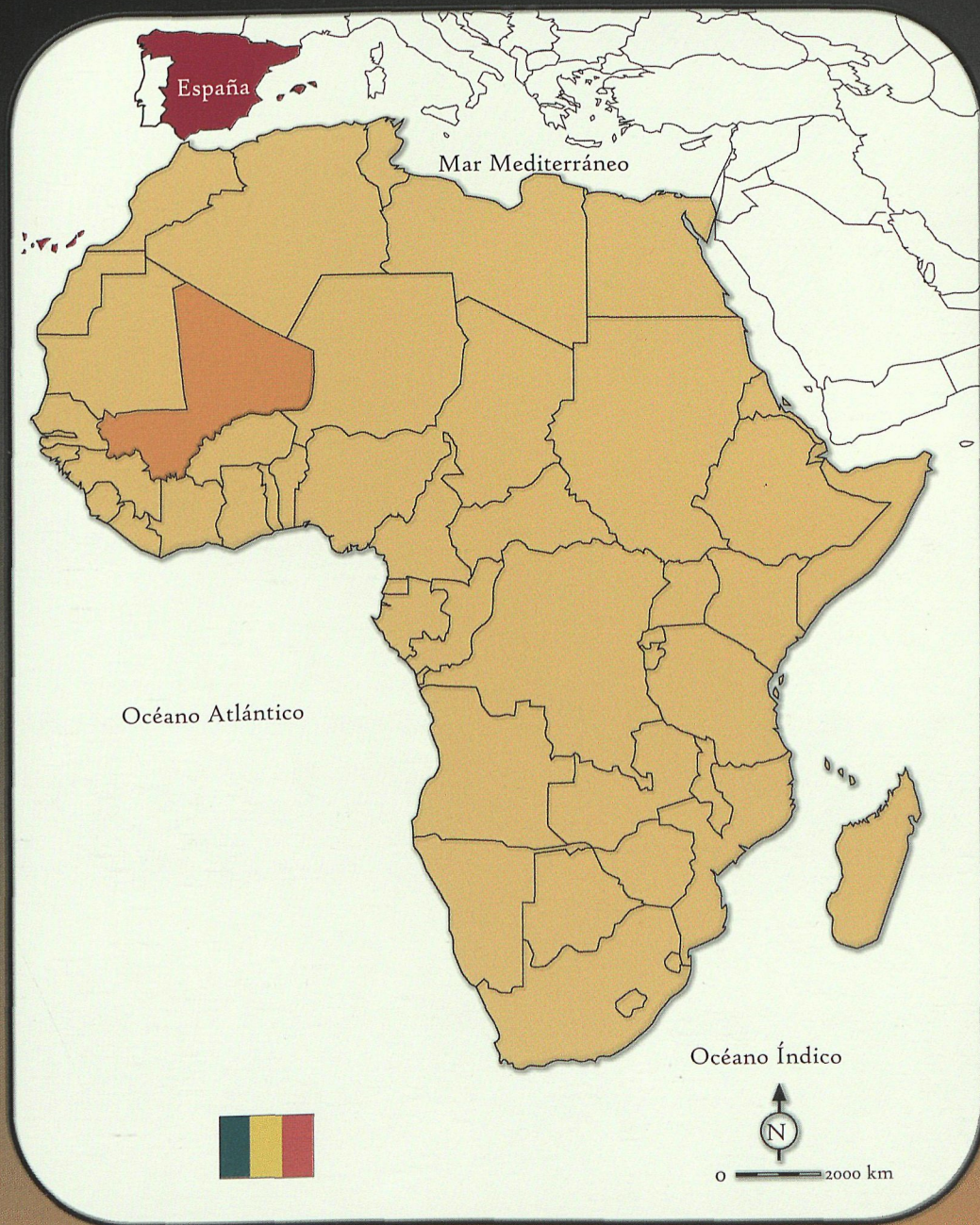
MAPA DE ÁFRICA



Cuentos de Mali

Pourquoi les couples sont ce qu'ils sont ?
(¿Por qué las parejas son lo que son?)

AMADOU HAMPÂTÉ BÂ



Pourquoi les couples sont ce qu'ils sont ?

Amadou Hampâté Bâ

Légende peule

Savez-vous pourquoi l'homme de bien est souvent l'époux d'une femme sans mérite et la femme vaillante l'épouse d'un bon à rien ? C'est là un fait que nous constatons, mais dont les causes nous échappent. La légende peule, elle, nous en explique les raisons.

Quand Dieu eut fini de créer le genre humain, il distribua les vertus et les défauts chez les hommes comme chez les femmes.

Un jour, il fit venir auprès de lui toutes les femmes. Il leur dit :

« Ô Femmes ! Regardez à l'horizon et dites-moi ce que vous voyez.

– Seigneur, répondirent-elles, nous voyons un soleil radieux se lever sur la terre. Toute chose semble fêter son apparition. Au fur et à mesure qu'il s'élève droit dans le ciel, tout ce qui paraissait en train de mourir renaît à la vie ».

Dieu dit :

« Femmes ! Jusqu'ici vous n'avez connu que des moments pénibles dans la nuit des temps. Maintenant, il va falloir vous mettre en route pour aller au Paradis. Des anges veilleront sur vous tout au long du chemin ; d'autres vous recevront à votre arrivée. Pas de découragement, pas de gémissements, et surtout pas de défaillance ! »

« J'ai été, je suis et je serai toujours Celui qui avertit. Aussi je vous annonce que des appartements somptueux et des bijoux d'une beauté incomparable vous seront distribués suivant l'ordre de votre arrivée. Les premières d'entre

vous seront les mieux dotées ; elles auront la préséance en toutes choses. Je vous rappelle que le Paradis est un séjour éternel... seules les plus insensées d'entre vous se laisseront devancer. »

« Ainsi averties, partez, ô Femmes, à la recherche de votre bonheur... »

Les femmes prirent la route. Leur longue cohorte s'étira et se mit à couler comme un bras de fleuve dont le cours va se rétrécissant. Les plus vaillantes conduisaient la file. Les anges se mirent à chanter pour elles.

Au terme du troisième jour, les indolentes n'en pouvaient déjà plus. « À quoi bon envier la gloire des 'marcheuses' ? murmuraient-elles. Qui sait, au demeurant, le sort qui sera réservé aux premières arrivées ? Le Paradis est aussi vaste que l'ensemble des cieux. Les demeures y sont aussi nombreuses que les grains de sable de tous les fleuves et de tous les rivages réunis. Ne dit-on pas que, superposées les unes au-dessus des autres, les demeures commencent aux abîmes et finissent presque au sommet du firmament ? Pourquoi donc courir et faire perdre à nos cuisses leur moelleuse rondeur ? Pourquoi suer et empuantir notre corps ? Allons doucement, mes sœurs, et conservons notre fraîcheur. Quand nous parviendrons au Paradis, il y aura toujours une demeure pour chacune d'entre nous. Et même si les premières sont logées dans des pièces somptueuses, la marche forcée aura fait fondre leur chair. Leur aspect squelettique ternira la beauté de leurs demeures et le brillant de leurs parures. »

Ayant ainsi parlé, les femmes indolentes se mirent à traîner le pas comme des canes trop grasses. Pour soutenir leur marche de caméléon fatigué, elles entonnèrent un chant :

Pourquoi nous presser, pourquoi nous lamenter ?

Pourquoi pousser des cris ? Oui, pourquoi ?

Qui va vers les Paradis

ne va point vers une terre aride

où l'hyène s'empare du cabri,

où le chat de brousse pille la basse-cour.

Parassons sur le chemin,

interrogeons les tables¹ des Cieux.

1 Les tables, ou tablettes, où sont censées être écrites toutes choses. Autrement dit, les archives célestes.

Nous saurons que la question énigmatique :

« Qu'est-il arrivé ? »

*a été posée à l'intention des femmes qui courent
comme court une biche pour échapper au chasseur.*

Parassons sur le chemin,

interrogeons les tables des Cieux...

Trois jours après le départ des femmes, Dieu dit :

« Voilà trois soirs et trois matins que les femmes sont en route. Lançons leurs mâles après elles. »

Dieu fit alors venir l'ensemble des hommes. Il leur dit :

« Il n'est pas bon qu'un mâle demeure sans femelle. Aussi ai-je créé à votre intention des compagnes. Elles sont déjà parties en direction du Paradis. Elles ont trois soirs et trois matins d'avance sur vous, mais je vais vous rendre trois fois plus vigoureux qu'elles et vous vous lancerez à leur poursuite.

« Chacun d'entre vous, ajouta Dieu, aura pour épouse la femme qu'il trouvera sur sa route, et il ne pourra en avoir qu'une². Ceux qui traîneront en chemin risque donc de rester sans compagne. Ce sera tant pis pour eux. Je les condamnerai au célibat, ils ne connaîtront ni la joie du foyer ni le privilège de la procréation, ils ne seront pas des agents continuateurs de leur espèce. La semence que j'ai placée en eux y demeurera comme un grain desséché. Je renfrognai mon visage pour eux, ils en seront fort accablés³... »

2 Dans cette légende peule, Dieu, à la création du monde, institue la monogamie pour le genre humain. Cela est conforme à la tradition d'origine des Peuls rouges (Peuls pasteurs) qui n'avaient qu'une seule épouse. Les difficultés de la vie pastorale se prêtent mal, en effet, à la polygamie. Celle-ci, finalement, est plutôt un phénomène citadin (ou de vie sédentaire) lié à la fortune.

On cite l'exemple du lion qui, bien qu'étant le « roi de la brousse », figure parmi les plus pauvres puisqu'il peut parfois rester dix jours sans rien trouver à manger. Or il n'a qu'une compagne, alors que l'outarde, qui trouve partout les graines à picorer, en a toujours plusieurs...

3 Le célibat a toujours été très mal jugé dans l'Afrique traditionnelle. L'homme non marié y était considéré comme mineur, quel que soit son âge, et sa parole ne pesait pas dans les assemblées publiques.

Les hommes prirent la route. Ils avançaient en chantant :
Chaque être a une origine,
chaque métal a une mine,
chaque fait a une cause.
Si Guéno, l'Éternel, nous met sur le chemin
qui mène à nos épouses,
à cela il est une cause.

Celles qui seront nos femmes
sont, dit-on, belles et bien faites.
Elles sont passionnées sans dévergondage
et passionnantes sans perversion.
Elles mettront fin à la peine qui enténèbre nos cœurs.

Allons marchons avec vigueur vers le Paradis !
Nous y trouverons nos épouses,
nous y vivrons dans la sagesse !
L'Intelligence divine s'y élève
comme une montagne gigantesque
dont on extrait des métaux précieux
pour orner le front des vaillants et des sages.

Allons, marchons avec vigueur vers le Paradis !
Nous y vivrons dans la sagesse,
dans la sagesse, dans la sagesse !...

Après quelques heures de trajet, les hommes se divisèrent en trois groupes :
les Hammadi-Hammadi en tête,
les Hammadi au milieu,

les Haman-ndof à la queue⁴.

Les femmes, elles aussi, s'étaient réparties en trois groupes :

les Mantaldé en tête,

les Santaldé au milieu,

les Mantakapous à la queue⁵.

Le groupe des Hammadi-Hammadi, composé d'hommes brillants, sages, entreprenants et courageux, tomba sur le groupe des Mantakapous, c'est-à-dire les dernières des femmes dans l'ordre de la valeur féminine. Ignorant que les femmes supérieures étaient en avant, ils choisirent leurs épouses parmi les Mantakapous.

Les Hammadi, groupe des hommes moyens, tombèrent sur les Santaldé, femmes également moyennes quant à la valeur. Ils prirent leurs épouses parmi elles.

Pendant ce temps les Mantaldé, femmes de grande valeur, avaient avancé leurs compagnes des deux premiers groupes et étaient déjà parvenues aux portes du Paradis. Des anges vinrent les saluer et les présenter des souhaits de bienvenue. Quand elles voulurent franchir le seuil, les anges les arrêtaient :

-
- 4 Hammadi-Hammadi: on appelle ainsi l'homme de grande renommée et de grande valeur pour sa famille, pour son quartier, son village et le pays tout entier. Quand il se déplace, non seulement son logeur bénéficie de sa réputation, mais le quartier, le village et tout le pays savent qu'il est venu.

Hammadi : c'est un homme de valeur, mais sa valeur se limite à sa famille, son quartier et son village. Quand il se déplace, on connaît sa venue dans les limites du village.

Haman-ndof : on dit que, s'il s'absente, même sa famille ne s'aperçoit pas de son départ ; et s'il part en voyage, même son logeur ne s'aperçoit pas de sa venue.

- 5 Mantaldé: c'est l'épouse aux très grandes qualités, qui peut tenir lieu de mari, qui peut éventuellement gagner la vie de la famille, qui peut tout faire par elle-même.

Santaldé: c'est une excellente mère de famille et une bonne ménagère. Quand son mari apporte une chose à la maison, elle sait l'entretenir et en tirer parti, mais ne cherchera rien et ne gagnera rien par elle-même.

Mantakapous: c'est la femme qui non seulement ne sait rien gagner pour elle-même, mais qui, si le mari apporte une chose à la maison, la gâche. Si on ne lui donne rien, elle pousse de cris. Si on lui donne quelque chose, elle dit que ce n'est pas assez. C'est celle qui se plaint constamment et qui ne fait jamais rien de bon.

« Pardon, Femmes, mais vous êtes encore des ‘moitiés’. Or une moitié est quelque chose d’incomplet, donc d’imparfait, et l’imparfait n’a pas de place au Paradis. Attendez que chacune d’entre vous ait un mari pour se compléter. Alors vous entrerez par couples, c’est-à-dire par unités humaines parfaites.»

Avant que les femmes soient revenues de leur surprise, les Hammadi-Hammadi se présentèrent, accompagnés de leurs épouses les Mantakapous. Les anges s’écrièrent : «Quel mystère ! Sont-ce celles-là que Dieu vous a réservées pour compagnes ? »

Les Hammadi arrivèrent à leur tour, flanqués des Santaldé.

Enfin les Haman-ndof, les derniers des hommes, parvinrent aux portes du Paradis, les mains vides. Force fut aux femmes supérieures Mantaldé de se donner à eux pour pouvoir entrer dans le Séjour céleste.

Et voilà comment les premiers hommes eurent en partage les dernières des femmes, et comment les premières des femmes tombèrent aux mains des derniers des hommes !

Une fois dans le Paradis, les hommes supérieurs vinrent se plaindre à Dieu. En accord avec les premières des femmes, ils réclamèrent une réparation. Dieu dit :

« Je ne refuse pas un droit à celui qui le mérite. Mais l’intelligence de mes actes n’est pas toujours à votre portée. »

« Femmes vaillantes classées bonnes premières, acceptez de bon cœur les hommes de peu de valeur. Et vous, hommes distingués, souffrez à vos côtés les femmes paresseuses et vulgaires. J’en ai décidé ainsi par sagesse et prescience. Si je mettais toutes les valeurs d’un côté et toutes les non-valeurs de l’autre, les affaires du monde iraient de travers, comme une charge mal répartie sur le dos d’un bœuf porteur. Il n’y aurait ni équilibre ni stabilité. À chaque tournant, les charges basculeraient d’un seul côté et votre univers serait encore plus difficile à diriger qu’il l’est présentement.

« Tels que vous vous trouvez accouplés, les hommes valeureux empêcheront les femmes indolentes de tomber dans des mains dures qui ôteraient toute souplesse à leur paupières⁶, et les femmes dignes et sages serviront de refuge aux hommes diminués auxquels elles sont unies par le mariage.

6 À force de les faire pleurer.

« J'ai tout réglé selon une mesure dont je suis seul à connaître le mystère.

« Ne vous ayez plus en haine. Ne vous repoussez pas les uns les autres sous prétexte que vos valeurs et vos états sont inégaux.

« Aimez-vous les uns les autres, surtout entre femme et mari. Et proclamez que parmi les choses qui me plaisent, à moi Dieu, l'entente parfaite entre époux figure au premier rang ! »

Por qué las parejas son lo que son...

Traducción de María de los Ángeles Sánchez Hernández

Leyenda peul

¿Saben por qué el hombre de bien es a menudo el esposo de una mujer insignificante y la mujer valiente la esposa de un inepto? Es un hecho que comprobamos, pero cuyas causas se nos escapan. La leyenda peul nos explica las razones.

Cuando Dios terminó de crear al género humano, distribuyó virtudes y defectos tanto entre los hombres como entre las mujeres.

Un día, hizo llegar a su lado a todas las mujeres. Y les dijo:

– “¡Mujeres ! Mirad al horizonte y decidme lo que veis.

– Señor, respondieron, vemos un sol radiante alzarse sobre la tierra. Todo parece festejar su aparición. A medida que se va elevando recto hacia el cielo, todo lo que parecía estar muriéndose renace de nuevo.”

Dios dijo:

“¡Mujeres! Hasta aquí no habéis conocido más que momentos difíciles en la noche de los tiempos. Ahora, va a ser preciso que emprendáis el camino hacia el Paraíso. Unos ángeles velarán por vosotras a lo largo del recorrido; otros os recibirán a vuestra llegada. ¡Nada de desaliento ni lamentos y, sobre todo, ningún desfallecimiento!”

“Yo fui, soy y será siempre Aquél que advierte. También os aviso de que las casas suntuosas y las joyas de incomparable belleza os serán distribuidas por orden de llegada. Las primeras de vosotras serán las que tendrán mejor dote; poseerán la prioridad en cualquier cosa. Os recuerdo que el Paraíso es

una estancia eterna... solamente las más insensatas de vosotras dejarán que otras las adelanten.”

“Así prevenidas, partid, mujeres, a la búsqueda de vuestra felicidad...”

Las mujeres emprendieron el camino. Su largo séquito se desplegó y comenzó a fluir como el brazo de un río cuyo cauce va estrechándose. Las más valientes conducían la fila. Los ángeles comenzaron a cantar para ellas.

Al final del tercer día, las indolentes ya no podían más. “¿Para qué envidiar la gloria de las andariegas? –murmuraron. ¿Quién sabe, a fin de cuentas, el destino que les espera a las primeras que lleguen? El Paraíso es tan grande como el conjunto de los cielos. Las moradas son allí tan numerosas como los granos de arena de todos los ríos y de todo el litoral reunidos. ¿No dicen que, superpuestas unas sobre otras, esas moradas comienzan en los abismos y terminan casi en la cima del firmamento? ¿Por qué correr pues y hacer perder a nuestros muslos su suave redondez? ¿Por qué sudar y ensuciar nuestro cuerpo? Vayamos apaciblemente, hermanas, y conservemos nuestra frescura. Cuando lleguemos al Paraíso, siempre habrá una morada para cada una de nosotras. E incluso, aunque las primeras se alojen en habitaciones suntuosas, la marcha forzada hará desaparecer sus carnes. Su aspecto esquelético apagará la belleza de sus moradas y el brillo de sus alhajas.”

Dicho esto, las mujeres indolentes empezaron a remolonear como patos demasiado gordos. Para acompasar su lento paso de tortuga, tararearon una canción:

¿Por qué apresurarnos, por qué lamentarnos?

¿Por qué gritar? Sí, ¿por qué?

Quien va hacia el Paraíso

no va hacia una tierra árida

en la que la hiena se apodera del cabrito,

en la que el gato de la sabana asalta los corrales.

Entretengámonos por el camino,

interroguemos los mandamientos¹ celestiales

1 N. del ed. Las tablas en las que se supone que se tratan todas las cuestiones. Es decir, los archivos celestiales.

*Sabremos que la pregunta enigmática:
"¿Qué pasó?"
se ha hecho para las mujeres que corren
como corre una gacela escapando del cazador.
Entretengámonos por el camino,
interrogemos los mandamientos celestiales.*

Tres días después de la salida de las mujeres, Dios dijo: "Hace tres días y tres noches que las mujeres emprendieron el camino. Lancemos a sus hombres tras ellas."

Dios hizo venir al grupo de hombres. Les dijo:

"No es bueno que el macho permanezca sin hembra. Así que he creado en vuestro honor unas compañeras. Ellas ya salieron hacia el Paraíso. Tienen tres días y tres noches de adelanto sobre vosotros, pero voy a haceros tres veces más fuertes que ellas y os lanzaré en su búsqueda.

"Cada uno de vosotros, añadió Dios, tendrá por esposa a la mujer que encuentre en su camino, y sólo podrá tener una². Los que se rezaguen por el camino se arriesgan, pues, a quedarse sin compañera. Será peor para ellos. Los condenaré al celibato, no conocerán ni la alegría del hogar ni el privilegio de la procreación, no serán elementos continuadores de la especie. La simiente que he depositado en ellos permanecerá como una semilla seca. Crisparé mi semblante para ellos, y se sentirán muy apenados³ ..."

2 N. del ed. En esta leyenda peule, Dios, en la creación del mundo, instauro la monogamia para el género humano. Sigue así la tradición originaria de los *Peuls rouges* (*Peuls* pastores) que sólo tenían una esposa. Las dificultades de la vida pastoril se prestan mal, efectivamente, a la poligamia que es, más bien, un fenómeno ciudadano (o de vida sedentaria) ligado a la fortuna.

Se cita el ejemplo del león, que aun siendo "el rey de la selva", figura entre los más pobres porque puede llegar a permanecer hasta diez días sin encontrar nada para comer. Así pues tiene una única compañera, mientras que la avutarda, que encuentra granos por doquier para picotear, tiene siempre varias.

3 N. del ed. El celibato siempre ha estado tradicionalmente mal visto en África.

Los hombres iniciaron el camino. Marchaban cantando:

*Cada ser tiene un origen,
cada metal tiene una mina,
cada hecho tiene una causa.*

*Si Gueno, el Eterno, nos pone en el camino
que nos lleva hacia nuestras esposas,
eso se debe a algo.*

*Las que serán nuestras mujeres
son, dicen, bellas y bien formadas.
Son apasionadas sin desvergüenza
y apasionantes sin perversión.
Pondrán fin a la pena
que ensombrece nuestros corazones.*

*¡Váyanos! ¡caminemos con energía hacia el Paraíso!
Allí encontraremos a nuestras esposas,
viviremos en la sabiduría!
La Inteligencia divina se eleva allí
como una montaña gigantesca
de la que se extraen metales preciosos
para adornar la frente de los valerosos y los sabios.*

*¡Váyanos! ¡caminemos con energía hacia el Paraíso!
¡Viviremos en la sabiduría,
en la sabiduría, en la sabiduría!...*

Después de unas horas de trayecto, los hombres se dividieron en tres grupos:
los *Hammadi-Hammadi* a la cabeza,
los *Hammadi* en el centro,
los *Hammadi-ndof* en la cola⁴.

Las mujeres también se habían repartido en tres grupos:
las *Mantaldé* a la cabeza,
las *Santaldé* en el centro,
las *Mantakapous* en la cola⁵.

El grupo de los *Hammadi-Hammadi*, compuesto de hombres brillantes, prudentes, emprendedores y valientes, sucumbieron ante el grupo de las *Mantakapous*; es decir, las últimas mujeres en el orden de valores femeninos. Ignorando que las mujeres más valiosas estaban más adelante, eligieron a sus esposas entre las *Mantakapous*.

Los *Hammadi*, grupo de hombres intermedios, sucumbieron ante las *Santaldé*, mujeres igualmente medianas con respecto a su valía. Tomaron sus esposas entre ellas.

Durante ese tiempo las *Mantaldé*, mujeres de gran valía, habían adelantado a sus compañeras de los otros dos grupos y ya habían llegado a las puertas

4 N. del ed. *Hammadi-Hammadi*: se llama así a los hombre célebres y valientes en su familia, en su barrio, en su pueblo y en todo el país. Cuando se traslada, no solo su anfitrión disfruta de su reputación, sino también el barrio, el pueblo y todo el país se entera de que ha venido.

Hammadi: es un hombre de valía, pero se limita esta valía a su familia, su barrio y su pueblo. Cuando se traslada, se conoce su llegada en los límites del pueblo.

Haman-ndof: se dice que, si se ausenta, ni siquiera su familia se da cuenta de su marcha; y si sale de viaje, ni siquiera su anfitrión se percata de su presencia.

5 N. del ed. *Mantaldé*: es la esposa con grandes cualidades, que puede ocupar el lugar del marido, que puede eventualmente ganarse la vida, y que puede hacer todo por sí misma.

Santaldé: es una excelente madre de familia y buena ama de casa. Si su marido trae algo a casa sabe cuidarlo y sacar partido, pero no buscará nada ni ganará nada por sí misma.

Mantalkapous: es la mujer que no solo no sabe ganar nada por sí misma sino que, si el marido trae algo, lo estropea. Si no se le da nada, grita. Si se le da algo, dice que no es suficiente. Es la que se queja constantemente y que no hace nunca nada bueno.

del Paraíso. Los ángeles vinieron a saludarlas y les expresaron sus mejores deseos de bienvenida. Cuando quisieron traspasar el umbral, los ángeles las detuvieron: “Perdón, mujeres, pero aún sois ‘mitades’. Ahora bien una ‘mitad’ es algo incompleto, luego imperfecto, y lo imperfecto no tiene cabida en el Paraíso, esperad a que cada una de vosotras tenga un marido que la complete. Entonces entraréis por parejas, es decir por unidades humanas perfectas.”

Antes de que las mujeres se repusieran de su sorpresa, los *Hammadi-Hammadi* se presentaron, acompañados de sus esposas, las Mantakapous. Los ángeles exclamaron: “¡Qué misterio! ¿Éstas son las compañeras que Dios os ha reservado?”

Los *Hammadi* llegaron a su vez, escoltados por las Santaldé.

Finalmente los *Haman-ndof*, los últimos hombres, llegaron a las puertas del Paraíso con las manos vacías. Forzosamente, las mujeres Mantaldé, las más valiosas, tuvieron que entregarse a ellos para poder entrar en la Estancia celestial.

Y así fue cómo los primeros hombres recibieron en suerte las últimas mujeres, y cómo las primeras mujeres cayeron en manos de los últimos hombres.

Ya en el Paraíso, los hombres más destacados fueron a quejarse a Dios. De común acuerdo con las primeras mujeres, reclamaron un arreglo. Dios dijo:

“Yo no niego un derecho a aquél que lo merece. Pero la inteligencia de mis actos no está siempre a vuestro alcance.”

Mujeres valientes clasificadas como las mejores, aceptad de buen grado a los hombres poco valiosos. Y vosotros, hombres distinguidos, sufrid a vuestro lado las mujeres perezosas y vulgares. Lo he decidido así por sabiduría y presciencia. Si dispusiera todos los valores por un lado y todos los no-valores por el otro, los asuntos del mundo no funcionarían, como un fardo mal repartido a lomos de un buey de carga. No habría ni equilibrio ni estabilidad. En cada giro, el cargamento se volcaría hacia un solo lado y vuestro universo sería aun más difícil de dirigir de lo que ya lo es ahora.

“Tal como os encontráis emparejados, los hombres de valía impedirán a las mujeres indolentes caer en manos implacables que les quitarían toda la levedad a sus párpados⁶, las mujeres dignas y juiciosas serán el refugio de los hombres disminuidos a los que están unidas por el matrimonio.”

6 N. del ed. de tanto hacerlas llorar.

“He regulado todo siguiendo una pauta cuyo secreto únicamente lo conozco yo.”

“No os odiéis más. No os rechacéis unos a otros con el pretexto de que vuestros valores y vuestros estados son desiguales.”

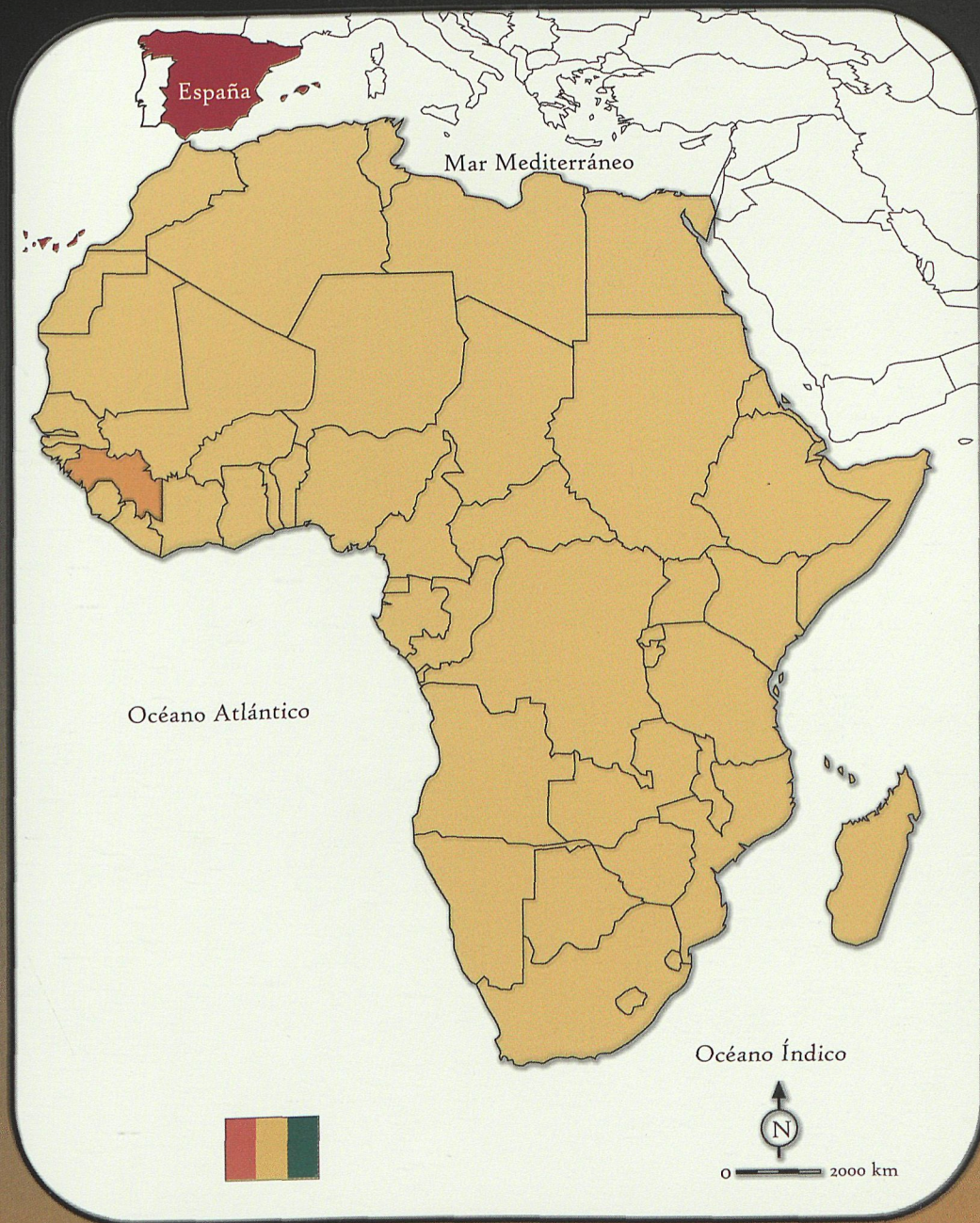
“Amaos los unos a los otros, sobre todo entre mujer y marido. Y proclamad que entre las cosas que me agradan, a mí que soy Dios, el primer lugar lo ocupa la perfecta armonía entre los esposos.”

Cuentos de Guinea Conakry

La Bataille des deux coqs (La batalla de los dos gallos)

La Queue et la peau du buffle (La cola y la piel del búfalo)

JEAN-MARIE TOURÉ



La bataille des deux coqs

Jean-Marie Touré

Deux coqs se battaient. Et puisqu'une affaire de ce genre a parfois des prolongements insoupçonnés, le chat en éprouva une grande crainte. Pour limiter les dégâts, il s'en alla trouver le mouton et lui demanda d'intervenir pour ramener à la raison les deux belligérants. Mais le mouton lui fit savoir qu'une bagarre de coqs n'était pas son problème.

Déçu par l'attitude du mouton, le chat alla trouver le bœuf et lui demanda d'intervenir dans la bagarre des deux coqs. Il lui répondit qu'une querelle de coqs n'entrait pas dans le chapitre de ses préoccupations.

Meurtri par cette réponse, le chat se rendit auprès du cheval et lui dit :

– Mon frère, deux coqs sont en train de s'entre-tuer, fais ce que tu peux pour éteindre la braise de la haine qui les consume.

Le cheval lui dit qu'il ne pouvait se mêler d'une affaire dont il ne connaissait ni les tenants, ni les aboutissants, si ces coqs avaient décidé de se battre, c'était franchement leur affaire, il leur appartenait de trouver l'arrangement qu'il fallait.

La bagarre des deux coqs finit par prendre des proportions inquiétantes au point qu'ils tombèrent dans du kapok qui s'enflamma et brûla vive la mère du roi qui se chauffait près du feu.

Apprenant cette nouvelle, le roi ordonna d'égorger les deux coqs pour le repas de visiteurs éventuels. Puis il intima l'ordre à certains de ses courtisans d'aller annoncer à ses sujets la nouvelle du décès de sa mère. Devant la longueur du chemin à faire, ils firent comprendre au souverain la nécessité d'une monture. Il mit alors à leur disposition le cheval.

Informé, le chat courut trouver le cheval et lui dit :

– Mon frère, tu avais fait la sourde oreille quand je t'avais demandé d'apaiser la querelle des deux coqs. La conséquence d'une telle attitude est qu'il va t'incomber la corvée de transporter à travers le royaume les messagers du roi chargés d'annoncer la mort de la reine mère. Tu vas avoir du pain sur la planche. Si tu étais intervenu pour séparer les deux coqs, tu ne serais pas obligé de faire ce que tu vas devoir faire.

Le cheval en eut la mort dans l'âme.

Au septième jour du décès de la reine mère, le roi ordonna de tuer le mouton. Au courant de cette décision, le chat s'en alla trouver le mouton :

– Tu vas devoir servir au sacrifice du septième jour de la mort de la reine mère, lui dit-il.

– Que dis-tu ? lui demanda le mouton.

– Le roi t'a choisi, répondit le chat, pour servir au sacrifice du septième jour. Si tu avais été un peu plus intelligent, en intervenant dans la querelle des deux coqs, en leur prodiguant les conseils qu'il fallait pour qu'ils arrêtent de se battre, tu n'aurais pas connu les affres du danger qui plane désormais au-dessus de ta tête. Mais tu t'es refusé à toute intervention en arguant du fait que tu ne te mêlais pas d'une affaire ne te concernant pas. Et puisque tu vas devoir quitter ce monde, je te souhaite bon voyage et que Dieu te prenne en pitié.

Au quarantième jour du décès, le roi ordonna de tuer le bœuf. Apprenant la chose, le chat alla trouver immédiatement le bœuf et lui dit :

– Mon frère, es-tu au courant de la décision du roi ?

– Laquelle ? demanda le bœuf.

– Tu es désigné pour être sacrifié ce quarantième jour, dit le chat, si tu avais été un tout petit peu plus intelligent, si tu avais eu vis-à-vis de tes voisins le comportement qu'il fallait, si tu avais été animé de la conviction que le problème de tes voisins était aussi ton affaire, leur bonheur ton bonheur, leur malheur le tien, leur drame le tien, tu ne connaîtrais pas la menace de mourir qui pèse sur toi. Mais puisque toi aussi tu n'as pas compris suffisamment tôt que tous les êtres sont solidairement liés, je te souhaite « bon voyage ». Puisse Dieu le Tout Puissant t'accueillir en son Paradis.

La morale de ce conte est que chacun de nous doit se sentir concerné par le sort des autres.

La batalla de los dos gallos

Traducción de Rosa Delia González Santana

Dos gallos se peleaban, y puesto que un asunto de este tipo a veces tiene consecuencias insospechadas, el gato sintió un gran temor. Para limitar los daños, fue a buscar al cordero, y le pidió que interviniera para hacer entrar en razón a los dos contrincantes. Pero el cordero le hizo saber que una pelea de gallos no era su problema.

Decepcionado por la actitud del cordero, el gato fue en busca del buey y le pidió que interviniese en la pelea de los dos gallos. Este le respondió que una querrela de gallos no entraba en el capítulo de sus preocupaciones.

Afligido por esta respuesta, el gato fue a donde estaba el caballo y le dijo:

– Hermano mío, dos gallos se están matando, haz lo que puedas para apagar la llama del odio que los consume.

El caballo le dijo que él no podía mezclarse en un asunto del que no conocía los pormenores, si los gallos habían decidido pelearse, era sencillamente su problema, a ellos les correspondía encontrar el arreglo necesario.

La pelea de los dos gallos llegó a alcanzar proporciones inquietantes hasta el punto de que cayeron en un miraguano que se prendió fuego y quemó viva a la madre del rey que se calentaba cerca del fuego.

Al conocer esta noticia, el rey ordenó degollar a los dos gallos para la comida de las visitas imprevistas. Luego, convocó a algunos de sus cortesanos para que fueran a anunciar a sus súbditos la nueva del fallecimiento de su madre. Considerando la longitud del camino que debían recorrer, hicieron comprender al soberano la necesidad de una montura, y este entonces puso a su disposición el caballo.

Informado, el gato corrió al encuentro del caballo y le dijo:



– Hermano mío, hiciste oídos sordos cuando te pedí apaciguar la querella de los dos gallos. La consecuencia de tal actitud es que te va a corresponder la tarea de transportar, a través del reino, a los mensajeros del rey encargados de anunciar la muerte de la reina madre. Vas a tener trabajo para rato. Si hubieras intervenido para separar a los gallos, no te verías obligado a hacer lo que vas a tener que hacer.

Los ojos del caballo se inundaron de lágrimas.

Al séptimo día del fallecimiento de la reina, el rey ordenó matar el cordero. Al conocer esta decisión, el gato fue en busca del cordero.

– Vas a tener que servir para el sacrificio del séptimo día de la muerte de la reina, le dijo.

– ¿Qué dices? – le preguntó el cordero.

– El rey te ha elegido, respondió el gato, para servir al sacrificio del séptimo día. Si hubieras sido un poco más inteligente, interviniendo en la querella de los dos gallos, prodigándoles los consejos necesarios para que dejaran de pelearse, no habrías conocido la angustia del peligro que planea de ahora en adelante sobre tu cabeza. Pero rechazaste toda intervención argumentando el hecho de que tú no te mezclabas en un asunto que no te concernía. Y puesto que vas a tener que dejar este mundo, te deseo buen viaje y que Dios se apiade de ti.

A los cuarenta días del fallecimiento, el rey ordenó matar al buey. Al conocer la noticia, el gato fue a buscar inmediatamente al buey y le dijo:

– Hermano mío, ¿estás al corriente de la decisión del rey?

– ¿Cuál? – preguntó el buey.

– Has sido elegido para ser sacrificado a los cuarenta días, dijo el gato, si hubieras sido solo un poquito más inteligente, si hubieras tenido con tus vecinos el comportamiento adecuado, si hubieras estado animado por la convicción de que el problema de tus vecinos era también asunto tuyo, su felicidad, tu felicidad, su desgracia, la tuya, su drama, el tuyo, no conocerías ahora la amenaza de muerte que pesa sobre ti. Pero puesto que tú tampoco has comprendido a tiempo que todos los seres están solidariamente unidos entre sí, te deseo “buen viaje”. “Y que Dios Todopoderoso pueda acogerte en su Paraíso”.

La moraleja de este cuento es la siguiente: cada uno de nosotros debe sentirse involucrado en la suerte de los demás.

La queue et la peau du buffle

Jean-Marie Touré

Dans un village vivait un couple resté longtemps sans enfant. Puis, un jour, la femme attendit un enfant. Elle fit à son mari le serment que l'enfant qu'elle mettrait au monde aurait pour premier jouet la queue d'un buffle. L'homme, le meilleur chasseur de la contrée, promit que son fils commencerait à marcher à quatre pattes sur la peau du même buffle.

Au bout de neuf mois, la femme mit au monde un garçon. Dans la semaine qui suivit, ce fut la fête au village. Tous les chasseurs y prirent part. Et avant de rentrer chez eux, ils s'imaginaient déjà la fête que le village ferait autour du buffle qu'abattrait le mari. Mais tout le monde était sceptique quant à la réalisation des promesses faites surtout que la première devait être accomplie par la femme. Et chacun se demandait comment elle réussirait une telle prouesse, les buffles ayant, dans la brousse, la réputation d'animaux féroces.

Pendant, un matin, sur les conseils d'une vieille femme, la femme mit dans sa besace : un couteau, un œuf, un morceau de bambou et un sachet de cendres. Elle sortit du village et prit la route des caravaniers menant dans la région des hauts plateaux. Elle marcha trois jours et trois nuits, ne prenant que peu de repos. Au bout du troisième jour, elle découvrit les traces d'un important troupeau de buffles. Elles les suivit et finit par trouver le lieu de leur pâturage.

Elle se cacha et surveilla leurs mouvements. Tard dans la nuit, un à un les buffles finirent par se coucher. Leur chef de file, s'étant assuré que le troupeau était au grand complet, se coucha et s'endormit.

Avec d'innombrables précautions, la femme se fraya un passage à travers le troupeau endormi et se trouva nez à nez avec le chef de file. Elle sortit alors son couteau et, prestement, lui trancha la queue. Le corps littéralement moulu de

fatigue, l'animal sentit tout juste une légère piqûre mais ne se réveilla pas.

Retenant son souffle, la femme repassa à travers le troupeau et reprit en courant le chemin du village.

Au petit matin, en se réveillant, les buffles remarquèrent que leur chef avait été amputé de sa queue. Furieux, celui-ci huma l'air aux quatre points cardinaux et il se mit au trot en chantant :

– Où que tu ailles avec ma queue, je te retrouverai, de mes pattes je t'écraserai et je reprendrai ma queue.

Le vent apporta cette chanson jusqu'aux oreilles de la femme qui répondit :

– Cette queue, je l'ai coupée. Je l'offrirai à mon fils. Il en fera son jouet. Et tu n'y pourras rien.

Après plusieurs heures de course folle, le buffle aperçut la femme qui, à son tour, se rendit compte que l'animal n'était plus loin d'elle. Chantonant à nouveau son air « Cette queue, je l'ai coupée... », elle éparpilla la cendre que le souffle du vent embrasa. La région entière s'enflamma comme une immense torche et arrêta net la course du buffle. Celui-ci dut courir encore de longues distances pour contourner le feu. Il parvint à retrouver la direction de la femme et chanta de nouveau « où que tu ailles avec ma queue... »

Au terme d'une nuit de course effrénée, le buffle aperçut à nouveau, au loin, la femme. Mais sentant le danger, la femme fredonna son refrain et laissa tomber son bambou. Alors poussa une forêt inextricable de bambous formant obstacle entre la femme et le buffle. Celui-ci fut, à nouveau, obligé de contourner la forêt avant de retrouver la direction de la femme. Il ne réussit à l'apercevoir qu'à la fin de la deuxième journée.

Alors, pour la troisième fois, la femme chanta et laissa tomber l'œuf. Il se forma alors un lac immense, bloquant momentanément la progression de l'animal. Avec ce dernier œuf brisé, la femme était désormais sans protection.

Elle reprit de plus belle sa course vers son village. Le buffle ne réussit à contourner le lac que le lendemain au milieu de la journée. Toujours décidé, il se remit à la poursuite de la ravisseuse en chantant son refrain « où que tu ailles avec ma queue, je te retrouverai, de mes pattes je t'écraserai et reprendrai ma queue ».

Le chasseur qui avait dansé toute la nuit apprêta son fusil, sa poudre, ses plombs et chanta :

– Aujourd’hui j’abattraï le buffle sans queue et sur sa peau, mon fils s’initiera à la marche à quatre pattes.

Puis il sortit du village, grimpa sur le grand arbre sous lequel le village se rassemblait à l’occasion des grandes réjouissances.

Au soleil couchant, il aperçut sa femme, haletante, tenant à peine sur ses deux pieds. Au loin, arrivait aussi le buffle plus décidé que jamais. Le chasseur le mit en joue, ajusta son arme, appuya sur la gâchette, le coup partit, le buffle tomba. La femme du chasseur se retourna et vit son mari. Elle n’en revenait pas. Le chasseur dépeça le buffle en lui enlevant soigneusement la peau. L’homme et sa femme rentrèrent au village, fiers d’avoir relevé le défi qu’ils s’étaient réciproquement lancé.

La morale de ce conte est : quand on veut réaliser un projet, il faut s’en donner les moyens.

La cola y la piel del búfalo

Traducción de Rosa Delia González Santana

En un poblado vivía una pareja que había permanecido mucho tiempo sin tener descendencia. Luego, un día, la esposa quedó embarazada. La mujer le hizo a su marido el juramento de que el niño que ella alumbraría tendría como primer juguete la cola de un búfalo. El hombre, que era el mejor cazador de la región, prometió que su hijo comenzaría a gatear sobre la piel de ese mismo búfalo.

Al cabo de nueve meses, la mujer dio a luz a un varón. A la semana siguiente, todo fue fiesta en el poblado. Todos los cazadores participaron en la celebración. Y antes de regresar a sus casas, se imaginaban ya la fiesta que el poblado haría alrededor del búfalo que cazaría el marido. Sin embargo todos se mostraban escépticos con respecto a las promesas hechas, sobre todo porque la primera debía cumplirla la mujer. Y así cada uno se preguntaba cómo la esposa conseguiría tal proeza, pues los búfalos, en la sabana, tenían la fama de ser animales feroces.

Sin embargo, una mañana, siguiendo los consejos de una anciana, la mujer puso en su alforja un cuchillo, un huevo, un trozo de bambú y un saquito con cenizas calientes. Salió del poblado y tomó el camino de los caravaneros que lleva a la región de las altas planicies. Caminó tres días y tres noches sin apenas descansar. Al cabo de tres días, descubrió las huellas de una importante manada de búfalos. Los siguió y terminó por encontrar el lugar donde pastaban.

Se escondió y vigiló sus movimientos. Muy entrada la noche, uno a uno, los búfalos terminaron por acostarse. Cuando el búfalo se aseguró de que la manada al completo estaba, también se acostó y se durmió.

Con infinitas precauciones, la mujer se abrió paso a través de la manada dormida y se encontró cara a cara con el cabeza de manada. Sacó entonces

su cuchillo y con presteza, le cortó la cola. El cuerpo del animal, literalmente molido por la fatiga, sintió únicamente un ligero pinchazo, pero no se despertó.

Conteniendo la respiración, la mujer volvió a pasar a través de la manada y corriendo retomó el camino hacia el poblado.

Al amanecer, cuando se despertaron, los búfalos se dieron cuenta de que a su jefe le habían amputado la cola. Furioso, el búfalo olió el aire hacia los cuatro puntos cardinales y se puso a correr al trote cantando:

– Donde quiera que vayas con mi cola, te encontraré, con mis patas te aplastaré y mi cola recuperaré.

El viento llevó esta canción hasta los oídos de la mujer, que respondió:

– Esta cola, la corté. A mi hijo la ofreceré, su primer juguete será, y tú no lo podrás evitar.

Después de varias horas de loca carrera, el búfalo vio a la mujer, la cual a su vez, se dio cuenta de que el animal no estaba lejos de ella. Canturreando de nuevo su canción “Esta cola, la corté...”, esparció las cenizas calientes que el viento prendió. La región entera se cubrió de llamas como una inmensa antorcha y paró en seco la carrera del búfalo, que tuvo que recorrer incluso largas distancias para bordear el fuego. Consiguió encontrar nuevamente el rastro de la mujer y cantó otra vez: “donde quiera que vayas con mi cola...”.

Al cabo de una noche de carrera desenfrenada, el búfalo percibió nuevamente, a lo lejos, a la mujer. Pero, sintiendo el peligro, la mujer tarareó su estribillo y dejó caer el trozo de bambú. Entonces creció una selva inextricable de bambúes que formaron un obstáculo entre la mujer y el búfalo, que una vez más se vio obligado a bordear la selva antes de volver a encontrar el rastro de la mujer. No logró avistarla hasta el final del segundo día.

Entonces, por tercera vez, la mujer cantó y dejó caer el huevo, y se formó un lago inmenso que bloqueó momentáneamente el avance del animal. Con este último huevo que rompió, la mujer se quedaba en adelante sin protección.

Retomó su carrera rápidamente hacia el poblado. El búfalo no consiguió bordear el lago sino al día siguiente hacia la mitad de la jornada. Siempre decidido, continuó la persecución de la ladrona canturreando su canción “donde quiera que vayas con mi cola, te encontraré, con mis patas te aplastaré y mi cola recuperaré”.

El cazador que había danzado toda la noche aprestó su fusil, la pólvora, sus balas y cantó:

– Hoy al búfalo sin cola abatiré, y mi hijo a gatear comenzará sobre su piel.

Luego, salió del poblado, trepó al gran árbol bajo el cual solían reunirse todos los habitantes con motivo de los grandes festejos.

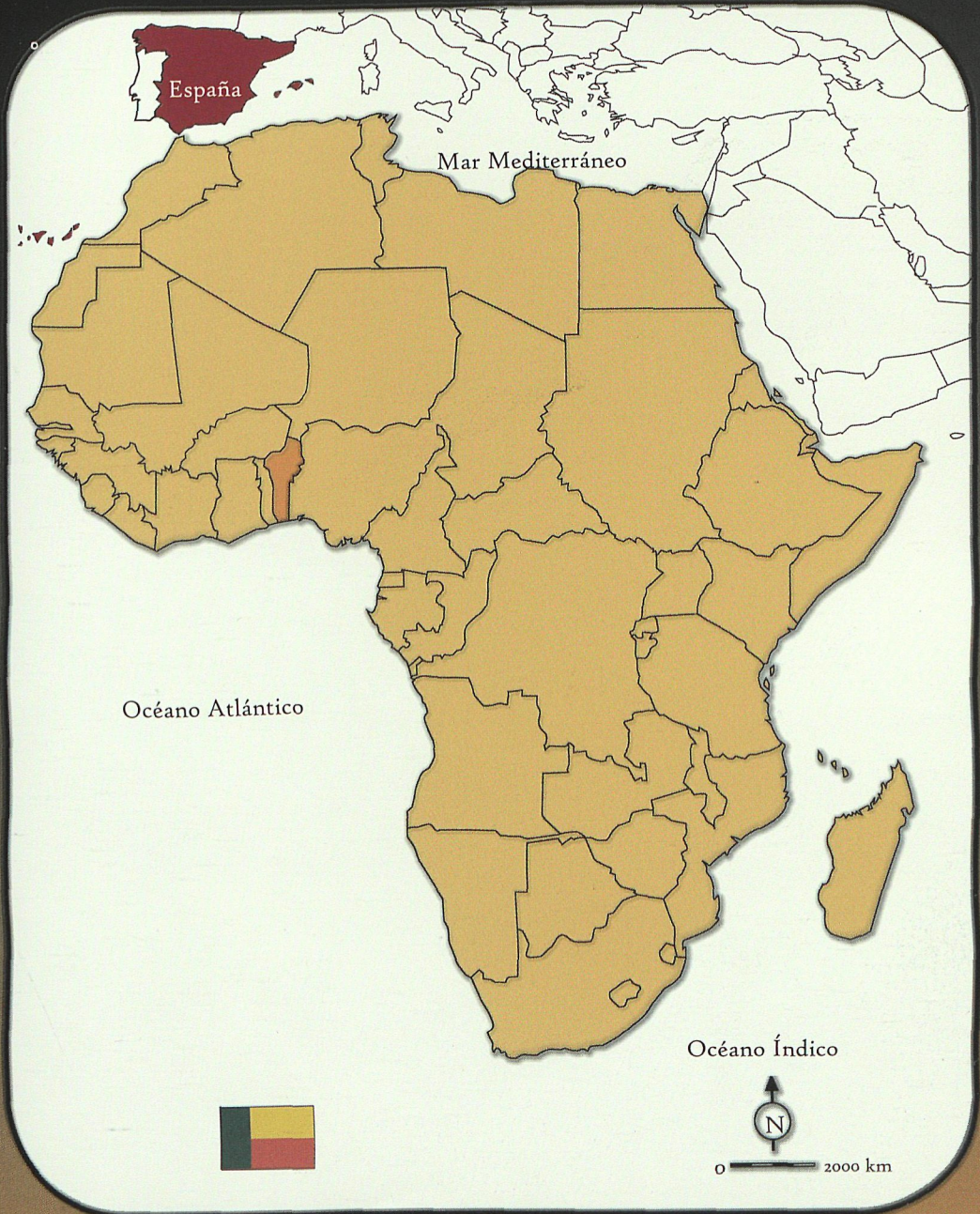
Al atardecer, avistó a su mujer, jadeante, que apenas se mantenía sobre sus pies. A lo lejos, llegaba también el búfalo más decidido que nunca. El cazador lo puso en el punto de mira, apuntó su arma, presionó el gatillo, salió el disparo, y el búfalo cayó. La mujer del cazador volviéndose vio a su marido. No acababa de creérselo. El cazador despiezó el búfalo separando con cuidado la piel. El hombre y su mujer regresaron al poblado, orgullosos de haber superado el reto que ellos mismos se habían lanzado recíprocamente.

La moraleja de este cuento es la siguiente: cuando uno quiere realizar un proyecto, hay que procurarse los medios para lograrlo.

Cuentos de Benín

La calabasse d'Abouya (La calabaza de Abouya)

BIENVENU ARBOLAN-AFOUTOU



La calebasse d'Abouya

Bienvenu Arbolan-Afoutou

Il était une fois, dans le village de Swila, une belle jeune fille qui rêvait d'épouser un bel homme. Elle s'appelait Abouya Anansi. Ses soupirants se comptaient par dizaines. Mais elle ne les trouvait pas assez beaux pour mériter sa main. Elle espérait trouver son Adonis hors de son village, à Gligan, par exemple.

Gligan était la ville sainte des peuples de la région. Chaque année s'y tenait un pèlerinage qui attirait des foules de jeunes gens. Les personnes en mal d'aventures amoureuses, comme Abouya, y affluaient également.

Abouya se rendit donc à Gligan. Elle y rencontra Kwami Afantchao et succomba à son charme. À la fin du pèlerinage, elle le suivit à Fafakopé, son village. Kwami y avait la réputation d'être un grand séducteur et un grand paresseux. S'il n'était pas aussi beau, disait-on, Kwami mourrait de faim.

De fait, Kwami ne vivait que des largesses des femmes. Pour obtenir ses faveurs, ces dernières le couvraient de gâteries. Elles le nourrissaient et le vêtaient. Kwami, quant à lui, courtoisé qu'il était à longueur de journée, fit la fine bouche pendant des années avant de se choisir une épouse.

Adjouavi Amah, l'heureuse élue, se ruina à entretenir son oisif de mari. Ils eurent trois enfants. Au fur et à mesure que ceux-ci naissaient, la misère grandissait dans le ménage. Kwami ne contribua guère à sa diminution. Il reprit plutôt l'activité qu'il savait le mieux mener : le troc de ses faveurs contre les libéralités des femmes. Ces errements lui rapportèrent une seconde épouse : Akpé Loossou.

Akpé connut le sort d'Adjouavi. Elle souffrit le martyre pour nourrir ses deux enfants. Comme à son habitude, Kwami continua de papillonner. Et de femme en femme, il parvint à Abouya.

Abouya lui fit trois enfants. Deux autres malheureuses la suivirent dans le harem de Kwami. La première, Afansi Toulaboh, donna le jour à cinq enfants et la seconde, Goussi Yalitoh, à deux enfants. Ainsi, chez Kwami, cinq épouses et leurs enfants croupissaient dans le dénuement.

Le vil personnage n'en avait cure. Il ne pensait qu'à faire ripaille et prendre son plaisir. Il ne passait la nuit qu'avec celle des épouses qui l'avait gavé dans la journée. Et chaque femme, voulant prouver à ses coépouses qu'elle était la plus aimée de leur mari, se mettait en quatre pour plaire à ce dernier.

Ce fut ainsi qu'Abouya se mit à travailler avec les pêcheurs. Chaque jour, elle se rendait au bord de la mer où elle attendait, quelquefois pendant des heures, le retour des barques de pêche. Quand celles-ci rentraient bredouilles, Abouya reprenait le chemin de la maison toute triste. Mais quand la pêche était fructueuse, Abouya aidait à décharger les prises. Elle recevait, en contrepartie, quelques poissons. Elle en vendait une partie, à bon marché, dans les maisons du village. Avec l'argent qu'elle se procurait, elle achetait les condiments nécessaires à l'apprêt du poisson restant.

Il lui fallait vite, très vite faire la cuisine. Car, chez Kwami, chacune de ses épouses luttait, chaque jour, pour être la première à lui offrir son mets. Qui y parvenait avait, le même soir, droit à ses faveurs.

Dans cette course après le cœur de Kwami, aucune des cinq épouses ne réussissait à le ravir. Toutes pensaient au moyen d'y parvenir. Certaines recoururent aux devins, d'autres aux conseils de leurs confidentes. Rien n'y fit. Kwami demeurait insaisissable.

Un matin, Abouya descendit, comme toutes les ménagères de Fafakopé le faisaient chaque jour, au bord de la mer pour remplir sa jarre d'eau et laver son linge. L'eau de la mer, en ces temps-là, était douce, très douce même, plus douce que l'eau des fleuves, des lacs et des mares.

Abouya avança dans l'onde et s'arrêta subitement. Elle avait senti un corps rugueux sous la plante de son pied droit. Fébrilement, elle enfonça sa main dans l'eau et en sortit un collier à gros grains d'or. Elle s'assura que nul ne l'avait vue. Elle mit la précieuse trouvaille dans sa jarre. Le récipient rempli, elle le mit sur sa tête, tourna le dos à la mer et reprit le chemin de la maison.

À peine avait-elle fait quelques pas dans le sable du littoral qu'une voix féminine l'appelant lui parvint de la mer. Elle se retourna et vit, à un jet de pierre d'elle, marchant sur les flots vers les lais, une femme svelte et très belle. Autour de chacun de ses bras, un serpent aux couleurs chatoyantes. Au

sommet de ses longs cheveux ondulés qu'agitait la brise, elle portait une calebasse à couvercle.

La belle créature fleurait bon le parfum et son sourire étincelait. Elle salua :

– La paix soi avec toi, Abouya ! Je suis Mamiwata, la déesse de la mer ! Le collier qui est dans ta jarre m'appartient. Il m'est tombé des mains et les flots l'ont emporté. Rends-le moi et je t'offrirais cette calebasse. Grâce à elle, Kwami sera à toi seule!

Abouya s'exécuta. Alors Mamiwata ouvrit la calebasse. Elle était vide. La déesse la remplit d'eau. Le liquide y donna des myriades de petits cristaux blancs. Abouya n'avait rien vu de pareil. Amusée par l'émerveillement d'Abouya, Mamiwata sourit et déclara :

– C'est du sel ! Il donne aux mets des dieux un goût inconnu de vous autres mortels. Si tu en mets une pincée dans les plats que tu sers à Kwami, il n'aura d'yeux que pour toi ! Adieu, Abouya!

La déesse repartit comme elle était venue, sur les flots, vers l'horizon où elle disparut.

Ce jour-là, à midi, Abouya fut la première à servir le déjeuner à Kwami. Il le prit et en redemanda. Les jours suivants, il ne mangea plus que les mets d'Abouya. Il loua le mérite de son épouse auprès de ses amis. Il les invita à partager ses repas avec lui. Ils repartirent de chez lui comblés. Chez eux, ils prirent leurs épouses à partie pour leur manque de savoir-faire culinaire. Ces dernières allèrent voir Abouya afin de se mettre à son école. Elle offrit à chacune du sel. Bientôt, tout le village sut qu'Abouya détenait le secret de la bonne cuisine.

Le nombre des demandeuses de sel crût. Il crût tant et si bien qu'Abouya se fit vendeuse de sel. Et l'on vint des pays lointains en acheter.

Abouya devint très riche. Elle partagea son bonheur avec toute la maisonnée de Kwami. Néanmoins, ses coépouses ne lui pardonnaient pas l'ascendant qu'elle avait sur Kwami. Elles tenaient à y mettre fin. Et pour le faire, il fallait tarir la source de la richesse d'Abouya.

Elles épièrent Abouya pendant des années et réussirent à savoir que sa fortune provenait d'une calebasse. Elles s'en emparèrent une nuit et l'emportèrent à la plage, l'unique endroit à Fafakopé où des yeux indiscrets ne les verraient pas se livrer à leur sale besogne.

Du talon, Adjouavi voulut briser la calebasse. Elle hurla de douleur comme si elle avait heurté une pierre. Le récipient demeura intact. Alors,

Afansi prit la pierre calant une barque et l'abattit sur la calebasse. La pierre se fendit en deux. Akpé proposa qu'avec l'un des éclats, on lestât la calebasse qu'on jetterait ensuite à la mer. Son conseil fut suivi. Les femmes mirent une barque à la mer et, quand elles parvinrent au large, elles immergèrent la calebasse.

À leur retour sur la côte, Goussi eut soif. Elle s'agenouilla au bord de l'eau, y plongea sa main, en recueillit dans la paume et la porta à sa bouche. Elle la cracha aussitôt. Elle invita ses coépouses à en goûter. Elles eurent le même réflexe.

La douce eau de la mer dont elles usaient à longueur de journée ne l'était plus. Elle était salée. Les coépouses d'Abouya perçurent alors l'ampleur de leur faute : tant que la calebasse resterait immergée, elle produirait du sel qui se dissolverait dans l'onde.

Depuis lors, la calebasse d'Abouya repose sur les fonds marins. Tant qu'elle y demeurera, l'eau de mer sera salée.

La cabalaza de Abouya

Traducción de María de los Ángeles Sánchez Hernández

Había una vez, en el pueblo de Siwla, una bella joven que soñaba con casarse con un hombre guapo. Se llamaba Abouya Anansi, sus pretendientes se contaban por decenas, pero no los encontraba lo bastante guapos como para merecer su mano. Esperaba encontrar un Adonis fuera del pueblo, en Gligan, por ejemplo.

Gligan era la ciudad santa de los pueblos de la región en la que cada año se celebraba una peregrinación que atraía a multitud de jóvenes. Las personas con mal de amores, como Abouya, también solían ir.

Abouya acudió a Gligan donde encontró a Kwami Afantchao de cuyos encantos quedó prendada. Al final del peregrinaje, lo siguió a Fafakopé, su pueblo. Allí, Kwami tenía fama de ser un conquistador y un holgazán. Decían que si no fuera tan guapo, Kwami se moriría de hambre.

De hecho, Kwami vivía de la generosidad de las mujeres quienes, para obtener sus favores, lo mimaban en exceso. Le daban de comer y lo vestían. Por su parte Kwami, cortejado como estaba todo el santo día, se hizo el remilgado durante años para elegir esposa.

Adjouavi Amah, la feliz elegida, se arruinó por mantener a su ocioso marido. Tuvieron tres hijos. A medida que iban naciendo, la miseria se apoderaba de la pareja. Kwami no contribuyó a su mengua. Más bien retomó la actividad que mejor sabía realizar: el trueque de sus favores por las atenciones de las mujeres. Esta conducta le trajo como consecuencia una segunda esposa: Akpé Loossou.

Akpé corrió la suerte de Adjouavi, sufrió un suplicio para alimentar a sus dos hijos. Como era su costumbre, Kwami siguió mariposeando. Y, de mujer en mujer, llegó a Abouya.

Abouya le dio tres hijos. Otras dos infelices la siguieron en el harén de Kwami. La primera, Afansi Toulaboh, dio a luz a cinco hijos y la segunda, Goussi Yalitoh, a otros dos. De esta manera, en casa de Kwami, cinco esposas y quince hijos malvivían en la escasez.

El infame personaje no tenía remedio. Solo pensaba en estar de franca-chela y en gozar de la vida. No pasaba la noche más que con la esposa que le hubiera saciado el hambre durante el día. Y cada una de ellas, para mostrar a las otras que era la más amada del marido, se desvivía por complacerlo.

Así fue como Abouya comenzó a trabajar con los pescadores. Todos los días, se acercaba a la orilla del mar donde esperaba, a veces durante horas, el regreso de las barcas de pesca. Cuando regresaban de vacío, Abouya emprendía el camino de vuelta a casa, muy triste; pero cuando la pesca era productiva, Abouya ayudaba a descargar las capturas. A cambio, recibía algunos pescados. Una parte la vendía barata por las casas del pueblo; con el dinero que conseguía, compraba los condimentos necesarios para sazonar el pescado restante.

Necesitaba cocinarlos rápidamente, muy rápidamente; porque, en casa de Kwami, cada una de sus esposas luchaba, cada día, por ser la primera en ofrecerle sus platos. Quien lo lograba, tenía esa misma noche derecho a sus favores.

En esa carrera por el corazón de Kwami, ninguna de las cinco esposas lograba cautivarlo. Todas pensaban en la manera de conseguirlo. Algunas recurrieron a los adivinos, otras a los consejos de las confidentas. Nada servía. Kwami permanecía inalcanzable.

Una mañana, Abouya bajó, como todas las amas de casa de Fafakopé lo hacían a diario, a la orilla del mar para llenar su cántaro de agua y lavar la ropa. Entonces, el agua del mar era dulce, muy dulce incluso, más dulce que el agua de los ríos, de los lagos y de las charcas.

Abouya se adentró en el agua y se detuvo súbitamente; había notado un cuerpo rugoso bajo la planta del pie derecho. Febrilmente, introdujo la mano en el agua y sacó un collar con gruesas cuentas de oro. Se aseguró de que nadie la había visto. Metió el valioso hallazgo en su cántaro. Una vez llena la vasija, se la colocó en la cabeza, dio la espalda al mar y retomó el camino de casa.

Apenas había dado unos pasos sobre la arena del litoral cuando oyó una voz femenina que la llamaba desde el mar. Se volvió y vio, a tiro de piedra, caminando sobre las olas hacia la orilla a una mujer esbelta y muy bella.

Alrededor de los brazos, una serpiente de colores tornasolados. Sobre sus largos cabellos ondulados que la brisa agitaba, llevaba una calabaza con tapa.

La bella criatura olía a buen perfume y su sonrisa resplandecía. Saludó:

– ¡La paz sea contigo, Abouya! Soy Mamiwata, la diosa del mar. El collar que está en tu cántaro me pertenece. Se me cayó de las manos y las olas se lo llevaron. Devuélvemelo y te regalaré esta calabaza. Gracias a ella, Kwami será solo tuyo.

Abouya accedió. Entonces Mamiwata abrió la calabaza. Estaba vacía. La diosa la llenó de agua. El líquido originó una infinidad de cristalitos blancos. Abouya nunca había visto nada igual. Divertida por el asombro de Abouya, Mamiwata sonrió y declaró:

– ¡Es sal! Da a los platos de los dioses un gusto que los mortales desconocéis. Si echas una pizca en los platos que sirvas a Kwami, no tendrá ojos más que para ti. ¡Adiós, Abouya!

La diosa se marchó como había venido, sobre las olas, hacia el horizonte donde desapareció.

Ese día, para almorzar, Abouya fue la primera en servirle la comida a Kwami. Este se sirvió y repitió. Los días siguientes, solo comió los platos de Abouya. Alabó los méritos de su esposa ante sus amigos; los invitó a compartir sus comidas y se fueron de su casa satisfechos. En sus hogares, reprocharon a las esposas su falta de destreza culinaria. Estas últimas fueron a ver a Abouya para que les diera unas clases. Les regaló a cada una un poco de sal. Muy pronto, todo el pueblo supo que Abouya poseía el secreto de la buena cocina.

El número de solicitantes de sal creció. Creció de tal manera que Abouya se convirtió en vendedora de sal. Y vinieron de países lejanos a comprársela.

Abouya se hizo rica. Compartió su felicidad con toda la familia de Kwami. Sin embargo, las otras esposas no le perdonaban la influencia que ejercía sobre Kwami. Les interesaba acabar con ese privilegio. Y para hacerlo, había que secar la fuente de la riqueza de Abouya.

Espiaron a Abouya durante años y lograron saber que su fortuna provenía de una calabaza. Se apoderaron de ella una noche y se la llevaron a la playa, el único lugar en Fafakopé en el que los ojos indiscretos no las verían entregarse a su sucia faena.

Adjouavi quiso romper la calabaza con el pie. Gritó de dolor como si hubiera chocado con una piedra. El recipiente quedó intacto. Entonces,

Afansi cogió la piedra que calzaba una barca y la tiró sobre la calabaza; la piedra se rompió en dos. Akpé propuso que uno de esos pedazos sirviera de lastre en la calabaza para luego arrojarla al mar. Siguieron su consejo. Las mujeres echaron una barca al agua y, cuando alcanzaron alta mar, sumergieron la calabaza.

De vuelta a la playa, Goussi tuvo sed. Se arrodilló en la orilla del agua, introdujo la mano, recogió un poco en la palma y se la llevó a la boca. La escupió enseguida. Invitó a las otras esposas a probarla y reaccionaron igual.

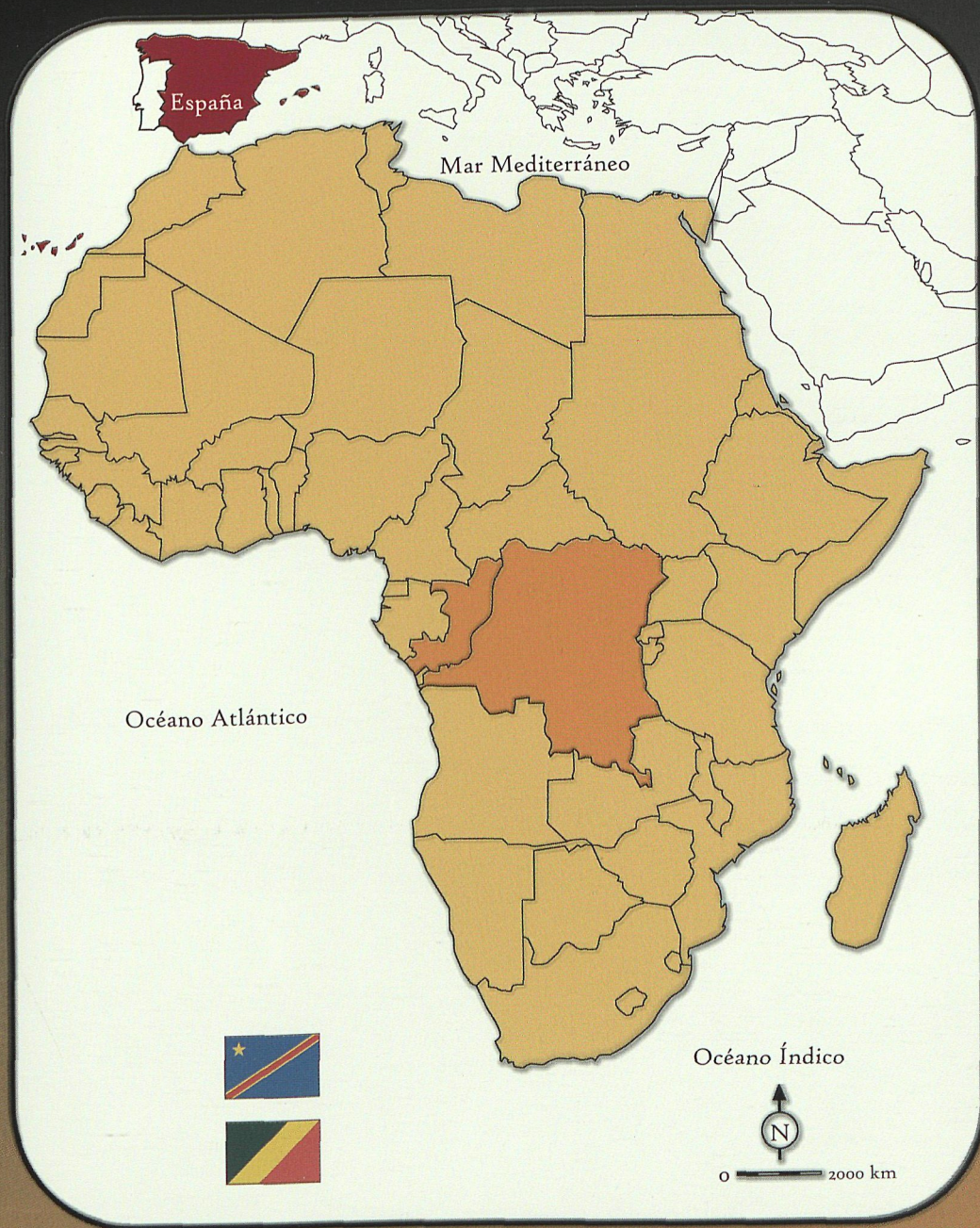
La dulce agua de mar que habían consumido toda la vida ya no lo era; se había vuelto salada. Las otras esposas d'Abouya descubrieron entonces la repercusión de su falta: en tanto que la calabaza permaneciera sumergida, produciría sal que se disolvería en las olas.

Desde entonces, la calabaza d'Abouya reposa en el fondo el mar. Mientras que permanezca en él, el agua de mar seguirá siendo salada.

Cuentos de Congo

Kalla la noyée
(Kalla la ahogada)

VICTOR NIMY



Kalla la noyée

Victor Nimy

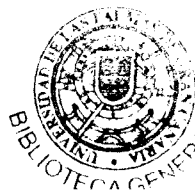
Conte beembé

Dans le village de Yulu-Nkoyi vivait un homme nommé Loubassa. Il avait une épouse, Nkengué Louboto. Elle avait tout donné à son mari : assiduité au travail, amour, beaux et vigoureux enfants... Par elle, il avait acquis le respect que mérite un homme : le rang que la naissance vous accorde ne suffit pas à asseoir une réputation. Loubassa était donc heureux. Sa vie rangée, la sérénité de sa vie familiale lui avaient valu le respect des villageois et de toute sa parenté dispersée aux alentours de Mouyondzi, dont dépendait Yulu-Nkoyi.

Pourtant, au fond de son coeur, alors qu'il prenait de l'âge, il sentit qu'un malaise le prenait : quelque chose lui manquait. Déjà il se prit à constater qu'il ne regardait plus son épouse avec les mêmes yeux. Il prit conscience de ce qui lui faisait défaut, qui était un désir lancinant. Un jour pourtant, il accepta de s'avouer ce qui l'agitait et alors, tout alla très vite : ayant mis un nom sur ce qu'il vivait, il n'eut plus la force d'endurer le manque qu'il ressentait et appela sa femme alors qu'elle venait de lui servir à manger :

– Ma femme ! Tu m'as tout donné. Il n'est de jour où tu ne me donnes tout. Tu m'aimes et tu sais que je t'aime. Je me demande si d'autres hommes sont aussi heureux que moi. Je ressens de la douleur à te dire ce que je dois te dire, car je sais que cela te fera mal. D'avance pardonne-moi.

Il s'arrêta un instant, fasciné par le regard de son épouse qui plongeait droit dans ses yeux, et il ne put reprendre la parole car, contrairement à son habitude de femme dévouée, ce fut elle qui parla :



– « Noni kayekila zaantsa diadikulu lo diamoono keki na dio »... L'oiseau abandonne son nid quand il en a un nouveau! Tu as décidé de prendre une seconde épouse ? Excuse-moi de te couper la parole...

Un silence s'installa. Loubassa voulait dire qu'il n'avait pas de vue sur une femme précise, mais il sentit que cela serait peut-être plus humiliant pour la mère de ses enfants. Il laissa Nkengué Louboto poursuivre :

– En t'épousant je savais ce qui m'attendait : je pressentais que tu ne dérogerais pas à la règle. Rares sont les hommes qui terminent leurs jours avec une seule femme, même quand elle leur a tout donné, même quand elle les a rendu heureux...

Souvent, ces derniers mois, j'ai repensé à ma mère. Mon père avait décidé de prendre une deuxième femme. Informée, ma maman avait fait une crise et s'en était retrouvée paralysée. Elle ne s'en est jamais remise et en est morte. La pauvre ! je n'ai pas oublié : elle croyait que jamais une autre femme ne viendrait lui disputer son mari... Rassure-toi, j'ai entendu la leçon, et quel que soit le chagrin que je ressente, je saurai rester digne et n'en mourrai pas. Maintenant, j'attends de toi le même respect de la tradition : j'ai autant de droits que la plus jeune, alors sache nous traiter avec sagesse.

Sur ce, elle se retira dignement, laissant Loubassa sans voix, seul devant son plat refroidi.

Quelque temps s'écoula après cette entrevue et la vie reprit son cours. Loubassa se mit officiellement à la recherche d'une nouvelle épouse. En fait, il savait déjà à quelle porte frapper. Son meilleur ami, qui habitait le village de Makaala, avait une fille qu'il avait vu grandir. Avec l'épanouissement des formes de l'enfant devenue jeune fille, les pensées de Loubassa s'étaient attachées à cette petite qui avait maintenant à peu près l'âge de son avant-dernier fils. Il alla rendre une première visite à son ami, les cadeaux et le protocole qui accompagnèrent son passage ne laissèrent d'illusion à personne ; une deuxième visite suffit pour conclure le mariage. Toutes ces démarches, il les fit sans avertir les siens. Il attendait que les choses soient bien avancées pour les mettre au courant car, en réalité, il craignait un échec qui lui aurait fait beaucoup de mal et aurait affaibli son autorité face à son épouse et ses enfants. Sa famille fit l'aveugle, mais rien des démarches du père ne lui avait échappé. Quand l'accord devint officiel, Loubassa devint pressé : la date du mariage fut arrêtée. Le jour dit, il vint accompagné de Nkengué Louboto qui devint la première épouse. Sa présence valida la position sociale à laquelle se hissait son mari par ce second mariage. Après une sobre cérémonie, la date d'entrée de

la femme au foyer fut fixée pour une semaine plus tard. Quand les femmes se retirèrent, le beau-père fit part de ce commentaire à son ami :

– Veinard! Tu peux finir tes jours heureux. Avec une telle jeune femme pour amortir ton atterrissage dans la tombe, tu ne pouvais rêver mieux. Mes deux vieilles peaux de banane ne me servent plus à rien. Ah ! si je pouvais, moi, m'en offrir une troisième !

Loubassa laissa son beau-père avec ses regrets et, accompagné de Nkengué Louboto, il rentra chez lui. En cours de route il s'adressa à sa femme :

– Ma femme ! Je compte sur toi pour que ma seconde épouse se sente bien. Tu l'aideras à tenir sa case et à remplir ses devoirs d'épouse. Je ferai en sorte qu'il n'y ait jamais de différence entre elle et toi. Pour ma part je resterai votre mari à toutes deux et je vous traiterai de la même façon.

– Si telle est ta volonté et si tu fais ce que tu me promets, sache que je ferai tout pour ne pas te décevoir, répondit la première épouse.

Arrivé à la maison, l'homme examina la case qu'il destinait à sa seconde épouse. Tout devait être impeccable d'ici à la fin de la semaine, quand elle ferait son entrée dans le foyer conjugal. Tout lui parut parfait. Nkengué Louboto vint et vérifia tout elle-même. De bonheur, Loubassa s'étala ensuite sur sa chaise longue, alluma sa pipe et tira une bouffée de satisfaction puis resta là, immobile, perdu dans ses pensées, noyé dans son bonheur conjugal.

Avec la nuit, il réunit ses enfants autour de lui et leur déclara d'un ton solennel et sans réplique :

– Je viens de prendre une nouvelle épouse. Elle sera là dans une semaine. Je vous demande de la respecter comme vous respectez votre propre mère.

Il y eut quelques grognements à peine audibles car la parole du père est sacrée et sans appel.

À la fin de la semaine, accompagnée de ses parents, la nouvelle épouse vint chez son mari. Après une longue causerie à laquelle n'assista naturellement pas la première épouse, les parents de la jeune femme s'en retournèrent.

Loubassa installa Kalla, la nouvelle venue, dans la case déjà préparée. Ensuite, il la présenta aux autres membres de la famille.

Ainsi commença pour lui une vie toute neuve, sa nouvelle vie de polygame.

Fort de ses bonnes résolutions, il décida d'abord qu'il allait passer une semaine chez l'une avant de rejoindre l'autre pour une semaine aussi. Mais

très vite il se ravisa car il lui apparut impossible de passer une semaine sans voir sa jeune épouse. Il résolut alors de réduire cette durée à deux jours. Mais il ne tint pas mieux ce nouveau partage de lui-même entre ses deux épouses qu'il voulait égales entre elles : il lui fut impossible de passer une nuit sans sa jeune épouse. Il rompit le contrat matrimonial que se doit de suivre un bon polygame et ne rejoignit Nkengué Louboto que de temps à autre, et encore, sans donner à celle-ci son dû. Ce qui ne l'empêchait pas de continuer à manger sa cuisine, car la jeunette n'avait pas des dons culinaires vraiment affirmés. Et aussi, puisque la jeune femme n'avait pas encore de champs, le mari décida qu'elle irait prendre ses provisions dans les champs de la première épouse en attendant que ses propres champs, qu'il lui avait défrichés avec amour, produisent. Nkengué Louboto ne dit rien, elle se soumit et l'équilibre s'installa peu à peu dans la famille.

Les jours s'écoulèrent et Nkengué Louboto aida Kalla à s'intégrer dans la famille : elle l'avait promis à son mari et tenait à ce que sa partie du contrat s'accomplît. Les deux épouses partaient en brousse ou aux champs ensemble ; elles pêchaient ensemble. Entre elles, une complicité semblait même naître à la grande satisfaction de Loubassa. La seconde épouse appelait parfois la première « grande soeur » ; elle forçait son mari à fréquenter plus assidûment sa première épouse en lui refusant l'accès de sa couche et fut même choquée qu'un jour son mari lui dise qu'il ne voulait qu'elle, la jeune : la vie que Kalla avait menée chez son père polygame lui avait appris qu'il faut qu'une femme sache partager. Mais les rapports entre le mari et l'ancienne épouse se dégradèrent. Loubassa n'honorait que trop rarement sa première femme. Nkengué Louboto souffrait de cet abandon : elle en fit les reproches à son mari et lui rappela ses promesses et ses propres paroles dites juste après son deuxième mariage. Mais Loubassa ne changea rien : il nageait dans son bonheur, tenait son ménage en main et la confiance entre les époux se compromit définitivement.

Finalement, Nkengué Louboto se tourna vers Kalla pour qu'elle rappelle à leur mari ses devoirs envers les deux épouses. Et, pour cela, il lui fallut braver la honte. Mais la jeune épouse, vexée à son tour et ne sachant comment répondre sans violer sa propre intimité, répliqua que leur mari était assez grand pour gérer son foyer. Il ne lui revenait donc pas de s'immiscer dans les affaires auxquelles elle était étrangère, même si Nkengué Louboto la croyait préférée.

“Wu mana kuyikissa Nkusu kuzonso watete wu katuka lo ye”. Lorsqu'on apprend à parler à un perroquet, on est toujours la première victime de ses injures ! la première épouse rentra chez elle l'âme blessée.

Un jour, les deux épouses se rendirent à une rivière assez éloignée du village pour pêcher. Comme c'était la saison sèche, elles avaient décidé d'une pêche au barrage qui consiste à assécher les eaux d'un haut fond de rivière après l'avoir isolé du reste du cours d'eau : des barrages bloquent l'amont et l'aval et le poisson prisonnier dans sa poche d'eau est ratissé. Pour cela, elles se munirent de tout le nécessaire : *mbeesi* et *mitoto*, des coupe-coupe et hoes pour couper des branchages et ramasser la terre nécessaire pour fabriquer des barrages, *ntsengu-mantsengu*, des paniers et de grands vans pour évacuer l'eau ; *bieyet*, des tamis en liane pour capturer du poisson, des couteaux et autre petit matériel. Elles firent une petite provision de nourriture pour que la faim ne ralentisse pas leur labeur.

Arrivées à la rivière, elles décidèrent d'aller en amont car, là-bas, se trouvait un haut fond facile à assécher et riche en poisson, avait affirmé Nkengué Louboto. La première épouse connaissait bien ce lieu pour y avoir pêché souvent. Kalla se réjouit fort de ce choix car, plus par hasard qu'à cause de l'absence de pluie, les eaux s'étaient retirées du lit et n'occupaient que le haut fond. Ainsi, d'elle-même, la nature avait installé un barrage en amont : autour de rondins et de branchages, colmatés par le limon de la rivière, l'eau formait une large retenue et il ne restait aux deux femmes qu'à parachever le travail de la sécheresse.

Elles se mirent sans tarder au travail : inutile de construire un autre ouvrage, il suffisait d'épuiser l'eau du haut fond pour pouvoir y entrer. Au moment où le soleil était au zénith, elles l'avaient déjà asséché. Elles se mirent alors à ramasser le poisson dont le gros lot s'était retranché dans une espèce de caverne ouverte sur la paroi du haut fond d'où partait un filet d'eau très limpide, comme si une source coulait sous le lit même de la rivière.

Le frémissement des poissons dans la caverne était presque un appel. Il fallait que l'une des deux femmes y pénètre quand l'autre, au dehors, lancerait la pêche sur la berge. La même question s'imposa à elles : laquelle devait y entrer ?

– Je propose que tu y entres, toi qui es la plus jeune, dit la première épouse.

– Pourquoi devrais-je y entrer ? Je suis nouvelle ici et je connais mal cette rivière et ses mystères. Je souhaiterais plutôt que ce soit toi qui entres car tu connais mieux les lieux et, de plus, tu as déjà pêché ici, répondit la jeune femme.

– Crois-tu que je t'enverrais au-devant d'un danger toi que je considère plus comme ma fille que comme ma co-épouse ? Mais je dois t'avouer que

je porte un bébé. Je ne l'ai pas dit à notre époux...Et puis, tu es plus petite que moi, tu y pénétreras sans difficulté, crois-moi, je l'ai souvent fait.

– Ah ! s'exclama Kalla alors convaincue, si c'est comme ça, j'accepte. Tu as de la chance : bien que je sois la nouvelle, c'est toi qui es enceinte ! Tu aurais pu me le dire avant, tout de même !

Ainsi la jeune femme entra dans la caverne. Les poissons, qui manquaient d'eau, n'attendaient qu'à être ramassés. À leur vue, joyeuse, Kalla lança à l'adresse de sa co-épouse :

– Nous allons faire une bonne pêche aujourd'hui, je n'ai jamais vu autant de poissons. J'en connais un qui sera content ce soir ! Sûr qu'alors, moi aussi, je serai enceinte !

C'est une voix caverneuse qui arriva aux oreilles de Nkengué Louboto, aussi s'empressa-t-elle de répondre en haussant le ton :

– Je te l'avais dit ! Il y a beaucoup de poissons ici. Notre époux sera effectivement content de nous ce soir. Je ne doute pas que ta nuit sera joyeuse.

Loubassa, bien que ce soit au tour de la première épouse, prendrait la jeu-
nette et la charge de la cuisine échouera encore à Nkengué Louboto !

De la caverne, Kalla envoya à sa co-épouse deux paniers remplis de poissons en la pressant de les décharger au plus vite : ce trou ne lui inspirait pas confiance, une impression de présence hostile s'en dégageait.

– Patience ! Dans mon état, il est difficile de faire vite, tu sauras cela lorsque ton tour viendra, s'exclama l'aînée.

Mais dès qu'elle eut pris les paniers de poissons, elle en mit deux autres remplis de terres et de cailloux pour bloquer l'entrée de la caverne. Avec des grosses pierres, qu'elle avait entre-temps regroupées à portée de main, elle consolida son oeuvre de mort.

Après avoir fermé hermétiquement l'entrée de la caverne, elle détruisit les barrages, libérant les eaux pressées de réoccuper leur lit. L'eau effaça jusqu'aux traces menues de la jeune femme. C'est ainsi que Kalla fut livrée à l'inconnu.

Nkengué Louboto, sans un regard à la rivière qui avait repris son cours, rangea ses affaires, jeta celles de la jeunette dans le courant et partit. Elle retrouverait à coup sûr sa place dans le foyer ! Depuis que cette petite avait débarqué, leur mari ne la regardait plus. D'elle, il haïssait désormais tout. Même son sourire lui était devenu répugnant. C'est avec dédain qu'il mangeait ses repas. Le bon vieux temps reviendrait, et Loubassa ne retrouverai

pas facilement une autre femme maintenant qu'une de ses épouses avait disparu ! Nkengué Louboto comprenait maintenant pourquoi sa mère n'avait pu supporter cette trahison : elle s'était vengée autant qu'elle avait vengé sa souffrance ! Il lui sembla que sa mère, de sa tombe, lui manifestait sa joie.

Comme il se faisait un peu tard, elle marchait d'un pas rapide. Perdue dans ses pensées, elle voyait et revoyait les actes de ces derniers jours. Le mari avait été ingrat avec elle, alors qu'elle avait accepté tout ce qu'il lui avait demandé, allant jusqu'à partager le produit de son dur labeur avec la co-épouse, chose que d'autres femmes n'auraient peut-être pas acceptée. Il serait désormais obligé de se contenter d'elle à moins qu'il ne réussisse à trouver une autre seconde épouse. De toute façon, avec les hommes, il faut s'attendre à tout et même au pire ! Quant à la petite, Nkengué Louboto ne lui trouvait que des défauts : elle était l'orgueil et l'ingratitude personnifiés ! Alors qu'elle, la vieille, l'avait accueillie comme son enfant, qu'elle l'avait presque façonnée de ses propres mains, comme si elle avait été sa fille et non une rivale. En voilà une qui ne nuirait plus à sa tranquillité ! Et si son mari lui posait des questions concernant la petite ? Oh, elle trouverait bien quoi répondre à ce fat : son ventre plein de poissons le dissuaderait de poser trop de questions...

En réfléchissant à la manière dont elle devrait s'expliquer sur la disparition de Kalla, elle ne se rendit pas compte que ses pas l'avaient menée à l'orée du village. Elle croisa le mari qui marchait à leur recherche : Loubassa, inquiet de ne pas voir revenir ses femmes alors qu'il se faisait tard, s'était muni d'une torche et était parti à leur rencontre.

- Pourquoi rentrez-vous si tard ? demanda-t-il.
- J'ai eu beaucoup de travail.
- Mais... Où est la petite ?
- Elle n'est pas encore rentrée ? répondit l'épouse d'un ton étonné, elle-même surprise par la sincérité qu'avait l'éclat de sa voix.
- Je ne l'ai pas vue moi ! N'êtes-vous pas parties ensemble, que je sache ?
- Ensemble ? Et pourquoi donc ? Aide-moi plutôt à porter quelques bagages. Dieu seul sait combien ma charge est lourde et j'ai marché longtemps. Ah ! si j'étais la petite, tu te serais déjà précipité !

Dépité par la remarque, Loubassa prit quelques charges. Silencieux, ils marchèrent jusqu'à la maison. Là, le mari relança la discussion :

– Tu sais, comme moi, que la petite ne connaît pas la région et tu prétends ne pas savoir où elle se trouve ? Où donc veux-tu que j'aille la chercher ?

– C'est au mari de surveiller ses femmes, pas aux co-épouses de s'espionner entre elles ! Et tu n'as pas besoin d'aller la chercher : elle est assez grande et ne devrait pas tarder à arriver !

Son époux encaissa l'insulte voyant déjà sa petite femme en d'autres bras... Pourtant, son accès de jalousie passé, il reprit :

– Comment se fait-il que vous ne soyez pas ensemble ? Ne veux-tu pas me répondre, au moins sur ce point ?

– Lorsque nous sommes arrivées à la rivière, la petite a préféré aller en aval en me disant que c'est en aval que l'on trouve le plus de poissons et ce, malgré mon insistance. Moi, je suis partie en amont parce que c'est là que sont les hauts fonds que je connais le mieux. Et puis, cesse de m'importuner, je ne suis pas la cause de son retard et je suis fatiguée. Je ne demande rien d'autre qu'un peu de repos après une rude journée de travail. D'ailleurs je me demande si tu aurais fait preuve du même acharnement à son égard si j'avais été en retard.

Sur ces mots, elle quitta son mari pour rejoindre ses fourneaux. Celui-ci se résigna à attendre. Lorsque son épouse lui apporta de la soupe de poissons et un beau morceau de pâte de manioc fraîchement cuite, il ne sembla même pas la voir. Il ne toucha à rien : le cœur n'y était pas et, la peur dans l'âme, il regardait le temps s'écouler sans savoir exactement ce qu'il devait faire.

Remarquant que l'heure était assez avancée et qu'aucun signe ne présageait l'arrivée de la jeune femme, brusquement, comme mû par un ressort, il se leva de son siège. Il entra dans le village pour informer le chef et quelques-uns de ses parents de la situation et obtenir de l'aide afin d'engager les premières recherches.

La version présentée par Nkengué Louboto déclencha quelques ricanelements. Cependant, rapidement, les hommes valides présents dans le village se réunirent à *mussanda*, l'arbre qui se trouve au centre du village et qui sert de lieu de retrouvailles aux habitants. Là, ils commencèrent à s'organiser. Il fallait engager immédiatement les recherches car, que la jeune femme ait été attaquée par les fauves n'était pas une perspective à écarter, surtout si elle était seule et perdue en forêt. Les fauves en saison sèche s'approchaient du village pour capturer les animaux domestiques. Combien de fois n'avait-on pas retrouvé aux alentours des ossements ou des carcasses de chiens et de moutons abandonnés ?

Un groupe d'hommes se forma et prit le sentier de la rivière sur les indications que leur fournit Nkengué Louboto. Ils allumèrent des torches et se munirent de cors dont le son pouvait alerter la disparue. Arrivé à la rivière, le groupe se sépara en deux. Les uns longèrent la rivière vers l'aval et les autres vers l'amont. Ceux qui partirent vers l'aval revinrent vite sur leurs pas car aucune trace n'indiquait qu'il y ait eu une présence humaine.

Ceux qui étaient partis en amont arrivèrent au niveau du haut fond, où la pêche avait été pratiquée par la première épouse. Certains doutèrent bien, mais sans plus, que la quantité de travail que leur yeux évaluaient fut l'oeuvre d'une seule personne, mais tous connaissaient l'ardeur au travail de Nkengué Louboto : avec elle, rien n'était impossible. Quelle femme ! Deux hommes entrèrent dans l'eau mais en ressortirent sans rien voir. Ils se rendirent à l'évidence : la jeune femme n'était pas là. À contrecœur, ils rebroussèrent chemin, reportant la poursuite des recherches au lendemain. Aucune trace de sa petite épouse, mais pas de cadavre non plus... Aussi, malgré l'anxiété, l'espoir restait permis. Loubassa passa sa nuit à veiller.

Le lendemain, les gens vinrent nombreux des villages environnants. La nuit avait propagé le message. Les recherches pouvaient donc commencer sous de meilleurs auspices, avec plus de chances d'aboutir. Cette fois-ci plus de cinq groupes se formèrent. Ils écumèrent la région de long en large, de bas en haut. Ils ne laissèrent aucun fourré inexploré. Cela dura trois jours. Mais la rivière, la savane et la dense forêt restèrent imperturbables, ne livrant leur secret à personne. Et les hommes restèrent aussi silencieux : aucun village ne fit annoncer qu'une femme était venue se réfugier en son sein.

Kalla resta introuvable. Peu à peu la mobilisation s'affaiblit. Les gens commencèrent à s'habituer à cet état de fait. Seul le mari couvait sa douleur.

Diverses rumeurs trottaient dans le village : Certaines, très désobligeantes, disaient que la jeune femme avait préféré à ce vieux un jeune étalon bien vigoureux des contrées lointaines. D'autres, très pessimistes et compatissantes pour l'époux, disaient que la jeunette avait tout simplement été dévorée par les fauves. D'autres encore, plus folkloriques, disaient que la nuit, les chasseurs entendaient les cris d'agonie de la jeune femme près de la rivière. Toujours était-il que le mari, conseillé par les sages, se résolut à organiser les funérailles un mois après la disparition de la jeune femme. Et le temps, comme une caravane passe son chemin, efface sur son passage les douleurs, même les plus tenaces. Et un jour, l'espoir même s'éteignit dans le cœur de Loubassa.

Les années passèrent, les saisons succédèrent aux saisons et les récoltes aux semis. On n'évoquait plus que rarement la disparition de la jeune femme ; seulement dans les cas où l'on voulait faire peur à celles qui s'attardaient trop en brousse ou aux maris trop confiants en leur épouse.

Arriva la vieillesse pour Nkengué Louboto et, malade, elle vient à mourir. Toutes les cérémonies funéraires furent organisées. Deux jours durant, les pleurs succédèrent aux pleurs. Mais le moment arriva où il fallut se séparer de la dépouille pour aller la déposer dans le cimetière à l'orée du village, ce lieu où se lit la continuité entre les deux mondes : celui des vivants et celui des morts. La tombe béante et avide, premier pas vers le néant, creusée la veille par les hommes, attendait son cadavre.

Le corps, posé sur deux planches parallèles, fut transporté par quatre hommes. Derrière, suivait une procession d'hommes et de femmes en chant. Le bruit du tam-tam survolait la savane, on entendait son écho au loin, tamisé par les grands arbres de la brousse. Ainsi disait-on adieu à Nkengué Louboto et priait-on les ancêtres d'accueillir ce nouvel arrivant, cette femme aux vertus exceptionnelles. En une marche lente, la procession arrivée au cimetière prononça les quelques paroles d'usage parmi lesquelles on entendait dépeindre la vie sans tache, tournée vers la recherche du bonheur des autres, qu'avait menée Nkengué Louboto.

L'on s'apprêta à enterrer la défunte lorsqu'un chant, sorti de nulle part, se fit entendre. Les gens furent frappés de stupeur, mais l'instant de panique passé l'on tendit l'oreille. Le chant disait :

Ha nia diamina me Kalla...

Là où je suis enterrée moi Kalla

Là où je suis enterrée moi Kalla,

Nkengué Louboto n'aura pas de repos.

Affolés, toutes les femmes et presque tous les hommes prirent leurs jambes à leur cou. La poignée de courageux qui était restée voulut enterrer le corps mais la voix poursuivit son chant :

Ha nyiri me Kalla...

Là où je suis moi Kalla

Là où je suis moi Kalla,

Je n'ai pas de tombe.

Et vous voulez qu'elle ait une tombe ?
Mes os sont noyés,
Que les siens soient livrés aux charognards !

Alors, la vérité éclata dans l'esprit des derniers assistants. Les hommes comprirent le message : ils se saisirent sans ménagement de ce qui avait été Nkengué Louboto et allèrent jeter le cadavre dans des broussailles : les charognards de toutes sortes se chargeraient de le faire disparaître ! Puis ils s'en retournèrent au village où le son des tam-tams lança dans l'air un chant funèbre pour Kalla la sacrifiée qui, dans sa grotte oubliée, put enfin dormir pour toujours.

Kalla la ahogada

Traducción de Carolina García Mora

Cuento bembé

En la aldea de Yulu-Nkoyi vivía un hombre llamado Loubassa. Tenía una esposa, Nkengué Louboto. Ella le había dado todo a su marido: asiduidad en el trabajo, amor, hermosos y vigorosos hijos... Gracias a ella, él se había ganado el respeto que merece todo hombre, pues la casta que se adquiere de nacimiento no es suficiente para asentar una reputación. Loubassa era, pues, feliz. Una vida ordenada y la serenidad de su vida familiar lo habían hecho merecedor del respeto de los aldeanos y de todos sus parientes dispersos por los alrededores de Mouyondzi, de los cuales dependía Yulu-Nkoyi.

Sin embargo, en el fondo de su corazón, según iba entrando en años, empezó a sentir una inquietud: algo le faltaba. Enseguida constató que ya no miraba a su mujer con los mismos ojos. Tomó conciencia de que lo que le faltaba era un deseo lancinante. Sin embargo, un día asimiló lo que le perturbaba y, entonces, todo fue muy deprisa: cuando supo definir lo que estaba viviendo, ya no tuvo fuerzas para aguantar esa carencia que sentía y llamó a su mujer cuando acababa justo de servirle la comida:

– ¡Esposa mía! Me lo has dado todo. No ha habido un solo día en que no me lo hayas dado todo. Me amas y sabes que te amo. Me pregunto si hay otros hombres tan felices como yo. Me duele lo que tengo que decirte, porque sé que te hará daño. De antemano, te pido perdón.

Se paró un momento, fascinado por la mirada de su esposa que se clavaba directamente en sus ojos y no pudo retomar palabra porque, al contrario de lo que solía hacer como mujer totalmente entregada, fue ella quien habló:

– “Noni kayekila santas diadikulu lo diamoono kaki na dio”... ¡El pájaro abandona su nido cuando encuentra uno nuevo! ¿Has decidido tomar una segunda esposa? Perdóname por haberte interrumpido...

Se hizo un silencio. Loubassa quería decirle que no se había fijado en una mujer en concreto, pero sintió que seguramente eso sería más humillante para la madre de sus hijos. Dejó a Nkengué Louboto continuar:

– Al casarme contigo sabía lo que me esperaba pues presentía que no irías en contra de la regla. Son muy pocos los hombres que acaban sus días con una sola mujer, incluso cuando esta se ha entregado en cuerpo y alma o lo ha hecho feliz...

Estos últimos meses he pensado a menudo en mi madre. Mi padre decidió tomar una segunda esposa. Al enterarse de ello, mi madre sufrió una crisis de la cual quedó paralizada. Nunca la superó y murió. ¡Pobrecita! No lo he olvidado; ella creía que jamás vendría otra mujer a disputarle su marido... Tranquilízate, he aprendido la lección, y sea cual sea la pena que sienta, sabré permanecer digna y no me moriré. Ahora, espero que, por tu parte, respetes la tradición: tengo los mismos derechos que la más joven, así que trátanos con cordura.

Dicho esto, se retiró dignamente, dejando a Loubassa sin palabras, solo delante de su plato ya frío.

Pasó algún tiempo después de esta entrevista y la vida recobró su curso. Loubassa se puso a buscar oficialmente una nueva esposa. De hecho, ya sabía a qué puerta llamar. Su mejor amigo, que vivía en la aldea de Makaala, tenía una hija que él mismo había visto crecer. Con el desarrollo de las formas de la niña convertida en mujer, los pensamientos de Loubassa se habían fijado en esta jovencita que ahora tenía más o menos la edad de su penúltimo hijo. Hizo una primera visita a su amigo; los regalos y el protocolo que dejó a su paso no dejaron duda alguna de las intenciones del hombre; una segunda visita bastó para concertar el matrimonio. Todos estos pasos los dio sin avisar a los suyos. Esperó a que las cosas estuvieran bien avanzadas para ponerlos al corriente porque, en realidad, temía fracasar, lo cual le hubiese causado mucho daño y hubiese debilitado su autoridad ante su esposa y sus hijos. En su familia se hicieron los tontos pero ninguna de las gestiones del padre pasaron inadvertidas. Cuando el acuerdo se hizo oficial, a Loubassa le entraron las prisas: se fijó la fecha del casamiento. El día acordado, llegó acompañado de Nkengué Louboto, que se convirtió en la primera esposa. Su presencia acreditó la posición social a la cual ascendía su marido con este segundo matrimonio. Después de una sobria ceremonia, se fijó la fecha de entrada al hogar de la nueva esposa para una semana más tarde. Cuando se retiraron las mujeres, el suegro hizo el siguiente comentario a su amigo:

– ¡Menuda suerte! Ya puedes acabar tus días felizmente. Con una mujer así para amortiguar tu aterrizaje en la tumba, no podías soñar con nada mejor. Mis dos viejas pieles de banana ya no me sirven para nada. ¡Ay! ¡Si yo también tuviera dinero para tener una tercera mujer!

Loubassa dejó a su suegro con sus lamentos y, acompañado de Nkengué Louboto, se fue a su casa. Durante el camino se dirigió a su mujer:

– ¡Esposa mía! Cuento contigo para que mi segunda mujer se sienta bien. La ayudarás a cuidar su choza y a desempeñar sus deberes de esposa. Yo haré todo cuanto esté en mi poder para que no haya jamás diferencias entre ella y tú. Por mi parte, seré el marido de las dos y os trataré de la misma forma.

– Si esa es tu voluntad y haces lo que me prometes, yo no haré nada que pueda decepcionarte, respondió la primera esposa.

Una vez llegado a la casa, el hombre examinó la choza destinada a su segunda esposa. Todo debía estar impecable a partir de ese momento hasta el final de la semana, cuando su segunda mujer hiciera su entrada en el hogar conyugal. Todo le pareció perfecto. Nkengué Louboto acudió también y volvió a comprobar todo ella misma. Feliz, Loubassa se tendió a continuación sobre su tumbona, encendió su pipa y dio una calada de satisfacción, después, se quedó allí, inmóvil, perdido en sus pensamientos, sumergido en su felicidad conyugal.

Por la noche, reunió a sus hijos a su alrededor y les declaró con un tono solemne y sin posibilidad de réplica:

– Acabo de tomar una segunda esposa. Estará aquí en una semana. Os pido que la respetéis como respetáis a vuestra propia madre.

Hubo algunos gruñidos apenas audibles, pues la palabra del padre es sagrada y no admite discusión.

La nueva esposa, acompañada de sus padres, llegó a casa de su marido al final de la semana. Después de una larga charla a la cual, naturalmente, no asistió la primera esposa, los padres de la muchachita se fueron.

Loubassa instaló a Kalla, la recién llegada, en la choza que ya estaba preparada. Enseguida, la presentó al resto de los miembros de la familia.

De este modo, comenzó para él una vida completamente nueva, su nueva vida de polígamo.

Muy seguro de sus buenas resoluciones, primero decidió que iba a pasar una semana en casa de una de ellas antes de reunirse con la otra también para una semana. Pero, muy pronto, cambió de opinión, pues le parecía imposible

pasar una semana sin ver a su joven esposa. Decidió entonces reducir ese tiempo a dos días. Pero no soportó mejor dividirse entre sus dos esposas a las que quería tener en igualdad de condiciones: le resultó imposible pasar una noche sin su joven esposa. Rompió el contrato matrimonial que debe respetar todo buen polígamo y no se reunió con Nkengué Louboto más que de vez en cuando y, aun así, sin cumplir con sus deberes de marido. Sin embargo, esto no le impedía seguir comiendo lo que ella cocinaba, ya que la jovencita no tenía buenas dotes culinarias. Además, como la joven esposa no tenía aún cultivos, el marido decidió que cogería sus provisiones de los campos de la primera esposa a la espera de que sus propios campos, que él mismo había roturado con amor, dieran frutos. Nkengué Louboto no dijo nada, se sometió y el equilibrio se instaló poco a poco en la familia.

Pasaron los días y Nkengué Louboto ayudó a Kalla a integrarse en la familia: se lo había prometido a su marido y quería que su parte del contrato se cumpliera. Las dos esposas iban juntas al monte o a los campos; pescaban también juntas. Parecía incluso que, entre ellas, se estaba creando una complicidad, para gran satisfacción de Loubassa. La segunda esposa llamaba a veces a la primera “hermana mayor”; obligaba a su marido a frecuentar con mayor asiduidad a su primera esposa negándole el acceso a su lecho e incluso se sintió ofuscada cuando un día su marido le dijo que sólo la quería a ella, la más joven, pues la forma de vida que Kalla había llevado, en casa de su padre polígamo, le había enseñado que es necesario que una mujer aprenda a compartir. Pero las relaciones entre el marido y la primera esposa se degradaban. Loubassa rara vez honraba con su presencia a su primera mujer. Nkengué Louboto sufría con este abandono; se lo reprochó a su marido y le recordó sus promesas y las palabras pronunciadas justo después de su segundo matrimonio. Pero Loubassa no cambió nada: nadaba en su propia felicidad, gobernaba bien a su familia y la confianza entre los esposos se comprometió definitivamente.

Al final, Nkengué Louboto se dirigió a Kalla para que le recordase al marido sus deberes hacia las dos esposas. Y, para ello, tuvo que vencer su vergüenza. Pero la joven esposa, sintiéndose molesta a su vez y no sabiendo cómo responder sin violar su propia intimidad, le contestó que el marido era lo bastante mayorcito para saber cómo llevar su hogar y no le correspondía a ella inmiscuirse en esos asuntos que le eran ajenos, aun cuando Nkengué Louboto pensara que ella era la favorita.

“Wu mana kuyikissa Nkusu kuzonso watete wu katuka lo ye”. ¡Cuando se enseña a hablar a un loro, la primera víctima de sus injurias siempre es uno mismo! La primera esposa entró en su casa con el alma herida.

Un día, las dos esposas fueron a pescar a un riachuelo bastante alejado de la aldea. Como era durante la estación seca, se pusieron de acuerdo en hacer una pesca construyendo una pequeña presa, lo que consiste en vaciar las aguas de la hondura del río después de haberlas desviado del resto del curso del agua: las presas bloquean la parte alta y baja del río y los peces, prisioneros en una especie de bolsa de agua, pueden ser atrapados con facilidad. Para llevar esto a cabo, se equiparon con todo lo necesario: *mbeesi* y *mitoto*, es decir, machetes y azadas para cortar ramajes y recoger la tierra necesaria para fabricar presas, *ntsengu-mantsengu*, cestos y grandes recipientes para evacuar el agua; *bieyet*, tamices de bejuco para capturar los peces, cuchillos y otros diversos pequeños instrumentos. Se llevaron algunos víveres para que el hambre no disminuyera el ritmo de sus labores.

Una vez que llegaron al riachuelo, decidieron ir río arriba porque allí se encontraba una hondura fácil de vaciar y rica en peces, según había afirmado Nkengué Louboto. La primera esposa conocía bien el lugar ya que había pescado allí muy a menudo. Kalla se alegró mucho de tal elección pues, gracias más a la suerte que a la ausencia de lluvias, las aguas se habían retirado del lecho del río y sólo ocupaban la hondura. Así, de manera natural, la naturaleza había construido una barrera río arriba: alrededor de troncos y de ramajes inmovilizados por el légamo del riachuelo, el agua formaba una amplia retención y a las dos mujeres solo les quedaba rematar el trabajo que la sequía había hecho por ellas.

Se pusieron manos a la obra sin dilación: era inútil construir otra barrera, solo hacía falta achicar el agua para poder acceder a la hondura. Cuando el sol estaba en su punto más alto, ya habían terminado de desecarlo. Entonces, se pusieron a coger los peces que, en su mayor parte, habían quedado encerrados en una especie de cueva abierta sobre la pared de la hondura desde donde salía un hilillo de agua límpida, como si brotara una fuente bajo el mismo lecho del río.

La agitación de los peces en la cueva parecía como una llamada. Solo hacía falta que una de las dos mujeres entrara allí mientras que la otra, desde el exterior, lanzaría la pesca sobre la orilla. Ambas se hicieron la misma pregunta: ¿cuál de las dos debía entrar allí?

– Propongo que seas tú quien entre, tú que eres la más joven, dijo la primera esposa.

– ¿Por qué debería entrar yo? Soy nueva aquí y conozco mal este río y sus misterios. Preferiría más bien que fueras tú quien entrase porque conoces mejor estos lugares y, además, ya has pescado aquí, respondió la muchacha.

– ¿Crees que te pondría frente a un peligro, a ti, que te considero más como una hija que como a la otra esposa? Además, tengo que confesarte que espero un bebé. No se lo he dicho a nuestro esposo... Y después de todo, eres más pequeña que yo, entrarás sin dificultad, créeme, yo lo he hecho a menudo.

– ¡Ay! Exclamó entonces Kalla, convencida, - si es así, acepto. Tienes suerte: ¡a pesar de que soy yo la nueva, eres tú la que está embarazada!

¡Hay que ver, me lo podrías haber dicho antes!

Y la muchacha entró en la cueva. Los peces, a los que les faltaba el agua, sólo esperaban ser cogidos. Al verlos Kalla, feliz, comentó a la otra esposa:

– Vamos a tener una buena pesca hoy, jamás había visto tantos peces. ¡Sé de alguien que se podrá muy contento esta noche! ¡Seguro que, a partir de ahora, yo también me quedaré embarazada!

Llegó una voz cavernosa a los oídos de Nkengué Louboto, a la cual respondió enseguida subiendo el tono:

– ¡Te lo había dicho! Hay muchos peces por aquí. Efectivamente, nuestro esposo se sentirá muy orgulloso de nosotras. No pongo en duda de que pasarás una feliz noche.

Aunque fuera el turno de la primera esposa, Loubassa tomaría a la joven-cita y el peso de la cocina caería una vez más sobre Nkengué Louboto.

Desde la cueva, Kalla envió a la otra esposa dos canastos llenos de pescados, metiéndole prisa para que los descargara lo más rápidamente posible: aquel agujero no le inspiraba mucha confianza, tenía la impresión de estar ante una presencia hostil.

– ¡Paciencia! En mi estado, es difícil hacer las cosas rápidamente, ya lo sabrás cuando llegue tu turno, exclamó la mayor.

Pero, en cuanto cogió los canastos de pescados, puso otros dos llenos de tierra y de piedras para bloquear la entrada de la cueva. Con grandes piedras, que había reunido entre tanto al alcance de su mano, consolidó su obra de muerte.

Después de cerrar herméticamente la entrada de la cueva, destruyó las barreras, dejando libre las aguas deseosas de volver a ocupar su lecho. El agua borró hasta las huellas dejadas por la muchacha. De este modo, Kalla fue abandonada a lo desconocido.

Nkengué Louboto, sin tan siquiera echar un vistazo al río que había retomado su curso, recogió sus cosas, tiró las de la jovencita a la corriente y se fue. ¡Sin duda alguna recobraría su sitio en el hogar! Desde que esta pequeña había llegado, su marido ya no se fijaba en ella. Desde ese mismo momento, él empezó a odiar todo en ella. Incluso su sonrisa se había vuelto repugnante a sus ojos. Comía sus comidas con desprecio. ¡Los viejos buenos tiempos volverían y, Loubassa, no encontraría fácilmente otra mujer ahora que una de sus esposas había desaparecido! Nkengué Louboto comprendía ahora por qué su madre no había podido soportar esa traición: ¡se había vengado al igual que había vengado su sufrimiento! Le pareció como si su madre, desde su tumba, le manifestara su satisfacción.

Como se hacía un poco tarde, caminó con paso rápido. Perdida en sus pensamientos, veía una y otra vez los actos de los últimos días. El marido había sido ingrato con ella mientras que, por su parte, ella había aceptado todo lo que él le había pedido, llegando incluso a compartir el producto de su dura labor con la otra esposa, algo que posiblemente otras mujeres no hubiesen quizás aceptado. A partir de ahora estaría obligado a conformarse con ella a no ser que consiguiera encontrar otra segunda esposa. De todas formas, una se puede esperar cualquier cosa de los hombres, incluso lo peor. En cuanto a esa muchachita, Nkengué Louboto sólo le encontraba defectos: ¡era el orgullo y la ingratitud personificados! Mientras que ella, la vieja, la había acogido como a una hija, la había casi modelado con sus propias manos, como si hubiese sido su hija y no una rival. ¡Esa ya no perturbaría más su tranquilidad! ¿Y si su marido le hacía preguntas acerca de la pequeña? Oh, ya encontraría ella algo que contestar a ese fatuo: su panza repleta de pescado lo disuadiría para que no hiciera demasiadas preguntas...

Reflexionando en la manera en que debería explicarse acerca de la desaparición de Kalla, no se había dado cuenta de que sus pasos la habían llevado hasta las puertas de la aldea. Se cruzó con su marido que iba a su encuentro. Loubassa, preocupado al no ver llegar a sus esposas cuando empezaba ya a hacerse tarde, se hizo con una antorcha y se fue a buscarlas.

- ¿Por qué llegáis tan tarde? preguntó él.
- He tenido mucho trabajo.
- Pero... ¿Dónde esta la pequeña?
- ¿Todavía no ha llegado? respondió la esposa con un tono de asombro, sorprendida a su vez por la sinceridad que había tenido el sonido de su voz.
- ¡Yo no la he visto! ¿Acaso no os habíais ido juntas?

– ¿Juntas? ¿Y eso por qué? Anda, ayúdame a llevar algunos trastos. Solo Dios sabe lo mucho que pesa mi carga y he andado durante mucho tiempo. ¡Ay! ¡si yo fuera la pequeña, ya te habrías precipitado a ayudarme!

Contrariado por esta observación, Loubassa cogió parte de la carga. Silenciosos, caminaron hasta la casa. Una vez allí, el marido retomó la discusión:

– Sabes tan bien como yo que la pequeña no conoce la región ¿y pretendes no saber dónde se encuentra? ¿Dónde quieres entonces que vaya a buscarla?

– ¡Es deber del marido vigilar a sus mujeres, y no de las esposas espiarse entre sí! Y no hace falta que vayas en su búsqueda: ¡ya es mayorcita y seguro que no tardará mucho más en llegar!

Su esposo encajó el insulto mientras imaginaba a su pequeña en brazos de otro hombre... Sin embargo, una vez superado su ataque de celos, continuó:

– ¿Y cómo es que no estáis juntas? ¿No me quieres responder al menos a esto?

– Cuando llegamos al riachuelo, la pequeña prefirió ir río abajo pues, según me dijo, allí se encuentran más peces, y todo esto a pesar de mi oposición. Yo me fui río arriba porque allí está la hondura que conozco mejor. Y deja ya de importunarme, yo no soy la culpable de su retraso y estoy cansada. Solo pido un poco de descanso después de una dura jornada de trabajo. Por otra parte, de haberme retrasado yo, me pregunto si hubieras actuado contra ella con el mismo ensañamiento.

Dicho esto, dejó a su marido y se fue a preparar la comida. Éste se resignó a esperarla. Cuando su esposa le llevó sopa de pescado y un buen trozo de pasta de mandioca recién hecha, parecía que ni siquiera lo miraba. No probó bocado: con el corazón en un puño, el miedo en el alma, solo veía cómo pasaba el tiempo sin saber exactamente qué hacer.

Como se dio cuenta de que ya era bastante tarde y que no había indicios que indicaran la llegada de la muchacha, bruscamente, como movido por un resorte, se levantó de su asiento. Fue hacia la aldea para informar de la situación al jefe y a algunos de sus parientes y para obtener ayuda a fin de poder realizar las primeras búsquedas.

La versión que había dado Nkengué Louboto provocó algunas risillas burlonas. Sin embargo, rápidamente, los hombres en buenas condiciones físicas que estaban presentes en la aldea se reunieron al pie del *mussanda*, el árbol que se encuentra en el centro de la aldea y que sirve de lugar de

encuentro para los habitantes. Allí, empezaron a organizarse. Era preciso llevar a cabo con rapidez las operaciones de búsqueda pues, cabía la posibilidad de que la muchacha hubiese sido atacada por las fieras, sobre todo si estaba sola y perdida en el bosque. Durante la estación seca, las fieras solían acercarse a la aldea para capturar animales domésticos. ¿Cuántas veces habían encontrado en los alrededores huesos o esqueletos de perros y de ovejas abandonados?

Formaron un grupo de hombres y tomaron el sendero del río, siguiendo las indicaciones que les había dado Nkengué Louboto. Encendieron antorchas y llevaron cuernos cuyo sonido podía alertar a la desaparecida. Una vez llegados al río, el grupo se separó en dos. Unos fueron río abajo y, los otros, río arriba. Los que fueron río abajo volvieron rápidamente sobre sus pasos porque no había ninguna huella que indicara que por allí hubiese pasado un ser humano.

Los que fueron río arriba llegaron a la altura de la hondura, donde la primera esposa había practicado la pesca. Evaluando el trabajo que había sido llevado a cabo en el lugar, algunos dudaron, sin más, que hubiera sido producto de una sola persona, aunque todos conocían el ardor en el trabajo de Nkengué Louboto: tratándose de ella, nada era imposible. ¡Qué mujer! Dos hombres se metieron en el agua pero salieron sin ver nada. Se rindieron ante la evidencia: la muchacha no estaba allí. De mala gana, dieron media vuelta, y aplazaron para el día siguiente la continuación de la búsqueda. Ninguna señal de su joven esposa, pero tampoco de su cadáver... A pesar de la ansiedad, aun había cabida para la esperanza. Loubassa pasó la noche en vela.

Al día siguiente, llegaron numerosas personas de las aldeas circundantes. El mensaje se había propagado durante la noche. Las operaciones de búsqueda podían, pues, comenzar con mejores auspicios, con más probabilidades de éxito. Esta vez, se formaron más de cinco grupos. Peinaron la región a lo largo y ancho, de arriba abajo. No dejaron sin explorar ningún rincón. Duró tres días. Pero el río, la sabana y el denso bosque permanecieron imperturbables, sin descifrar su secreto a nadie. Los hombres permanecieron silenciosos también: ninguna aldea dio aviso de que alguna mujer hubiese pedido asilo.

No había forma alguna de encontrar a Kalla. Poco a poco se debilitó la movilización. Las personas empezaron a acostumbrarse a ese estado de hechos. Solo el marido incubaba su dolor.

Circulaban diversos rumores en la aldea: unos, muy descorteses, decían que la muchacha había preferido un joven y vigoroso semental de una aldea

lejana a su viejo esposo. Otros, muy pesimistas y compasivos hacia el esposo, decían que la jovencita simplemente había sido devorada por las fieras. Otros aun, más folclóricos, decían que durante la noche, los cazadores oían los gritos agónicos de la muchacha cerca del río. Lo cierto es que el marido, aconsejado por los sabios, decidió organizar el funeral un mes después de la desaparición de la muchacha. Y el tiempo pasaba como una caravana que hace su camino, borrando a su paso los dolores, incluso los más persistentes. Y un día, la esperanza se apagó en el corazón de Loubassa.

Los años pasaron, las estaciones se fueron sucediendo como las cosechas a las siembras. Ya no se hablaba más que rara vez de la desaparición de la joven; solo cuando se quería asustar a las que se retrasaban en el bosque o a los maridos que daban demasiadas confianzas a sus esposas.

Nkengué Louboto envejeció y, enferma, murió. Se organizaron todas las ceremonias funerarias. Durante dos días, solo hubo llanto y más llanto. Pero llegó el momento de separarse de los restos mortales para enterrarlos en el cementerio que estaba en la entrada de la aldea, ese lugar donde se lee la continuidad entre los dos mundos: el de los vivos y los muertos. La tumba abierta y ávida, primer paso hacia la nada, excavada el día anterior por los hombres, esperaba su cadáver.

El cuerpo, puesto sobre dos tablas paralelas, fue transportado por cuatro hombres. Detrás, un cortejo de hombres y mujeres cantaba. El ruido del tamtan sobrevolaba la sabana, se escuchaba su eco desde lejos, tamizado por los grandes árboles del bosque. De esta forma, se despedían de Nkengué Louboto y rezaban a los antepasados para que acogieran a la recién llegada, a esta mujer de virtudes excepcionales. Con una marcha lenta, la procesión, que ya había llegado al cementerio, pronunció algunas palabras rituales entre las que destacaban la descripción de la vida impecable, volcada a hacer feliz a los demás, que Nkengué Louboto había llevado.

Se disponían a enterrar a la difunta cuando, salida de ninguna parte, se empezó a escuchar una canción. Todos se quedaron asombrados, pero una vez pasado ese instante de pánico, agudizaron sus oídos. La canción decía:

Ha nia diamina me Kalla...

Ahí donde yo, Kalla, estoy enterrada

Ahí donde yo, Kalla, estoy enterrada,

Nkengué Louboto no encontrará descanso.

Enloquecidos, todas las mujeres y casi todos los hombres pusieron pies en polvorosa, el puñado de valientes que se había quedado quiso enterrar el cuerpo pero la voz prosiguió con su canción:

Ha nyiri me Kalla...

Ahí donde estoy yo, Kalla

Ahí donde estoy yo, Kalla,

No tengo tumba.

¿Y queréis que ella tenga una tumba?

Mis huesos están ahogados,

¡que los suyos sean arrojados a los carroñeros!

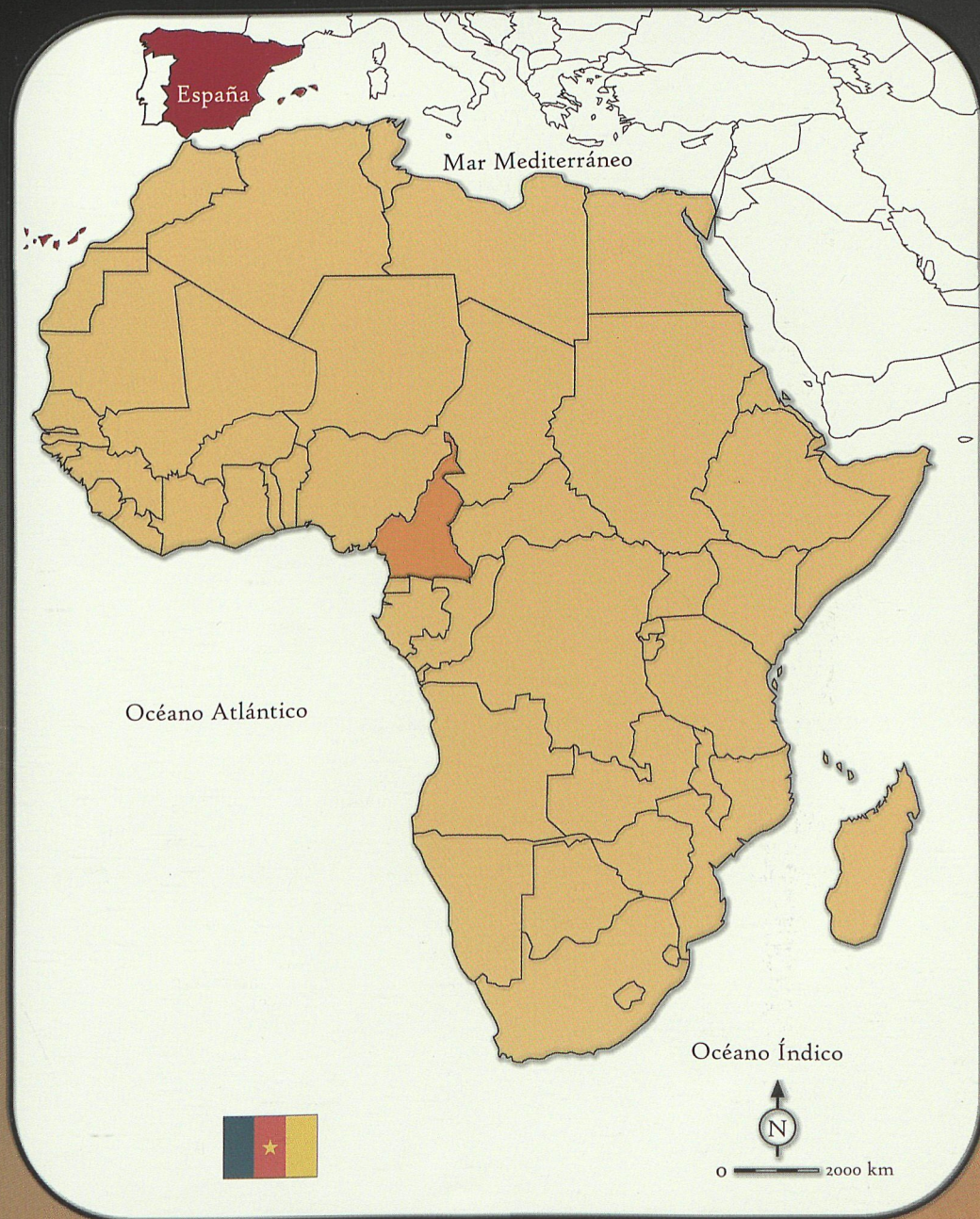
De esta manera, estalló la verdad en las mentes de los últimos asistentes. Los hombres comprendieron el mensaje: se dieron cuenta sin contemplaciones de lo que había sido Nkengué Louboto y fueron a tirar el cadáver a las malezas: ¡animales carroñeros de toda índole se encargarían de hacerla desaparecer! Después, regresaron a la aldea donde el sonido de los tamtanes lanzó al aire un canto fúnebre por Kalla la sacrificada quien, en una gruta olvidada, pudo al fin descansar en paz para siempre.

Cuentos de Camerún

Kulu et Beme (Kulu y Beme)

Beme y Mvomo le python
(Beme y Mvomo la serpiente pitón)

SÉVERIN CÉCILE ABEGA



Kulu et Beme

Séverin Cécile Abega

Conte bulu

Kulu la tortue et Beme étaient amis. Une amitié qui réjouissait les animaux car jadis ils étaient parents. C'était quand les animaux n'avaient pas de cornes. Mais depuis les liens s'étaient relâchés, au point même de rompre. C'était donc d'un bon œil que les habitants de la forêt voyaient cette amitié grandir. Il y eut une époque de vaches maigres chez Kulu. Elle se rendit chez Beme pour lui expliquer son problème.

“ Mais Kulu, fils de mes aïeux, n'aie pas cet air gêné. C'est un réel plaisir pour moi que de te sortir de ce mauvais pas.

– Seulement, je te demande une somme d'argent très importante... dit faiblement la tortue.

– Il est vrai que je ne puis prêter une pareille somme à n'importe qui, mais tu n'es pas n'importe qui, ô Kulu ! ”

La tortue le remercia et lui dit :

“ Dans une lune et demie, je te rembourserai la totalité de ce que tu m'avances aujourd'hui ”.

Il retourna chez lui, et le temps passa. Le temps passa même un peu trop et Beme commença à s'inquiéter. La tortue l'avait-elle oublié ? Il avait besoin de cet argent, mais se dit qu'il valait mieux que la tortue s'en souvint d'elle-même. Des lunes passèrent, six exactement, et Beme alla trouver la mère de Kulu, appelée Nyia Bi Bôtô. Celle-ci lui répondit que son fils était sorti. Il chercha à rencontrer Kulu, mais celui-ci demeurait introuvable.

Kulu et sa mère tinrent conseil, et il fut décidé que Kulu ne rembourserait pas un sou. La mère de Kulu aimait écraser du tabac à priser. Il fut convenu que Kulu servirait de ngok, la meule qui, avec le broyeur, permet traditionnellement de moudre.

“ Ô vénérable Nyia Bi Bôtô, où est Kulu mon frère ? ”

Celle-ci ne répondit pas. Elle ne leva même pas la tête en signe de respect pour Beme. Celui-ci sentit son cœur se gonfler de colère. Il répéta la question plus de quatre fois, et atteignit la limite de sa patience. Sans se contrôler, il arracha la pierre à écraser et la jeta dans le tas d'ordure. C'est alors seulement que Nyia Bi Bôtô leva la tête.

“ Mon fils, que se passe -t-il ? Serais-tu devenu fou ? Est-ce là ta nouvelle manière de me saluer ? Ne sais-tu pas que je connais ta mère ? Que ta mère et moi avons grandi ensemble ?

– Je te parlais depuis un bon moment déjà, et vraiment, j'ai perdu toute contenance. Je te demande pardon, mais mon frère Kulu...”

Justement, celui-ci arrive. *Koukoudou koukoudou, wok, wok !* Il demande ce qui se passe. Sa mère lui explique et ajoute :

“ Il dit qu'il me parle depuis un bon bout de temps ; mais comme je suis bien vieille et que le broyeur fait du bruit sur la meule, je n'ai rien pu comprendre !

– Quoi ! s'indigna la tortue. Est-ce parce que je te dois de l'argent que tu peux manquer de respect à ma mère, alors que moi je respecte la tienne ? Le respect que l'on doit aux aînés doit-il finir parce que moi je te dois de l'argent ?

– Mais elle ne voulait pas répondre à mes questions !

– T'avait-elle seulement remarqué ? A-t-elle levé la tête vers toi ? ”

Beme reconnut que non. Il demanda pardon pour la deuxième fois, mais Kulu répondit pendant que sa mère faisait semblant de pleurer :

“ Demander pardon, c'est trop facile. Retrouve d'abord sa meule à tabac, et demande pardon après. Est-ce ainsi que vous autres allez à la chasse aux malédictions ? Faire pleurer une personne âgée ! Je reviens d'un long voyage où je suis allé vendre des tas de choses. Je reviens avec la somme que je te dois, mais qu'est-ce que je trouve ? Ma mère qui se fait insulter ! Ceci est grave, Beme mon frère ! Trouve d'abord la pierre à moudre le tabac, et le reste suivra ! ”

C'est depuis ce jour que les cochons fouillent le sol, surtout celui des tas d'ordures. Ils cherchent la pierre à écraser le tabac à priser de Kulu Nyia Bi Bôtô.

Kulu y Beme

Traducción de Amadou Ndoye

Cuento bulú

Kulu la tortuga y Beme eran amigos. Una amistad que llenaba de gozo a los animales pues, en otros tiempos, eran parientes. Entonces los animales no tenían aún cuernos. Pero desde aquella época los lazos de parentesco se habían debilitado hasta el punto de romperse. Por ello, los habitantes de la selva veían con buenos ojos cómo crecía aquella amistad. Hubo una época de vacas flacas en casa de Kulu. Entonces, se dirigió a casa de Beme para explicarle el problema.

“Pero Kulu, hija de mis antepasados, no pongas esa cara de compungida. Es un verdadero placer para mí sacarte de este apuro.

– El caso es que te estoy pidiendo una gran cantidad de dinero... dijo en voz baja la tortuga.

– “Es cierto que no puedo prestar semejante cantidad a cualquiera, pero tú no eres una persona cualquiera, mi buena Kulu.”

La tortuga le dio las gracias y le dijo:

– “Dentro de una luna y media, te devolveré la totalidad de lo que me adelantas hoy”.

Volvió a casa, y pasó el tiempo. Pasó incluso demasiado tiempo y Beme empezó a preocuparse. ¿Se habría olvidado la tortuga de él? Necesitaba el dinero, pero pensó que más valdría que la tortuga se acordara ella misma. Pasaron lunas, seis para ser exacto, y Beme se fue a visitar a la madre de Kulu, llamada Nyia Bi Bôtô. Esta le contestó que había salido. Intentó encontrar a Kulu, pero no aparecía por ninguna parte.

Kulu y su madre se reunieron para discutir la cuestión, y se decidió que Kulu no devolvería ni una moneda. A la madre de Kulu le gustaba machacar

tabaco para tomar rapé. Se acordó que Kulu sirviera de *ngok*, la piedra de moler que, junto con la trituradora permite hacer tradicionalmente la molienda.

¡Oh venerable Nyia Bi Bôtô!, ¿dónde está Kuku, mi hermana?

No contestó. Ni siquiera levantó la cabeza como forma de respeto hacia Beme. Este notó que su corazón se hinchaba de ira. Volvió a formular la pregunta más de cuatro veces, y llegó a agotársele la paciencia. Sin controlarse, arrancó la piedra de moler y la tiró al basurero. Solo entonces Nyia Bi Bôtô levantó la cabeza.

“¿Qué sucede hijo mío? ¿Es que te has vuelto loco? ¿Qué forma de saludarme es esa? ¿No sabes que conozco a tu madre? ¿Que tu madre y yo nos hemos criado juntas?

– Hacía un buen rato que te estaba hablando y, a decir verdad, perdí las formas. Te pido perdón, pero mi hermana Kulu...”

Precisamente, aquí llega. *Koukoundou koukoundou, wok, wok!* Viene a preguntar lo que sucede. Su madre se lo explica y añade:

– ¡Qué! Se indignó la tortuga. ¿Puedes permitirte faltarle el respeto a mi madre solo porque te debo dinero? Acaso no respeto yo a la tuya? ¿Debe acabarse el respeto que se le debe a los mayores solo porque se debe dinero?

– ¡Pero es que no quería contestar a mis preguntas!

– ¿Acaso advertió tu presencia? ¿Levantó la cabeza hacia ti?”

Beme reconoció que no. Pidió perdón por segunda vez, pero Kulu le respondió mientras su madre simulaba llorar:

“Pedir perdón, es demasiado fácil. Encuéntrale primero su piedra de moler, y pídele perdón después.

¿Es así como vais a ahuyentar las maldiciones? ¡Hacer llorar a una persona mayor...! Vuelvo de un largo viaje al que fui a vender muchas cosas. Regreso con la suma de dinero que te debo, y ¿con qué me encuentro? ¿Que están insultando a mi madre! ¡Esto es muy grave, hermano Beme! ¡Busca primero la piedra de moler y ya se verá!”

Desde ese día los cerdos husmean en el suelo, sobre todo la basura, en busca de la piedra de moler que sirve para triturar el tabaco de Kulu Nyuia Bi Bôtô.

Beme et Mvomo le python

Séverin Cécile Abega

Conte eton

Mvomo céda sa femme en concubinage à Beme. Ce dernier en retour céda la sienne à Mvomo le python, comme cela se passait du temps de nos ancêtres.

Entre-temps, la femme de Beme conçut de Mvomo le python. Un jour, Mvomo vient rendre visite à son ami. Et pendant qu'ils étaient assis sous la véranda, Beme dit à son ami :

“ Sais-tu que ta femme est enceinte, là dans la case, au moment même où nous sommes assis ici sous la véranda ?

–C'est vrai ? demanda Mvomo.

–Oui ! répondit Beme,

–Mon ami, si cet enfant vient au monde, c'est ma peau qui servira à le porter !

–D'accord ! ” dit Beme.

Et leur amitié ne fut pas rompue pour autant. Mais peu de temps après, la femme de Mvomo conçut de Beme. Beme alla rendre visite à Mvomo le python qui lui dit :

“ Beme, fils de mon père, depuis notre dernière rencontre, ta femme est enceinte dans ma case, ici.

–Ne t'en fais pas, aucune autre peau que la mienne ne pourra servir à porter cet enfant qui va naître ! ”



Comment, d'après vous, peut-on détacher la peau d'un potamochère ? Tout le monde le sait !

Arriva la date à laquelle la femme de Beme devait accoucher. Celui-ci dépêcha un garçon :

“ Dis à Mvomo que sa femme vient d'accoucher.

–Va et reviens dans deux jours ! ” dit Mvomo au messager.

Le garçon retourna auprès de Beme. Alors Mvomo entra dans l'eau, il se mit à avaler une grande quantité de kaolin et d'argile et s'en alla se coucher pour muer, comme les pythons ont coutume de le faire. Après, il prit la mue et la donna à Beme en disant :

“ Voici avec quoi l'on va porter mon enfant ! ”

On en était encore là lorsque la femme de Mvomo accoucha. Mvomo dépêcha un garçon chez Beme :

“ Va dire à Beme, mon ami, que sa femme a accouché.

–Va et reviens dans deux jours pour chercher ma peau ! ” répondit Beme.

Alors il entra dans la brousse, coupa beaucoup de crochets, en fit un grand tas devant la cour. Il fit ensuite venir toute la gent animale :

“ Voici ! leur dit-il. Mvomo est venu faire un enfant chez moi, et c'est sa peau qui sert à porter cet enfant ; et moi je suis allé faire un enfant chez lui, il faut que ma peau serve à porter cet enfant ; je vous ai donc fait venir pour m'enlever la peau ; comme ça, j'irai la donner à Mvomo pour qu'on puisse porter mon fils ”.

L'assistance lui répondit :

“ Où as-tu jamais entendu cela ?

–Je dis qu'il n'y a pas à discuter : il faut que ma peau serve à porter l'enfant que j'ai fait chez Mvomo. Voici des tas de crochets, attachez-moi ! ”

Il se coucha de tout son long au milieu de la cour, les bras en croix.

“ Attachez-moi, mais ne me touchez pas à la gorge, j'en mourrais ! ” dit-il.

On s'exécuta, on lui lia les mains et les pieds ; mais chaque fois que l'on essayait d'enfoncer le couteau, Beme criait :

“ Hummm !... Ne vous fiez pas à mes cris, faites votre travail ! ”

Kulu la tortue osa ouvrir la bouche :

“ Mon fils...

–J’ai dit de fermer la bouche, voilà tout ”, répliqua Beme.

On déplia à nouveau le couteau, et l’on écorcha Beme. De loin, l’on pouvait entendre ses hurlements. Le travail fini, celui-ci prit sa peau et la confia au garçon :

“ Va porter ceci à Mvomo ! ”

Tout le monde sait que les mouches ne peuvent pas laisser un endroit où l’on a fait couler du sang ! Une mouche vint pondre des œufs dans le corps de Beme. Quand il fut rentré chez lui, les larves se mirent à le ronger. On fit venir tous les animaux : Beme allait mal. Pourquoi allait-il mal ? Pourquoi Beme était-il alité ? La gent animal arriva, mais chacun disait :

“ Moi, je n’ai jamais vu personne vouloir imiter de la sorte, au nom d’une magie léguée par son père, tout ce que fait autrui ! Il n’a qu’à mourir ! Qu’il aille voir si son père avait un si grand pouvoir magique ! ”

Ainsi mourut Beme, sans que personne ne s’intéresse à son sort, à cause de son ambition.

Beme y Mvomo la serpiente pitón

Traducción de Amadou Ndoye

Cuento etón

Mvomo dejó su mujer a Beme como concubina. Este, a su vez, cedió la suya a Mvomo, la serpiente pitón, tal y como solían hacerlo antaño nuestros antepasados.

Mientras tanto, la mujer de Beme se quedó embarazada de Mvomo la serpiente pitón. Un día, Mvomo fue a visitar a su amigo y, mientras estaban sentados en el porche, Beme el marrano-potamoquero le dijo a su amigo:

“Sabe, tu mujer está embarazada, aquí, en la choza, mientras nosotros estamos sentados en el porche.

– ¿De verdad? – preguntó Mvomo

– Sí, – respondió Beme

– Amigo mío, si viene al mundo ese niño, mi piel servirá para arroparlo.

– ¡De acuerdo!” – dijo Beme.

No por ello se rompió la amistad entre ambos. Pero, poco tiempo después, la mujer de Mvomo tuvo un hijo de Beme. Beme fue a visitar a Mvomo, la pitón, quien le dijo:

“Beme, amigo mío, desde nuestro último encuentro, tu mujer está embarazada en mi choza, aquí mismo.

– No te preocupes, ninguna piel que no sea la mía podrá servir para llevar a aquel niño que va a nacer!”

Según vosotros, ¿cómo puede desprenderse la piel de un potamoquero? Lo sabe todo el mundo.

Llegó la fecha en que la mujer de Beme debía de dar a luz. Mandó a un muchacho: “Dile a Mvomo que su mujer acaba de dar a luz.

– Vete y vuelve dentro de dos días” – dijo Mvomo al mensajero.

El muchacho volvió a ver a Beme. Entonces Mvomo se metió en el agua, se puso a tragar una enorme cantidad de caolín y de arcilla y se acostó para hacer la muda, como suelen hacerlo las serpientes pitón. Luego, cogió la piel y se la dio a Beme, diciéndole: “¡Con eso, se va a poder envolver a mi niño!”

En esto se hallaban los protagonistas cuando la mujer de Mvomo dio a luz. Mvomo mandó a un muchacho a casa de Beme:

“Ve a decirle a mi amigo Beme que su mujer dio a luz”.

– Ve y vuelve dentro de dos días para buscar mi piel – contestó Beme.

Se adentró entonces en la selva, cortó varios palos en forma de gancho, los amontonó en el patio. Luego, mandó llamar a todos los animales:

“Oíd, les dijo, Mvomo vino a concebir a su niño en mi hogar y su piel va servir para arropar a ese niño; y yo me he ido a hacer a otro niño en su choza, por tanto mi piel tiene que servir para envolver a ese otro niño; os he convocado para que me quitéis la piel; luego se la entregaré a Mvomo para que puedan envolver a mi hijo con ella”.

Los asistentes le contestaron:

“¿Dónde has oído tal cosa?

– Os digo que no hay discusión que valga: mi piel tiene que servir para envolver al niño que he procreado en casa de Mvomo. Aquí tenéis un montón de ganchos, así que atadme”.

Se acostó, cuan largo era, en medio del patio con los brazos en cruz.

“¡Atadme, pero no me toquéis la garganta!, pues me moriría”, dijo.

Cumplieron con las instrucciones, le ataron las manos y los pies, pero cada vez que intentaban meterle el cuchillo, Beme gritaba:

“¡Ay! ¡Ay! ¡No os ocupéis de mis gritos, haced vuestro trabajo!”

Kulu la tortuga se atrevió a abrir la boca:

“Hijo mío...”

– Dije que se callaran todos, y punto – replicó Beme.

Se volvió a abrir la navaja y se desolló a Beme. Desde lejos, se podían oír sus aullidos. Una vez terminado el trabajo, éste recogió su piel y se la entregó al muchacho: “¡corre a llevar esto a Mvomo!”

Todo el mundo sabe que las moscas no pueden dejar de posarse en un sitio donde ha corrido la sangre. Una mosca vino a poner huevos en el cuerpo de Beme. Cuando regresó a casa, las larvas se pusieron a devorarlo. Se convocó a todos los animales. Beme se encontraba mal. ¿Por qué se encontraba mal? ¿Por qué guardaba cama? Llegaron todos los animales y cada cual decía:

“Yo nunca he visto a nadie imitar de esa manera lo que hace otra persona, en nombre de una magia heredada. ¡Que se muera! ¡Que vaya a ver si su padre tenía realmente tal poder mágico!”

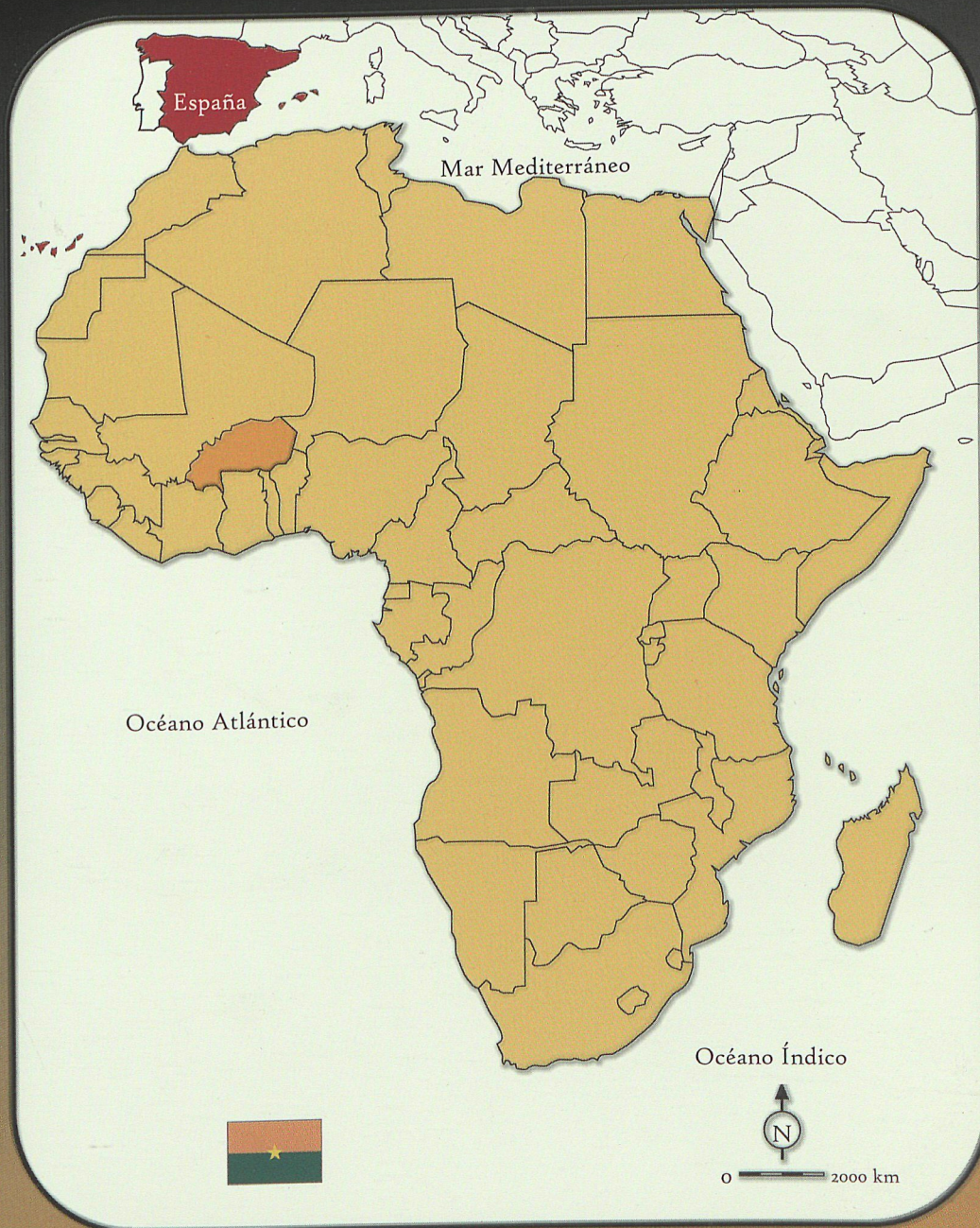
Así murió Beme, sin que nadie se interesara por su suerte, por causa de su ambición.

Cuentos de Burkina Faso

Le lièvre et l'épervier (La liebre y el gavilán)

Le monde tourne, le monde change
(El mundo gira, el mundo cambia)

ALAIN-JOSEPH SISSAO



Le lièvre et l'épervier

Alain-Joseph Sissao

Le lièvre et l'épervier étaient amis.

Survint une grande famine. Il était très difficile de trouver à manger.

Le lièvre alla voir l'épervier qui était sur un arbre et lui demanda de descendre pour discuter de la façon dont ils pourraient s'entraider afin d'échapper à la famine. L'épervier lui dit qu'il avait tellement faim que s'il descendait, il n'arriverait plus à remonter en haut de l'arbre. Mais le lièvre insista. Il lui dit qu'il avait des taureaux et qu'il lui en donnerait un pour sa ration.

L'épervier accepta et descendit de l'arbre. Le lièvre tua effectivement le taureau pour l'épervier et sa famille. Un autre jour, le lièvre appela l'épervier et lui dit :

« Viens, nous allons voir ensemble comment trouver à manger, sinon, ce ne sera pas facile. Je vais fabriquer un tambour ; j'irai en pleine brousse convoquer tous les animaux pour qu'on examine ensemble comment faire pour vaincre la famine. Quand tous les animaux seront là, toi tu allumeras du feu tout autour des animaux et tu viendras me chercher par les airs. Ainsi, ils seront tous brûlés et nous pourrons les ramasser et les manger ».

L'épervier accepta. Le lièvre frappa son tambour et rassembla tous les animaux. L'épervier fit ce que le lièvre lui avait demandé de faire. Le feu tua beaucoup d'animaux. Le lièvre et l'épervier les ramassèrent et se les partagèrent. Chacun ramena sa part à la maison pour sa famille.

Un jour, l'hyène alla chercher du feu chez le lièvre. À son arrivée, elle vit un tas de viande. Le lièvre lui en donna un peu. Le lendemain, l'hyène alla de nouveau chercher du feu, et le lièvre lui donna encore un peu de viande.

Puis, l'hyène dit au lièvre de la rejoindre derrière sa maison parce qu'elle avait quelque chose à lui dire. Le lièvre vint et l'hyène le saisit ; elle lui dit de

lui montrer où se trouvait toute cette viande, sinon elle ne le lâcherait pas.

Le lièvre lui dit :

« C'est simple, j'ai lié amitié avec l'épervier : j'ai tué des taureaux pour lui, et lui de son côté m'aide à brûler les animaux sauvages ».

Après avoir entendu cela, l'hyène décida de lier amitié avec l'épervier. Elle alla donc le voir. Celui-ci ne vit pas d'inconvénient à sceller une amitié avec l'hyène, moyennant un taureau.

Mais l'hyène n'avait pas de taureau à offrir à l'épervier. Un jour, elle lui fit une proposition :

« Je vais rassembler tous les animaux de la brousse à l'aide de mon tambour. Quant ils seront tous là, viens mettre le feu tout autour. Ils mourront et j'aurai de quoi manger ».

Malheureusement, elle ne dit pas à l'épervier de venir la chercher après qu'il aurait mis le feu.

Au son du tambour, tous les animaux se rassemblèrent. Quand l'épervier constata qu'ils étaient là, il mit le feu à la brousse et il disparut. L'hyène ne savait plus où aller. Elle et les autres animaux moururent brûlés. Le lièvre vint les ramasser.

C'est pour cela qu'on dit que c'est bien d'être fort, mais qu'il faut aussi être malin, car la force seule ne suffit pas.

La liebre y el gavián

Traducción de Moustapha Bangoura

La liebre y el gavián eran amigos.

Sobrevino una gran hambruna. Era muy difícil encontrar algo de comer.

La liebre se fue a ver al gavián que estaba posado en un árbol y le dijo que bajara a hablar para ver cómo podían ayudarse mutuamente y vencer el hambre. Le contestó el gavián que tenía tanta hambre que si bajaba, ya no conseguiría subir de nuevo al árbol. Pero la liebre insistió. Le dijo que era dueño de unos toros y que le daría uno para su ración de comida.

El gavián asintió y bajó del árbol. Y la liebre mató a un toro para el gavián y su familia. Otro día, la liebre llamó al gavián y le dijo:

“Ven, vamos a ver cómo nos las arreglamos juntos para buscar comida, de no ser así, no va a ser fácil resistir. Voy a fabricar un tambor. Me adentraré en la selva y llamaré a todos los animales para que juntos examinemos cómo vencer el hambre. Cuando se presenten todos los animales, encenderás fuego por todos lados, y vendrás a recogerme por los aires. Así, todos arderán y podremos recogerlos y comerlos”.

El gavián aceptó. La liebre tocó un tambor y convocó a los animales. El gavián hizo lo que la liebre le había pedido. El fuego mató a muchos animales. La liebre y el gavián los recogieron y se los repartieron. Cada uno volvió a su casa con la parte que le correspondía para su familia.

Un día, la hiena fue a pedir unas ascuas a casa de la liebre. Al llegar, vio un montón de carne. La liebre le ofreció un poco de carne. Al día siguiente, la hiena se fue otra vez a pedir unas ascuas, y de nuevo la liebre le dio un poco de carne.

Luego, la hiena le dijo a la liebre que viniera a reunirse con ella detrás de su casa porque tenía algo que decirle. La liebre acudió y la hiena la agarró.

Le dijo que le indicara dónde estaba toda la carne, en caso contrario, seguiría presa.

La liebre le dijo:

“Pues, muy sencillo, he trabado amistad con el gavián; maté a unos toros para él y él, por su parte, me ayuda a quemar a las fieras”.

Después de oír aquellas palabras, la hiena resolvió entablar amistad con el gavián por lo que fue a hacerle una visita. Este no tuvo inconveniente alguno en sellar la amistad con la hiena, con tal de que le ofreciera un toro.

Pero la hiena no tenía ningún toro que ofrecer al gavián.

Un día, ella le propuso lo siguiente:

“Con ayuda de mi tambor, voy a reunir a todos los animales de la selva. Cuando todos se presenten, prenderás fuego por todas partes. El fuego los matará y así tendré algo que comer”.

Por desgracia, no le dijo al gavián que viniera a buscarla después de encender el fuego.

En cuanto oyeron el sonido del tambor, todos los animales se congregaron. Cuando el gavián vio que todos estaban allí, prendió fuego a la selva y desapareció. La hiena ya no sabía adónde ir. Ella y los demás animales murieron quemados y la liebre vino a recogerlos.

Por eso se dice que es bueno ser fuerte, pero también hay que ser astuto, porque no basta solo con tener fuerza.

Le monde tourne, le monde change

Alain-Joseph Sissao

Du temps où l'esclavage existait encore, le riche Runiwangda acheta un esclave qui s'appelait Runigilgda « le monde tourne ». Une fois qu'il fut arrivé chez lui, il lui demanda :

« Que faisais-tu chez toi auparavant ?

– Du commerce » lui répondit-il.

L'homme riche lui procura de l'argent pour qu'il fasse du commerce. L'esclave commença son commerce et il gagna beaucoup d'argent.

Mais une nuit que Runigilgda retournait ses pensées dans sa tête, la tristesse s'empara de lui : quand il avait quitté les siens, son père était si âgé que c'est à lui seul qu'il revenait de pourvoir aux besoins de la famille.

Au lever du jour, il alla voir son maître et lui fit part de ses préoccupations :

« Voici douze ans que j'ai quitté les miens. À cette époque, mon père était déjà très vieux et c'est moi qui assurais le rôle de chef de famille. À présent, je ne sais pas ce qui se passe là-bas. Voilà pourquoi je suis venu te voir. Si un esclave peut acheter sa liberté, j'ai les moyens de le faire ; je voudrais retrouver ma famille ».

Runigilgda avait de l'argent, en effet, car pendant qu'il menait son commerce, il épargnait vingt-cinq francs par jour.

Après l'avoir écouté, son maître accepta de le libérer. Runigilgda lui demanda combien il devrait lui donner pour recouvrer sa liberté. Son maître lui réclama la somme qu'il lui avait donnée pour commencer son commerce. Runigilgda la lui remboursa et il remercia son maître qui, depuis douze ans, s'était occupé de lui comme de son propre fils. Il lui avait manifesté du respect, il ne l'avait pas maltraité.

Quand Runigilgda fut de retour chez lui, le chef du village était mort depuis longtemps. Mais personne ne lui avait encore succédé.

La population vint le saluer. Les riches lui offrirent des présents qu'il redistribua aux nécessiteux. Les gens purent ainsi constater qu'il était riche, mais surtout qu'il était généreux. On le nomma donc chef du village.

Entre-temps, Runiwangda, son ancien maître, était tombé dans l'esclavage. On le promenait de marché en marché sans trouver d'acquéreur, car il était trop vieux. Voyant qu'aucun acheteur ne se présentait, quelqu'un proposa au vendeur d'aller voir Runigilgda, parce qu'il était sûr qu'il l'achèterait et le garderait dans sa cour. Il ne le ferait pas souffrir. Il en était certain. C'est ainsi qu'on amena le vieux chez le chef Runigilgda. Le chef reconnut immédiatement le captif. Il lui demanda :

« Me connais-tu ? »

Il dit non. Il lui posa la question trois fois, mais le captif répondait toujours non. Le chef se présenta. Il acheta le vieux Runiwangda et le laissa dans sa cour.

Quand le vendeur fut parti, le chef donna cent moutons, cent bœufs et cent chèvres au vieux. Il lui fit construire une maison et lui donna des femmes.

Runiwangda redevint comme un chef.

Ce conte nous conseille la prudence, car le monde tourne toujours. On peut être riche aujourd'hui et devenir pauvre demain, ou finir mal.

Celui qui est riche aujourd'hui doit donc aider les autres, car on sait ce qu'il y a aujourd'hui, mais on ne sait pas ce qui peut arriver demain.

El mundo gira, el mundo cambia

Traducción de Moustapha Bangoura

Cuando la esclavitud estaba aún vigente, el rico Runivangda compró a un esclavo llamado Runigilgda, que quiere decir “el mundo gira”. Al llegar a casa, le preguntó:

“¿Qué hacías antes en tu tierra?”

“Era negociante” le contestó.

El hombre rico le proporcionó dinero para que hiciera negocios. El esclavo empezó con su comercio y ganó mucho dinero.

Pero una noche en que Runigilgda estaba dándole vueltas a una idea, le invadió la tristeza.

Cuando dejó a los suyos, su padre estaba tan viejo que ahora era a él a quien correspondía cubrir las necesidades de la familia.

Al despuntar el día, se fue a ver al amo y lo puso al tanto de sus preocupaciones.

“Hace doce años que dejé a mi familia. En aquel entonces, mi padre era ya muy viejo y yo era el que asumía el papel de cabeza de familia. Ahora no sé lo que pasa allá. Por eso he venido a verte. Si un esclavo puede comprar su libertad, tengo recursos para ello. Quisiera reunirme con mi familia”.

En efecto, Runigilgda tenía dinero porque, gracias a su comercio, ahorra-
ba veinticinco francos al día.

Después de escucharlo, el amo accedió a ponerlo en libertad. Runigilgda le preguntó cuánto debía pagarle para recobrar la libertad. El amo le pidió la misma cantidad que le había proporcionado cuando empezó con su comercio. Runigilgda se la devolvió y dio las gracias al amo quien, doce años atrás, lo había atendido como si fuera su propio hijo, le había demostrado respeto y no lo había maltratado.

Cuando Runigilgda volvió a su tierra, el jefe del pueblo había fallecido hacía ya mucho tiempo. Pero nadie le había sucedido aún.

Los aldeanos vinieron a saludarlo. Los ricos le ofrecieron regalos que repartió entre los menesterosos. Así fue como la gente pudo percatarse de que no solo era rico sino también dadivoso. Así que lo nombraron jefe del pueblo.

Mientras tanto, Runiwangda, su antiguo amo, había caído en la esclavitud. Lo exhibían en los mercados sin que se presentara ningún comprador: era demasiado viejo. Al ver que ningún comprador se interesaba, alguien le aconsejó al vendedor que se fuera a ver a Runigilgda, porque estaba seguro de que se lo compraría y lo acogería en su corte.

Así fue como llevaron al viejo a casa del jefe Runigilgda. El jefe no tardó en reconocer al cautivo. Le preguntó:

“¿ Me conoces ?”

Aquéel contestó que no. Le hizo la misma pregunta tres veces seguidas, pero el cautivo seguía contestando que no. El jefe se dio a conocer. Rescató al viejo Runigilgda y lo mantuvo en la corte.

Cuando se fue el vendedor, el jefe le regaló al viejo cien ovejas, cien bueyes y cien cabras. Mandó construir una casa para él y lo obsequió con mujeres.

Runiwangda volvió a vivir como un jefe.

Este cuento nos aconseja la prudencia porque el mundo sigue girando. Podemos ser ricos hoy y volvernos pobres mañana o tener un final desgraciado.

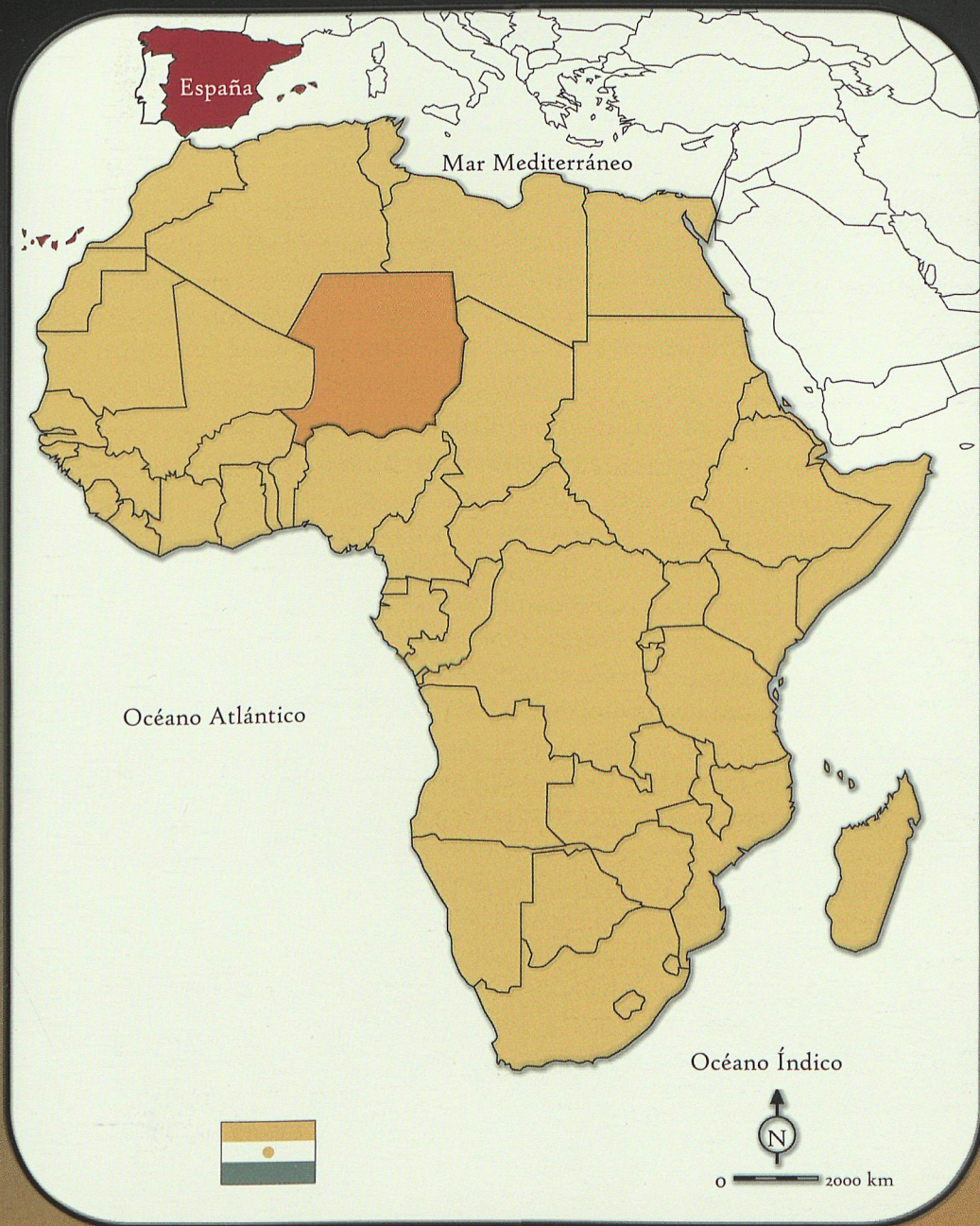
Por tanto, el que es rico hoy debe ayudar a los demás, pues sabemos lo que pasa hoy, pero ignoramos lo que puede acontecer mañana.

Cuentos de Níger

Les amis du jardinier (Los amigos del jardinero)

L'arbre du pardon (El árbol del perdón)

LAURENCE RIVAILLE ET PIERRE-MARIE DECOUDRAS



Les amis du jardinier

Laurence Rivaille et Pierre-Marie Decoudras

Timia

De toutes les oasis de l'Aïr, nichées au creux de la montagne, Timia est certainement la plus belle; sous le fort Massu, les palmeraies bordent le *kori*, abritant une multitude d'arbres fruitiers, de grenadiers, de plamplemoussiers, d'orangers; les chants d'oiseaux le disputent au grincement des *takarkart*, les poulies des puits d'où l'on remonte l'eau à longueur de journée; l'hiver, le blé forme des moutonnements de verdure agités par le vent, contrastant avec le désert minéral alentour.

Un peu à l'écart, se trouve une magnifique guelta en eau profonde, alimentée par une grande cascade.

Afis était jardinier dans le gros village de Timia. Tous les hommes valides pratiquaient le jardinage; tout en s'occupant des travaux ménagers, les femmes élevaient aussi du petit bétail qu'elles conduisaient, avec les enfants, dans les vallées et au bord des *kori* avoisinants; tout autour, il y avait la montagne, caverneuse et menaçante.

Dans les jardins, de nombreux puits permettaient l'irrigation des cultures, à l'aide des chameaux et des bœufs.

C'est dans le jardin d'Afis que les villageois les plus démunis se ravitaillent en eau ; il était le seul à consentir ce sacrifice, qui perturbait beaucoup l'irrigation de sa propre parcelle, mais Afis était ainsi : rendre service était sa raison d'être, même si cela le mettait dans la difficulté.

Les autres jardiniers se réjouissaient de sa misère ; ils l'accusaient de vouloir simplement se rendre intéressant auprès des femmes et des vieillards solitaires, car il partageait toujours ses maigres récoltes avec les nécessiteux.

Un jour, pendant la saison des tomates, Afis eut la surprise de trouver les traces d'une bête qui était passée avant lui dans le jardin. Les jours suivants, comme le manège continuait, il eut recours à des pièges, qui ne donnèrent aucun résultat.

Il entama alors des recherches, et constata que la bête venait toujours de la montagne et repartait en grim pant par le côté le plus impraticable. Les autres jardiniers étaient totalement incrédules et pensaient que cette histoire était une invention pour justifier de ses maigres récoltes.

Un beau jour, en faisant sa tournée matinale. Afis vit que l'un de ses pièges avait fonctionné ; il suivit la trace et trouva la bête coincée dans la clôture épineuse du jardin. Surpris par les traits de l'animal, il appela ses voisins qui accoururent, curieux de voir ce qui se passait.

Lorsqu'ils virent la créature, ils reculèrent de stupeur ; c'était un gros animal, tel qu'ils n'en avaient jamais vu, avec un bec, des ailes de chauve-souris, quatre pattes de chacal et un ventre énorme, disproportionné.

Après l'avoir longuement regardé, l'un des jardiniers demanda quel pouvait être le nom de cet étranger prédateur, mais personne ne put répondre.

C'est alors que se produisit la chose la plus inattendue : la bête se mit à parler et leur dit :

– Mon nom est Emislag.

En *tamasheq*, la langue des Touaregs, *emislag* signifie « la paix » ; son nom était donc « la paix » ! Les hommes se regardèrent, effrayés, et se demandèrent ce qu'il fallait faire.

La majorité voulait tuer la bête, car cet animal étrange, outre le fait qu'il pillait les cultures, pouvait sans doute représenter un danger pour la communauté. Ils allaient l'exécuter lorsqu'Afis intervint, en leur disant que tuer une bête qui parle ne pouvait que porter malheur :

– Après tout, cette bête n'a fait que manger mes tomates, et la vie doit être faite de pardon.

Se ralliant finalement à cet avis plein de sagesse, ils immobilisèrent le cou de l'animal avec une fourche pour éviter d'être mordus, et le libérèrent de son piège.

La créature ainsi libérée se dirigea vers la montagne et disparu bientôt dans la brume matinale.

Quelques jours plus tard, Afis reçut la visite d'un inconnu ; en le raccompagnant, celui-ci lui dit qu'il était venu pour le remercier de lui avoir sauvé la vie, et lui déclarer une éternelle amitié. Il lui apprit qu'il était un djinn de la montagne, et qu'il avait un faible pour les tomates fraîches et écarlates ; puis il lui révéla des secrets qui allaient faire de lui l'homme le plus riche et le plus puissant de la région.

À la suite de cette entrevue, Afis retourna seul dans la montagne, chaque jeudi soir, pour y rester toute la nuit avec les djinns ; pendant la saison des tomates, les autres jardiniers le voyaient monter, chargé de paniers pleins pour ses amis.

À plusieurs reprises, ses enfants en danger furent sauvés par des inconnus apparus par enchantement, qui disaient être les amis de leur père, ceux qui vivent là-haut sur la montagne.

À Timia, demandez aux gens qui connaissent cette histoire : ils savent que les djinns n'ont pas de mauvaises intentions systématiques, et qu'ils peuvent aussi parfois aider les humains qui le méritent.

Los amigos del jardinero

Traducción de Marie-Claire Durand Guiziou

Timia

De todos los oasis del Aïr, escondidos al abrigo de la montaña, Timia es, sin lugar a dudas, el más hermoso; protegiendo el fuerte Massu, los palmerales se extienden a lo largo del *kori*, que alberga una multitud de árboles frutales: granados, pomelos, naranjos... Los cantos de los pájaros rivalizan con el chirrido de los *takarkart*, las poleas de los pozos de donde se sube el agua a todas horas del día; durante el invierno, el trigo forma ondulaciones de color verde que, agitadas por el viento, contrastan con el desierto mineral que las rodea.

Un poco separado, se encuentra una magnífica *guelta* de agua profunda, alimentada por una gran cascada.

Afis era jardinero en el gran pueblo de Timia. Todos los hombres en condiciones de trabajar practicaban la jardinería; las mujeres, a la vez que se ocupaban de los quehaceres domésticos, criaban también algunos animales; los llevaban –junto con sus propios hijos– a los valles y a la orilla de los *kori* vecinos; alrededor, se encontraba la montaña, cavernosa y amenazadora.

En los jardines, numerosos pozos permitían el riego de los cultivos, con la ayuda de camellos y bueyes.

En el jardín de Afis los habitantes más necesitados del pueblo se proveían de agua; era el único que consentía ese sacrificio, lo que dificultaba mucho el riego de su propia parcela, pero Afis era así: hacer favores era su forma de ser, aun cuando eso le acarreaba ciertas dificultades.

Los demás jardineros se alegraban de su infortunio; lo acusaban de querer solamente darse importancia ante los ojos de las mujeres y de los solitarios

ancianos, dado que siempre compartía sus escasas cosechas con los más necesitados.

Un día, durante la cosecha de los tomates, Afis se sorprendió de encontrar las huellas de un animal que se le había adelantado en el jardín. Transcurrían los días y, como el problema continuaba, decidió colocar trampas que no dieron ningún resultado.

Entonces se puso a investigar y comprobó que el animal venía siempre de la montaña y se marchaba trepando por el lado más impracticable. Los demás jardineros, totalmente incrédulos, pensaban que esta historia era un invento para justificar sus escasas cosechas.

Un buen día, al hacer su recorrido matinal, Afis vio que una de las trampas colocadas había funcionado; siguió la huella y encontró el animal atrapado en el cerco espinoso del jardín. Sorprendido por el tipo de animal, llamó a sus vecinos que acudieron, curiosos, a ver lo que sucedía.

Cuando vieron la criatura, retrocedieron con estupor; era una animal enorme como nunca se había visto, con un pico, alas de murciélago, cuatro patas de chacal y una enorme barriga; muy desproporcionado.

Después de haberlo mirado mucho tiempo, uno de los jardineros preguntó cuál podía ser el nombre de aquel extraño predador, pero nadie supo contestar.

Fue entonces cuando se produjo lo más inesperado: el animal se puso a hablar y dijo:

– Mi nombre es Emsilag.

En *tamasheq*, la lengua de los tuaregs, *emslag* significa “la paz”; así que su nombre significaba “la paz”. Los hombres se miraron con asombro, y se preguntaron qué había que hacer.

La mayoría quería matar al animal, pues aquel animal extraño, además de saquear los cultivos, podía sin duda representar un peligro para la comunidad. Iban a ejecutarlo cuando Afis intervino, diciéndoles que matar a un animal que habla siempre da mala suerte:

– Después de todo, este animal no ha hecho más que comerse mis tomates, y en la vida hay que perdonar.

Finalmente, compartiendo esta opinión llena de sabiduría, inmovilizaron el cuello del animal con una horca para evitar las mordeduras, y lo liberaron de su trampa.

La criatura ya liberada se dirigió hacia la montaña y pronto desapareció en medio de la niebla matutina.

Algunos días más tarde, Afis recibió la visita de un desconocido; al despedirlo, este le dijo que había venido para darle las gracias por haberle salvado la vida y profesarle una eterna amistad. Le reveló que era un djinn de la montaña, y que tenía cierta debilidad por los tomates frescos y rojos; luego le reveló unos secretos que iban a hacer del jardinero el hombre más rico y más poderoso de la región.

Tras esa entrevista, Afis volvió solo a la montaña, cada jueves, para permanecer toda la noche con los djinns; durante la zafra de tomates, los demás jardineros lo veían subir, cargado de cestas llenas de tomates.

En diferentes ocasiones, sus hijos, encontrándose en peligro, se salvaron gracias a unos desconocidos que aparecieron como por encanto; decían ser amigos de su padre y que vivían allá arriba en la montaña.

En Timia, pregunten por las personas que conocen esta historia: saben que los djinns no tienen sistemáticamente malas intenciones, y que, a veces, pueden ayudar también a los seres humanos que lo merecen.

L'arbre du pardon

Laurence Rivaille et Pierre-Marie Decoudras

Takouloukouzet

Kamma naquit dans une famille aisée de cette tribu de Touaregs qui nomadisait de part et d'autre du massif de Takouloukouzet. Il y connut une enfance heureuse et profondément empreinte de croyance.

Pourtant, dès l'adolescence, il commença à montrer un manque d'intérêt pour l'éducation qu'il recevait et pour la religion: il volait les animaux des voisins, plus par plaisir que par besoin, car il ne manquait de rien chez ses parents; il importunait les jeunes bergères, et les plaintes arrivaient de plus en plus nombreuses à la maison.

À dix-sept ans, c'était déjà un solide gaillard ; il provoquait de sanglantes bagarres dans le campement, au cours desquelles il blessait toujours ses adversaires, car c'était un champion dans le maniement de la takouba.

Un matin, il prit ses armes, sella son chameau et quitta le campement pour toujours ; ce fut pour lui le début d'une vie aventureuse, jalonnée de pleurs et de sang.

En effet, il acquit rapidement une sinistre renommée en semant la terreur où il passait.

Il s'était joint à une bande de brigands, et très vite en était même devenu le chef ; ensemble, ils attaquaient les caravanes, massacraient ceux qui résistaient et emportaient le butin dans les grandes villes du Sud pour le vendre et profiter de la vie.

Les combats étaient parfois terribles et beaucoup de ses acolytes étaient morts dans les affrontements ; sa bande se réduisait et ses hommes commençaient à être affaiblis par l'âge, car beaucoup d'années avaient passé.

Un jour, ils attaquèrent à cinq une caravane forte de quinze hommes, mais ce fut la dernière ; seul Kamma parvint à en réchapper ; il avait cinquante ans.

À cet âge, il est difficile de refaire sa vie, et il continua de voler en solitaire. C'était un paria ; il ne pouvait plus appartenir à aucune tribu et vivait en vagabond, condamné à finir seul le restant de ses jours. Il faisait quelquefois le bilan de sa vie et regrettait sérieusement ses actes, sa tribu, ses parents, et surtout sa foi qu'il avait abandonnée depuis des années.

Un jour, il arriva près d'une vieille mosquée, où vivait en ermite un sage marabout. Il s'approcha du saint homme, le salua et s'empessa de lui confesser sa vie : sa jeunesse tumultueuse, le brigandage, les massacres, les viols, les pleurs de veuves et des orphelins ; il ne lui cacha rien et, à la fin de son récit, demanda au marabout s'il pouvait espérer le pardon divin.

Compte tenu de l'âge du voleur, le marabout réfléchit un long moment, puis il montra le tronc rugueux d'un vieil arbre desséché depuis longtemps et lui dit :

– Le jour où cet arbre refleurira, tu seras pardonné.

Devant cette terrible réponse, le vieux brigand regarda l'arbre mort, remercia le sage marabout et continua son chemin.

Il avait pensé qu'il pourrait espérer le pardon en changeant de vie mais, vu la réponse du marabout, il était résolu à voler pendant le restant de ses jours.

Il volait maintenant tout ce qui lui tombait sous la main : chèvres, moutons, étoffes, selles de chameaux, nourriture ; parfois même il ne volait que pour le plaisir de faire du mal et enterrait plus loin le butin.

Une nuit, il vola un mouton et mit la viande dans un sac ; plus tard il vit devant lui un feu de camp et s'approcha pour voir s'il n'y avait rien à prendre ; sur le feu il y avait une marmite, et une femme pauvrement vêtue était en train de dire à ses enfants en bas âge :

– Dormez un peu, je vous réveillerai lorsque la viande sera cuite à point.

Le voleur attendit quelques instants et vint s'emparer de la marmite étrangement lourde ; cela lui épargnerait, pensait-il, la peine de cuire la viande qu'il transportait.

Il ouvrit la marmite, et quelle ne fut pas sa surprise de découvrir qu'elle ne contenait rien que des pierres.

Il imagina le reste ; cette femme essayait de leurrer ses enfants en leur faisant croire qu'ils partageraient la viande à leur réveil, mais ils étaient pauvres et n'avaient rien à manger.

Apitoyé, Kamma coupa la viande qu'il transportait et en remplit la marmite, qu'il reposa sur le feu en prenant bien soin de l'attiser. Il partit en pleurant et en pensant à sa propre enfance, aisée, à sa vie de brigand et à Dieu.

Le matin, la femme, découvrant le miracle, réveilla ses enfants : ils se régalerent ensemble. Kamma, lui, était reparti vers sa cachette, vivre de ce qu'il avait dissimulé durant sa vie de vagabond.

Un jour, il décida de rendre visite à l'ermite, pour discuter un moment ; celui-ci le reçut à bras ouvert, en lui baisant les mains. Étonné, le vieux brigand demanda ce qui lui valait cet honneur. Alors le marabout lui montra l'arbre et lui demanda ce qu'il avait fait de bon depuis leur dernière rencontre.

Le vieux voleur lui raconta qu'il avait continué à voler jusqu'au jour où il avait trouvé cette veuve et ses enfants. Il s'aperçut alors que le vieil arbre avait fleuri, et comprenant ce que cela signifiait, pleura longtemps de joie en remerciant Dieu.

Il distribua le reste de sa fortune mal acquise à tous les nécessiteux, et consacra le restant de ses jours à faire le bien autour de lui, proclamant le nom de Dieu.

El árbol del perdón

Traducción de Marie-Claire Durand Guiziou

Takouloukouzet

Kamma nació en una familia acomodada de la tribu de los tuaregs que se desplazaba como nómadas de un lado a otro del macizo de Takouloukouzet. Allí conoció una infancia feliz y hondamente impregnada de fe religiosa.

Sin embargo, desde la adolescencia, empezó a mostrar una falta de interés por la educación que recibía y por la religión: robaba los animales de los vecinos, más por placer que por necesidad, dado que no le faltaba nada en casa de sus padres; molestaba a las pastoras y, cada vez con mayor frecuencia, las quejas llegaban a casa.

Con diecisiete años, ya era un mozo fuerte; provocaba sangrientas peleas en el campamento, durante las cuales hería siempre a sus adversarios, dado que era un campeón en el manejo de la *takouba*.

Una buena mañana, tomó las armas, ensilló su camello y abandonó el campamento para siempre; fue el principio de una vida azarosa jalonada de llantos y de sangre.

En efecto, pronto adquirió una siniestra fama sembrando el terror por dondequiera que pasara.

Se había unido a un grupo de bandoleros y muy pronto se convirtió en su jefe; juntos, atacaban las caravanas, masacraban a los que se les resistían y se llevaban el botín a las grandes ciudades del Sur para venderlo y vivir la vida.

Los combates eran a veces terribles y muchos de sus acólitos habían muerto en los enfrentamientos; su pandilla se reducía y los hombres empezaban a debilitarse con la edad, pues ya habían pasado muchos años.

Un buen día, fueron cinco en atacar una caravana con quince hombres, pero fue la última: sólo Kamma logró salvarse; tenía cincuenta años.

A esa edad, era difícil rehacer su vida, por lo que siguió robando en solitario. Era un paria; ya no podía ser miembro de ninguna tribu y vivía como un vagabundo condenado a permanecer solo el resto de su vida. A veces hacía el balance de su vida y se arrepentía seriamente de sus actos, echaba de menos a su tribu, a sus padres, y sobre todo su fe que había abandonado desde hacía años.

Un buen día, llegó cerca de una vieja mezquita, donde vivía como ermitaño un sabio morabito. Se acercó al hombre santo, lo saludó y se apresuró a contarle su vida: su juventud tumultuosa, el bandillaje, las masacres, las violaciones, los llantos de las viudas y de los huérfanos; nada le ocultó y, al final de su relato, le preguntó al marabú si podía esperar el perdón divino.

Dada la edad del ladrón, el morabito recapacitó durante un largo rato, luego le señaló el tronco rugoso de un viejo árbol seco desde hacía tiempo y le dijo:

El día en que este árbol vuelva a florecer, serás perdonado.

Ante esa terrible respuesta, el viejo bandolero miró el árbol muerto, dio las gracias al sabio morabito y siguió su camino.

Había pensado que podría contar con el perdón cambiando de vida pero, dada la respuesta del morabito, había decidió robar durante el resto de sus días.

Ahora robaba todo lo que encontraba: cabras, ovejas, telas, sillas de montar camellos, comida; a veces incluso no robaba sino por el placer de hacer el mal y enterraba el botín en otro lugar.

Una noche, robó una oveja y metió la carne en un saco; más tarde vio ante sus ojos un fuego de campamento y se acercó para ver si había algo que robar; en el fuego había una olla, y una mujer pobremente vestida les decía a sus niños:

– Dormid un ratito, os despertaré cuando la carne esté a punto.

El ladrón aguardó un poco y vino a llevarse la olla cuyo peso le sorprendió; pensó que eso le evitaría tener que guisar la carne que llevaba a cuesta.

Abrió la olla, y cuál no sería su sorpresa al descubrir que no contenía más que piedras.

Imaginó lo demás: esa mujer intentaba engañar a sus hijos haciéndoles creer que compartirían la carne al despertarse, pero eran pobres y no tenían nada para comer.

Lleno de compasión, Kamma cortó la carne que transportaba y llenó la olla que volvió a colocar en el fogón y se esmeró en atizar el fuego. Se marchó llorando, pensando en su propia infancia acomodada, en su vida de bandolero y en Dios.

Por la mañana, la mujer, descubriendo el milagro, despertó a sus hijos: juntos comieron encantados. En cuanto a Kamma, se había ido hacia su escondrijo para vivir de lo que había ocultado durante su vida de vagabundo.

Un buen día, decidió hacerle una visita al ermitaño para charlar un ratito; éste le recibió con los brazos abiertos, besándole las manos. Sorprendido, el viejo ladrón preguntó por qué le hacía ese honor. Entonces el marabú le enseñó el árbol y le preguntó qué buena acción había hecho desde el último encuentro.

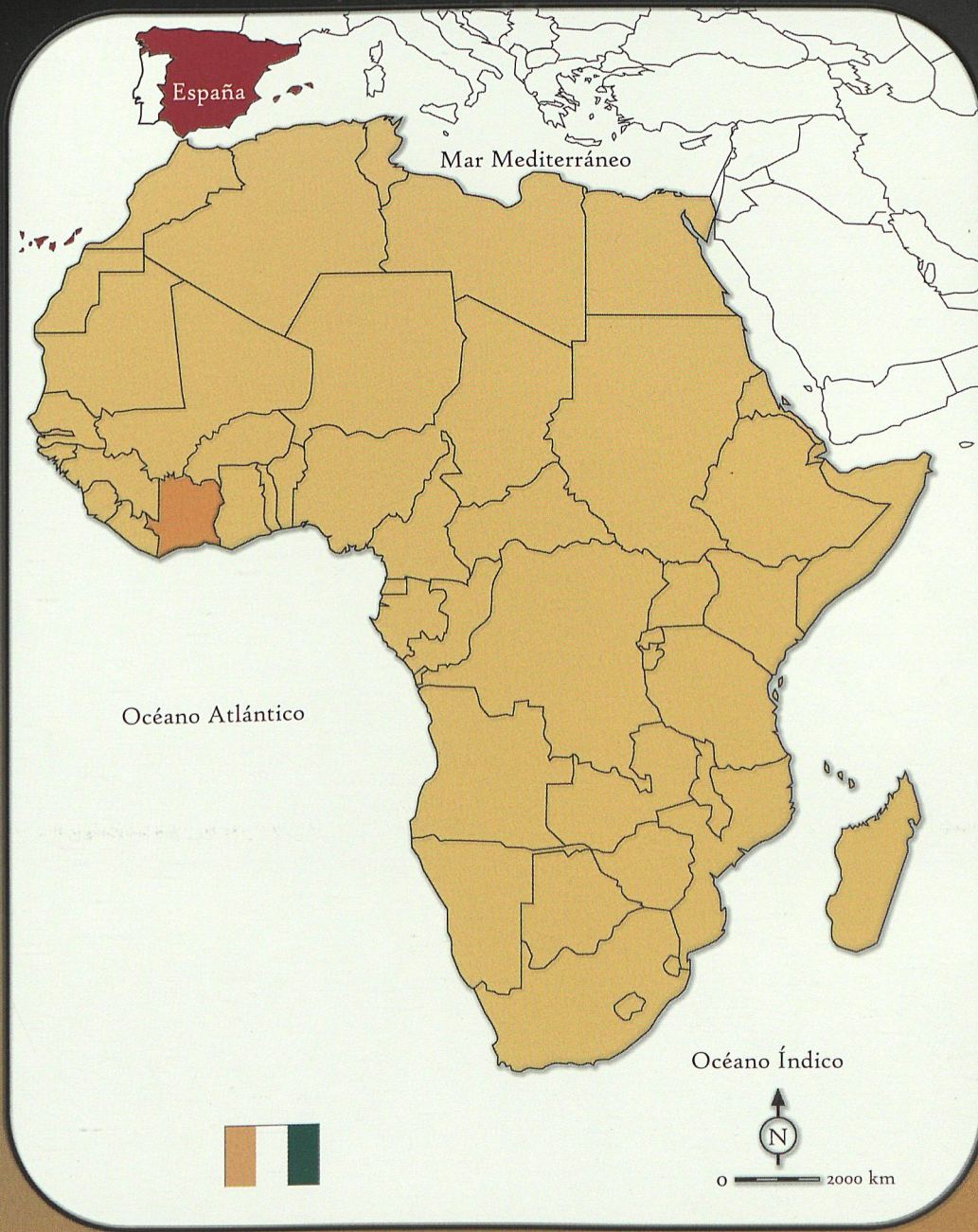
El viejo ladrón le contó que había continuado robando hasta el día en que había encontrado a aquella viuda y a sus hijos. Se percató entonces de que el viejo árbol había florecido; al comprender lo que esto significaba, lloró de alegría dando gracias a Dios.

Distribuyó el resto de su fortuna mal adquirida entre todos los necesitados, y dedicó el resto de sus días a hacer el bien a su alrededor, alabando a Dios.

Cuentos de Costa de Marfil

La Cruche (El cántaro)

BERNARD B. DADIÉ



La cruche

Bernard B. Dadié

– Ah ! tu as cassé ma cruche. Je m’y attendais. Tu n’as que trop tardé. Eh bien tu sais ce qui te reste à faire... Il me faut une cruche pareille à celle que tu viens de briser. Va me la chercher où tu voudras, mais en aucun cas, il ne te faut remettre les pieds ici, chez moi, sans ma cruche.

Koffi, pétrifié, les débris de la cruche à ses pieds, regardait sa belle-mère.

– Comme j’ai envie de t’assommer ! As-tu fini de me regarder de cette façon-là ? Qu’attends-tu pour partir, partir où tu voudras... mais ma cruche, il me la faut... tu entends, tu as compris ?

Et Koffi partit, heureux de partir, de partir de cette maison où jamais il n’eût une minute de repos, une minute de joie, parce que lui, il avait perdu sa mère.

Plus il s’éloignait de la maison où tout lui avait été injures, corvées, punitions, plus il se sentait heureux, reprenait goût à la vie. Il rencontrait des hommes, bavardait avec eux ; des animaux, il plaisantait avec eux. Plus aucune injure, aucune menace, mais des rires, de l’affection, de la compréhension. Et lorsqu’il leur racontait à tous son aventure, dans leur voix et dans leur regard, il y avait de la commisération, de la pitié. Et tous lui disaient : « Et tu as pu vivre là, dans cet enfer, avec un tel démon tout le temps à tes trousses ? »

Mais lui partait. Et chose étrange, plus il s’en allait, plus la vie lui paraissait belle. Ah, comme son horizon avait été petit, borné !... Maintenant, devant lui, le monde, l’espace ! Et ce monde, il le fixait, les yeux secs, et non plus à travers le froid, les privations, les misères, les transes continues.

Et Koffi s’en allait, et plus il s’en allait, davantage sa confiance en l’homme croissait. Il respirait à l’aise, l’air salubre, et chantait d’une voix merveilleuse qui faisait danser les feuilles sur les branches, osciller les branches sur les arbres. Et les arbres, ivres de mélodie, dans le vent, entremêlaient leur

chevelure piquée de papillons de toutes les couleurs, contant fleurette à des abeilles en repos.

Et il allait toujours, Koffi qui, de sa mère, ne connut la moindre caresse, le moindre sourire et ne conservait d'elle aucun trait. Elle fermait ses yeux lorsque Koffi, sur le monde, ouvrait les siens. On eût dit que dans ce vaste univers, il n'y avait pas assez de flamme, assez de lumière pour luire à la fois dans les yeux de Koffi et de sa mère, et qu'il fallait que la maman, à son fils, transmet sa flamme à elle. Elle s'éteignit lorsque l'enfant s'embrasait de vie...

Un soir, il arriva au bord d'un fleuve, si grand que l'autre rive se confondait avec l'horizon. Et dans cette eau, un crocodile aussi gigantesque qu'une montagne. Le fleuve, survolé de mouettes, était comme un tapis uni tiré par une main invisible. Sur la berge, des vagues, sans dentelure aucune, d'un bloc comme du velours qu'on déploie, venaient mourir. Les coqs de pagode dans les fourrés chantaient l'heure du repos.

Le crocodile fixait Koffi de tout l'éclat de ses yeux couleur de flamme. Autour de lui des têtards se pourchassaient. Aux roseaux dont la tête dans l'onde, faisait on ne sait quelle confiance, venaient s'accrocher des touffes d'herbes, comme un voyageur, le soir, dans un village, cherche asile. Un martin-pêcheur, à l'affût, battait à peine des ailes. Le menu fretin naviguait en escadre ; des coquillages traînant leur masse de corps épineux, titubaient comme s'ils étaient chargés d'une croix. Une araignée posée sur une feuille, s'en allait au fil de l'eau. Et toujours les coquillages qui tombaient, se relevaient, laissant sur le sable, des rainures de sillages.

Le crocodile, ouvrant sa gueule plantées de crocs fort pointus, de crocs aussi énormes que des fromagers noircis, ébréchés à force d'avoir mangé de bonnes choses, lui dit :

– Petit, qui t'a indiqué la route qui mène chez moi ? Depuis que le monde est monde, aucun être humain, dans ces parages, jamais n'est venu. Que cherches-tu ? Veux-tu être croqué ?

– Je ne suis qu'un orphelin. Si tu dois me croquer, écoute auparavant mon histoire.

Et Koffi, au Crocodile, conta toute son histoire, depuis la mort de sa mère jusqu'au jour où il brisa la cruche.

Le Crocodile apitoyé, versant des larmes, de véritables, celles-là, répondit :

– Si tu voulais me frotter le dos –je venais prendre un bain– non seulement tu verrais ta mère, mais tu aurais une cruche pareille à celle que tu as cassée.

Et Koffi, crânement, sans un soupçon d'hésitation, prit l'éponge, descendit dans l'eau, grimpa sur le dos du Crocodile et se mit à frotter, à frotter ce dos rugueux, crevassé, ayant des aspérités aussi tranchantes que la machette la plus aiguisée, des pointes aussi effilée que des aiguilles et des pans d'écailles sur lesquels le savon ne moussait pas. Koffi frottait, frottait le dos, et de ses doigts entaillés, de ses mains déchirées coulait le sang qui rougissait l'eau. Mais il ne pleurait point. Après cette toilette laborieuse, le Crocodile lui dit :

– Monte sur mon dos.

L'enfant monta et ils partirent.

Un matin, ils se trouvèrent devant une porte, une toute petite porte bien sale. Et le Crocodile ordonna : « Touche-la seulement. »

À peine le doigt de Koffi l'avait-elle frôlée, qu'un bruit terrible, un bruit fait du grondement de mille tonnerres et de milliers de montagnes qui s'écroulent à la fois, se produisit. Et devant lui, que voit-il ? Un être étrange qui puait, mais puait alors de toutes les puanteurs du monde, un être dont la tête se perdait dans le ciel et les pieds dans le sol. En marchant, cet être fendait le ciel et la terre.

– D'où viens-tu petit téméraire ? Qui t'a amené ici ? Que veux-tu ?

Le Crocodile avait disparu dès que le monstre s'était montré. Koffi était seul, son cœur voulait forcer les côtes et s'en aller. Mais les côtes sur lesquelles il se ruait, lui résistaient. Koffi se taisait, muet d'épouvante.

– Que veux-tu ?

Et Koffi recouvrant ses esprits, lui conta toute son histoire depuis la mort de sa mère, jusqu'au moment où il vit le Crocodile.

– Coiffe-moi, dit l'être étrange.

Et Koffi se mit à le coiffer. Le moindre brin de cheveu qui tombait, faisait trembler la terre. On voyait les arbres tituber, s'accoter les uns aux autres, puis ensemble, se tenant toujours par leurs chevelures emmêlées, s'abattre ; les montagnes oscillaient. Et ces cheveux puaien : une odeur suffocante, irrespirable.

Koffi le coiffa. Il ne sut jamais combien de temps cela dura. Mais lorsqu'il eut fini, l'être étrange lui murmura :

– Tourne-toi

Koffi se tourna.

– Regarde-moi.

Koffi tremblait. Devant lui était un Diable plus effrayant encore que le Crocodile et l'être étrange. Il aurait voulu retourner sur ses pas, être loin de ces régions. Il aurait voulu courir. Oui, il faut courir, fuir ces apparitions, retourner dans le monde des humains. Il courait, courait, tout essoufflé. Mais, phénomène étrange, il ne bougeait point de sa place. Il voulait crier. Il criait, criait de toutes ses forces. Mais aucun son ne sortait de sa bouche grande ouverte. Et le Diable qui était là, qui, d'une voix plus tonitruante que celles du Crocodile et de l'être étrange, lui criait :

– D'où viens-tu ? Qui t'a amené dans ce pays où jamais les hommes ne mettent les pieds ? Que cherches-tu pour venir jusqu'à moi ?

Et Koffi à nouveau lui conta son histoire, depuis la mort de sa mère, jusqu'à sa rencontre avec le monstre dont la tête se perdait dans le ciel et les pieds dans la terre.

Le Diable alors le mena dans un endroit ténébreux. L'obscurité y était opaque, dense, palpable. Au passage, elle opposait de la résistance. Et là-dedans des êtres qui parlaient, riaient, chantaient, dansaient. Depuis combien de temps marchaient-ils ? Koffi ne sut jamais le dire. Brusquement ils furent à la lumière sur une haute, très haute montagne.

Le Diable se tournant vers Koffi, lui demanda :

– Qu'as-tu vu dans la chambre d'où nous sortons ?

– Rien

– Qu'as-tu entendu ?

– Rien

– Laisse-toi tomber de cette montagne.

Au pied de la montagne, sur des distances et des distances, à perte de vue, était la brume. Nul arbre on n'apercevait. Nul bruit on n'entendait. Et sur cette brume, le soleil qui flamboyait.

Koffi se laissa tomber de la montagne au bas de laquelle il retrouva le Diable qui lui remit deux clés en ordonnant :

– Continue ta route.

– Mais ces clés ?

– Eh bien, sur ta route, tu trouveras deux portes, l'une à droite, l'autre à gauche. Ouvre celle de droite en te gardant bien de frôler celle de gauche.

Et Koffi partit. Arrivé aux deux portes, il ouvrit celle de droite. C'était la porte du village des vieilles femmes.

– D’où viens-tu, petit et où vas-tu ?

Koffi encore par le menu conta toute son histoire. Chacune voulu l’entendre pour pouvoir la raconter à son tour. Et à chacune, il conta la même histoire, sans un mot de plus, sans un mot de moins.

– Tu veux aller voir ta maman pour avoir brisé une cruche pareille à celle que tu as brisée ?

– Oui.

– Avant de partir, il te faut nous coiffer, nous curer les ongles des doigts et des orteils ; nous chercher de l’eau, nous laver et nous habiller toutes.

Or, c’était un monde que ce village de vieilles femmes toutes blanchies, toutes cassées, et qui s’en allaient en titubant sur leurs bâtons. Lorsqu’elles se levaient, on entendait les articulations crier. Quelques-unes ne pouvaient même plus se redresser et s’en allaient la main droite tenant le bâton sur lequel elles s’appuyaient, et la main gauche sur les reins comme pour en étouffer les cris.

Et Koffi à cette nouvelle épreuve, se soumit avec empressement et sourire. Il allait, il venait, racontant de belles histoires à toutes ces vieilles femmes qui riaient en te tapant sur les cuisses, en se tenant le ventre.

Très heureuse, la fin des épreuves étant arrivée, la plus vieille des femmes, à Kofi, remit deux gourdes et lui indiqua où et quand il devait jeter la première.

Koffi repartit. À l’endroit indiqué, il jeta la gourde. À peine cette dernière avait-elle touché la terre que Koffi se vit en compagnie de sa mère qui, en échange de la clé et de la seconde gourde, lui remit trois autres gourdes en disant :

– Au sortir de ce village, jette la gourde que voici. Tu te retrouveras immédiatement dans ton village. Les autres gourdes contiennent des richesses, et voici la cruche que tu cherchais.

Koffi tout joyeux, emporta ses gourdes et sa cruche. Cette cruche, il l’avait enfin ! Et au prix de quelles peines, de quelles souffrances ! L’histoire du Crocodile, de l’être étranger, du Diable, des vieilles femmes, lui aurait paru un songe affreux s’il n’avait encore des cicatrices sur les mains, s’il ne tenait une cruches et des gourdes !

Jetant la première gourde, il se retrouva aussitôt dans son village. Mais il avait tellement vieilli qu’on ne le reconnaissait plus. On avait déjà oublié qu’un jour, il y a de cela des années, un certain orphelin partit du village, à la

recherche d'une cruche, la cruche qu'il ramenait. Il y avait tant d'années de cela que les vieux faisaient visiblement un effort pour se le rappeler. Ils interrogeaient la fumée de leurs pipes, leurs barbes blanches, les longs jets de salive... se grattant la tête pour fouiller des tas de souvenirs.

Koffi remit la cruche à ses parents. Cassant la première gourde, des châteaux poussèrent de partout. On les voyait surgir de terre, les uns à la suite des autres, ces châteaux d'or qu'on ne pouvait regarder sous le soleil levant. Et il en venait encore, toujours. À perte de vue, c'était des châteaux desquels sortaient le soleil, et dans lesquels il allait le soir se coucher. De la seconde gourde, sortirent des hommes, des richesses, des femmes, des enfants. Tout cela pour peupler les châteaux.

Koffi était devenu roi.

La belle-mère ne pouvait souffrir cela. Elle voulait pour ses enfants un sort identique, voire plus glorieux. C'était pour elle, une obsession. Elle en avait perdu le sommeil et l'appétit. Dans son cœur l'envie avait poussé des racines aussi grosses que celles d'un fromager, aussi solides et profondes que celles d'un acajou, tissé des voiles plus ténébreux et plus perfides que ceux d'une araignée. Et lorsque le soleil se levait, elle lui demandait dans ses prières de faire fondre tous ces châteaux d'or. Mais le soleil, comme pour la narguer, brillait calmement en faisant luire tous ces châteaux dont les rayons lui venaient comme des flèches au cœur, son cœur qui chaque jour, d'envie se gonflait, se boursoufflait.

Un matin, sortant de sa case, avant même qu'elle se soit lavé le visage, elle sauta sur son fils aîné et pan ! pan ! pan !

– Vaurien ! regarde! Avec ça, tu dors, toi, tu manges, tu ris ! Ces châteaux, regarde-les. Il t'en faut. Il nous en faut. Et plus que cela. Des châteaux en diamant et qui couvriraient la terre entière. Va ! fais comme Koffi. Enrichis-toi.

Et poussant son fils aîné par la nuque, elle le mit en route.

Et le fils aîné, comme poussé par le vent, partit.

Voyant le Crocodile sur la route du fleuve, il s'écria :

- Oh ! oh ! quel vilain Crocodile. Quel monstre, mon Dieu !
- Qui t'envoie, petit ?
- C'est ma mère.
- Et où vas-tu de ce pas ?
- Être riche et puissant comme Koffi.

- Ah ! il était bien gentil, lui.
- Pas plus que moi.
- Lave-moi le dos et je t'aiderai.
- Te laver le dos, moi, le dos d'un Crocodile ? Ton dos avec ses épines, ses aiguilles, toutes les saletés ramassées on ne sait où ?
- Lave-moi le dos.

– Ma mère ne m'a pas dit de venir laver des dos, mais de venir chercher la fortune, la puissance. Des dos à laver, il y en a au village, et des dos bien lisses, des dos d'hommes et non de crocodiles. Je te demande de me faire passer le fleuve.

Et le Crocodile, docile, lui dit :

- Monte sur mon dos et partons. Là-bas, où tu vas, tu trouveras ce que tu trouveras.
- Que trouverai-je ?
- Ce que tu cherches. Monte.

Et l'enfant monta. Le Crocodile le déposa devant la porte qui, s'ouvrant, fit voir le monstre dont la porte touchait le ciel et les pieds s'enfonçaient dans le sol. L'enfant aussitôt de s'écrier :

- Qu'est-ce que je vois ! Qu'est-ce que cela ? Comment t'appelles-tu, toi ? Mais où es ta tête ? Et tes pieds ? Et quelle sorte de cheveux ? Des branchages ? Tu n'as pas de poux ?
- Coupe-moi les cheveux.
- C'est toi qui pue de la sorte ? Depuis que ta mère t'a mis au monde, t'es-tu une seule fois lavé, vilain monstre ?

- Coupe-moi les cheveux.
- Alors tu crois que je viens pour couper des cheveux ? Si c'était pour cela, je serais resté au village. Je suis venu, moi, pour m'enrichir, être aussi puissant que Koffi.

- Continue ta route. Tu trouveras ce que tu trouveras.
- Que trouverai-je ?
- Ce que tu cherches.

Et l'être étrange le mena chez le Diable qui, à son tour le conduisit en haut de la montagne, et de la montagne le fit partir chez les vieilles femmes

dont les articulations à chaque mouvement avaient des bruits de grues géantes jamais graissées. Et elles allaient et venaient, une main aux hanches et l'autre tenant un bâton sur lequel elles s'appuyaient. Et leurs cheveux étaient aussi blancs que du coton. Dans la bouche, plus une seule dent.

– Quel pays ! Qu'attendez-vous pour mourir vous autres. Je parie que vous êtes toutes des sorcières. C'est vous qui tuez les jeunes gens dont vous enviez la beauté, la jeunesse... Ne me regardez pas comme cela, tas de sorcières... Moi, vous ne me tuerez pas... Aucune de vous ne sucera la moelle de mes os...

Mais toutes les vieilles femmes courant vers lui, clamaient :

– Coupe-nous les cheveux ! cure-nous les ongles des doigts et des orteils !; lave-nous ; cherche-nous de l'eau ; et nous t'aiderons.

– M'aider, vous ? J'allais même vous demander les mêmes services, car moi aussi, je puis vous aider, vous aider à mourir.

Et la plus vieille des vieilles femmes en lui remettant quatre gourdes, lui dit :

– Tu verras ce que tu verras. Cette première gourde, dès que tu l'auras jetée à terre, tu te trouveras chez toi. Quant aux trois autres que voici, brises-les et tu verras ce que tu verras.

L'enfant jeta la gourde et se retrouva chez lui, en compagnie de sa mère exultant d'allégresse.

– Tu n'as pas tardé ! Et tu nous apportes la richesse, la puissance ! Donne-moi ces gourdes. Où allons-nous les garder ? Pourquoi les conserver ? Mieux vaut les briser tout de suite...tout de suite, pour qu'à côté de ces châteaux viennent se dresser les nôtres...Merci mon fils !... Viens que je te presse encore sur mon cœur que tu décharges aujourd'hui d'un poids énorme. Ah ! si je ne t'avais pas poussé ce matin-là par la nuque, tu serais ici encore à regarder le soleil se lever de ces châteaux que les nôtres vont bientôt éclipser... Comment faut-il tenir les gourdes ? Oui, tenons-les comme cela, et que le monde entier se couvre de châteaux, de nos châteaux !... Comme mon cœur bat ! Écoute-le. Comme ma main tremble ! Regarde-la, mon fils ! Regard, tous ces châteaux d'or, d'un moment à l'autre, ils vont être balayés. La richesse nous l'avons dans cette gourde ! La puissance, elle est dans cette autre. Merci, mon fils. Je respire maintenant. Je vis. Je puis regarder le soleil, lever la tête. Que désormais le soleil luise davantage et par l'univers, sème les rayons de nos châteaux.

Alors, de toutes ses forces la femme jeta la gourde à terre. Aussitôt surgirent des lions, des tigres, des chacals, tous les fauves du monde. Pour conjurer le sort, elle brisa une seconde gourde. Et des flammes jaillirent de partout, du ciel, de la terre, du vent, des cailloux, des montagnes. Tout, autour d'eux, flambait. Les fauves les poursuivaient. Ils couraient, couraient. Les flammes plus rapides, de tous côtés leur coupait la retraite, les encerclaient, dressées en haute, haute, immense, tour rouge.

La troisième gourde fut jetée et aussitôt la terre s'ouvrit, les engloutit et se referma. Mais au soleil couchant brillaient de tous leurs éclats, les châteaux de Koffi.

Et c'est depuis l'aventure de cette femme qu'on ne maltraite plus un orphelin en pays noir.

El cántaro

Traducción de Eduardo Artiles León

– ¡Con que me has roto el cántaro! Ya me lo esperaba. Demasiado has tardado. Ahora ya sabes lo que tienes que hacer... Necesito un cántaro igual al que acabas de romper. Vete a buscármelo a donde quieras pero de ninguna manera podrás volver a poner los pies aquí, en mi casa, sin el cántaro.

Koffi, petrificado, con los pedazos de cántaro a sus pies, miraba a su madrastra.

– ¡Cuántas ganas tengo de matarte! ¡Deja ya de mirarme de esa manera!, ¿Qué esperas para irte, para marcharte adonde quieras?... pero necesito el cántaro... ¿me oyes?, ¿has entendido?

Y Koffi se marchó, feliz de irse, de marcharse de aquella casa en la que nunca tuvo un minuto de descanso, un minuto de alegría, pues se había quedado sin madre.

Cuanto más se alejaba de la casa donde no había recibido sino insultos, penalidades, castigos, más feliz se sentía y volvía a tomarle aprecio a la vida. Se encontraba con hombres, conversaba con ellos; con animales, y bromeaba con ellos. Ni insultos, ni amenazas, solo risas, afecto, comprensión. Y cuando a todos les contaba su aventura, en su voz y sus miradas, encontraba conmiseración, lástima. Todos le decían: «¿Y pudiste vivir allí, en ese infierno, con ese demonio persiguiéndote continuamente ?»

Y él se iba. Y cosa extraña, la vida le parecía cada vez más hermosa a medida que iba avanzando. ¡Ah, qué pequeño había sido su horizonte, qué corto!... Ahora, ante él, ¡el mundo, el espacio! Y ese mundo, lo miraba fijamente, sin lágrimas en los ojos, y ya sin padecer del frío, de las privaciones, de las miserias, de las continuas ansias.

Y Koffi seguía adelante; cuanto más avanzaba, más crecía su confianza en el hombre. Respiraba a gusto el aire saludable, y cantaba con una voz maravillosa

que hacía bailar las hojas en las ramas, moverse las ramas en los árboles. Y los árboles, ebrios de melodía, y mecidos por el viento, entremezclaban su cabello moteado de mariposas de todos los colores, y cortejaban a unas abejas quietas.

Koffi que de su madre, no conoció ni una caricia, ni una sonrisa y de la que no conservaba imagen alguna, seguía caminando. Ella cerró los ojos cuando Koffi abrió los suyos al mundo. Fue como si en aquel ancho mundo no hubiera suficiente llama, ni bastante luz para brillar a la vez en los ojos de Koffi y en los de su madre, y que fuera necesario que la mamá transmitiera a su hijo su propia llama. Falleció cuando el niño se encendía a la luz de la vida...

Una noche, llegó cerca de un río tan ancho que la otra orilla se confundía con el horizonte. Y dentro del agua: un cocodrilo tan gigantesco como una montaña. El río, que sobrevolaban las gaviotas, parecía una alfombra lisa, tendida por una mano invisible. En la orilla, se deshacían pequeñas olas, sin su encaje de espuma, de un solo bloque como un terciopelo que se extiende. En la espesura, los cucos cantaban la hora del descanso.

El Cocodrilo miraba fijamente a Koffi con todo el destello de sus ojos color de fuego. A su alrededor, se perseguían unos renacuajos. Buscando cobijo, la hierba se agarraba a las cañas; sus puntas, metidas en el agua, parecían compartir sus secretos, como el viajero que, por la noche va en busca de compañía en un pueblo. Aleteando apenas, un martín pescador acechaba. La morralla navegaba en forma de escuadra; unos moluscos arrastrando la masa de sus cuerpos espinosos, titubeaban como si estuvieran cargando una cruz. Una araña posada en una hoja iba a la deriva. Y los moluscos, cayéndose una y otra vez y volviendo a enderezarse, dejaban ranuras en forma de estelas en la arena.

El Cocodrilo, abriendo sus fauces repletas de colmillos enormes como ceibas, ennegrecidos, mellados de tanto comer buenas cosas, le dijo:

– Niño, ¿quién te indicó el camino que lleva a mi casa? Desde que el mundo es mundo, ningún ser humano ha venido jamás a estos parajes. ¿Qué buscas? ¿Acaso quieres ser comido a mordiscos?

– Solo soy un huérfano. Si has de comerme a mordiscos, primero escucha mi historia.

Así que Koffi contó al Cocodrilo toda su historia, desde la muerte de su madre hasta el día en que rompió el cántaro.

El Cocodrilo conmovido y derramando lágrimas, lágrimas verdaderas esta vez, contestó:

– Si quisieras frotarme el lomo –venía a tomarme un baño– no solo podrías ver a tu madre, sino que tendrías un cántaro igual al que rompiste.

Koffi, con valor, sin dudarlo lo más mínimo, tomó la esponja, bajó al agua, se subió al lomo del Cocodrilo y se puso a frotar y a frotar ese lomo áspero, agrietado, con asperezas tan cortantes como el machete más afilado, clavos tan afilados como agujas y trozos de escamas en los cuales el jabón no hacía espuma. Koffi frotaba y volvía a frotar el lomo, y de sus dedos entallados, de sus manos desgarradas corría la sangre que enrojecía el agua. Pero no lloraba. Tras este aseo laborioso, el Cocodrilo le dijo:

– Súbete a mi lomo.

El niño se subió y se marcharon.

Una buena mañana, se encontraron delante de una puerta una puerta pequeña, muy sucia. Y el Cocodrilo ordenó: “con tocarla basta.”

El dedo de Koffi no había rozado aún la puerta, cuando se produjo un estruendo, un ruido cargado de mil truenos y de miles de montañas que se derrumban a la vez. Y ante sus ojos, ¿qué ve? Un ser extraño queapestaba, que estaba impregnado de todos los hedores del mundo, un ser cuya cabeza se perdía en el cielo y los pies en el suelo. Al caminar, dicho ser hendía el cielo y la tierra.

– ¿De dónde vienes, niño imprudente? ¿Quién te trajo hasta aquí? ¿Qué es lo que quieres?

El Cocodrilo había desaparecido tan pronto como el monstruo apareció. Koffi estaba solo, su corazón quería forzar las costillas e irse. Pero las costillas contra las que se precipitaba, le resistían. Koffi se callaba, mudo de espanto.

– ¿Qué es lo que quieres?

Koffi, volviendo en sí, le contó toda su historia, desde la muerte de su madre, hasta el momento en que vio al Cocodrilo.

– Péiname, le dijo el ser extraño.

Koffi se puso a peinarlo. El más diminuto pelo que caía hacía temblar la tierra. Se veían árboles titubear, juntarse los unos con los otros y despalmarse juntos tras agarrarse siempre por el ramaje; las montañas se tambaleaban. Y el cabelloapestaba: un hedor sofocante, irrespirable.

Pero Koffi lo peinó. Nunca supo cuánto tiempo duró la operación. Pero cuando terminó, el ser extraño le murmuró:

– Vuélvete.

Koffi se dio la vuelta.

– Mírame.

Koffi temblaba. Delante de él se encontraba un Diablo aún más espantoso que el Cocodrilo y que el ser extraño. Habría querido volver de donde venía, estar lejos de estas tierras. Habría querido correr. Sí, era preciso correr, huir de estas apariciones, volver al mundo de los seres humanos. Corría y corría, sin aliento. Pero, extraño fenómeno, no se movía de su sitio. Quería gritar. Gritaba y gritaba con todas sus fuerzas. Pero ningún sonido salía de su boca abierta del todo. Y ahí estaba el Diablo, y con una voz más atronadora que las del Cocodrilo y del ser extraño, le gritaba:

– ¿De dónde vienes? ¿Quién te ha traído a este país en el que nunca los hombres han puesto el pie? ¿Qué es lo que buscas al venir hasta mí?

Koffi, una vez más, le contó su historia, desde la muerte de su madre hasta el encuentro con el monstruo cuya cabeza se perdía en el cielo y los pies en la tierra.

Entonces el Diablo lo llevó a un lugar tenebroso. La oscuridad era opaca, densa, palpable. Oponía resistencia al pasar. Y allí había seres que hablaban, se reían, cantaban, bailaban. ¿Cuándo tiempo llevaban caminando? Koffi no lo supo nunca. De repente, se vieron a plena luz en una montaña alta, muy alta.

El Diablo, dándose la vuelta hacia Koffi, le preguntó:

– ¿Qué viste en la habitación de donde acabamos de salir?

– Nada.

– ¿Qué oíste?

– Nada.

– Déjate caer desde esta montaña.

Al pie de la montaña, a lo largo de kilómetros y kilómetros de distancia, hasta donde alcanzara la vista, estaba la niebla. No se alcanzaba a ver ningún árbol. Ningún ruido perceptible. Y sobre aquella niebla, el sol resplandeciente.

Koffi se dejó caer desde la montaña, y al pie de esta, se volvió a encontrar con el Diablo que le entregó dos llaves, no sin darle la siguiente orden:

– Sigue tu camino.

– Pero, ¿y estas llaves?

– Verás, en tu camino te encontrarás con dos puertas, una a la derecha y otra a la izquierda. Abre la de la derecha cuidándote bien de no rozar la de la izquierda.

Así se fue Koffi. Al llegar a las dos puertas, abrió la de la derecha. Era la puerta del pueblo de las mujeres ancianas.

– ¿De dónde vienes, niño y adónde vas?

Koffi minuciosamente contó su historia una vez más. Cada una quiso oírla para poder contarla a su vez. Y a cada una le contó la misma historia, sin una palabra de más, sin una palabra de menos.

– ¿Quieres ir a ver a tu madre para conseguir un cántaro idéntico al que has roto?

– Sí.

– Antes de marcharte, tienes que peinarnos, arreglarnos las uñas de las manos y de los pies; ir a buscarnos agua, lavarnos y vestirnos.

Ahora bien, ese pueblo era un mundo de viejas ancianas canosas, maltrechas y que marchaban titubeando con sus bastones. Cuando se levantaban, se oían crujir sus articulaciones. Algunas ni siquiera podían enderezarse y se iban con el bastón en la mano derecha para apoyarse y con la mano izquierda en la cadera como para acallar sus gritos de dolor.

Koffi, ante esta nueva prueba, se sometió con solicitud y sonrisas. Iba y venía contando bonitos cuentos a todas esas ancianas que se reían dándose palmadas en los muslos o agarrándose el vientre.

Al final de las pruebas, y encontrándose muy satisfecha, la más anciana de las mujeres entregó a Koffi dos cantimploras indicándole dónde y cuándo tenía que arrojar la primera.

Koffi se puso en marcha nuevamente. En el lugar indicado, arrojó la cantimplora. En cuanto esta llegó al suelo, Koffi se encontró en compañía de su madre quien le entregó otras tres a cambio de la llave y de la segunda cantimplora. Y le dijo:

– Al salir de este pueblo, arroja esta primera cantimplora. En seguida te encontrarás en tu pueblo. Las otras cantimploras contienen tus riquezas; aquí tienes el cántaro que buscabas.

Koffi, lleno de alegría, se llevó las cantimploras y el cántaro. Ese cántaro, ¡por fin lo tenía! ¡Pero al precio de cuántas penalidades, de cuántos sufrimientos! La

historia del Cocodrilo, del ser extraño, del Diablo, de las ancianas, le habría parecido un sueño si no conservara aún cicatrices en las manos y si no tuviera un cántaro y unas cantimploras.

Arrojando la primera cantimplora, de repente se encontró en su pueblo. Pero había envejecido tanto que ya no lo reconocían. Habían olvidado que un día, hacía mucho tiempo, un huérfano se marchó de su pueblo en busca de un cántaro, el cántaro con el que regresaba. Hacía tantos años de eso que los ancianos se esforzaban realmente para recordarlo. Formulaban la pregunta al humo de sus pipas, a sus blancas barbas, a la saliva que se les caía... rascándose la cabeza para hurgar en un montón de recuerdos.

Koffi entregó el cántaro a sus parientes. Al romper la primera cantimplora, salieron castillos por doquier. Brotando de la tierra, se veía salir, uno tras otro, los castillos de oro que no se podían mirar bajo el sol del amanecer y seguían apareciendo continuamente. Hasta donde alcanzaba la vista, eran castillos de donde salía el sol, y en los, que por la noche, el sol se ponía. De la segunda cantimplora, salieron hombres, riquezas, mujeres, niños. Todos para habitar los castillos.

Koffi se había convertido en rey.

La madrastra no podía soportarlo. Quería para sus hijos una suerte similar, incluso más gloriosa. Para ella, era una obsesión. Llegó a perder el sueño y el apetito. En su corazón, la envidia había hecho crecer raíces tan gruesas como las de una ceiba, tan sólidas y profundas como las de una caoba, había tejido telas más tenebrosas y más péfidas que los de una araña. Y cuando amanecía, en sus oraciones, le rogaba al sol que hiciera derretirse todos aquellos castillos de oro. Pero el sol, como para provocarla, lucía tranquilamente haciendo relucir todos los castillos cuyos rayos le llegaban como flechas al corazón, un corazón que cada día se hinchaba de envidia, se inflamaba.

Una buena mañana, saliendo de su choza, antes incluso de haberse lavado la cara, agarró a su hijo mayor y ¡pum! ¡pum! ¡pum!

– ¡Sinvergüenza! Y tú durmiendo, comiendo, riéndote! Mira estos castillos. Los necesitas. Los necesitamos. Y en mayor cantidad. Castillos de diamante que cubran toda la tierra. ¡Venga! ¡Hazte rico como Koffi!

Empujando a su hijo mayor por la nuca, lo puso en camino.

El hijo mayor, como si lo empujara el viento, emprendió el viaje.

Al ver al Cocodrilo en el camino del río, exclamó:

– ¡Oh! ¡oh! ¡qué cocodrilo tan malo! ¡Qué monstruo, Dios mío!

- ¿Quién te manda, niño?
 - Mi madre.
 - ¿Y adónde vas así?
 - A conseguir riqueza y poder como Koffi.
 - ¿Ah sí? ¡Pero él era muy amable!
 - No más que yo.
 - Lávame el lomo y te ayudaré.
 - Yo, ¿lavarte el lomo, el lomo de un cocodrilo? ¿Tu lomo con sus púas, sus agujas, y todas las suciedades acumuladas de ni se sabe dónde?
 - ¡Venga! Lávame el lomo.
 - Mi madre no me ha mandado para lavar lomos sino para buscar fortuna y poder. Lomos por lavar, en el pueblo los hay, y espaldas muy lisas, espaldas de hombres y no lomos de cocodrilos. Te pido que me ayudes a cruzar el río.
- Dócil, el cocodrilo, le dijo:
- Súbete a mi lomo y marchémonos. Allá, a donde vas, encontrarás lo que encuentres.
 - ¿Y qué voy a encontrar?
 - Lo que buscas. Súbete.
- Y el muchacho se subió. El cocodrilo lo dejó delante de la puerta que al abrirse descubrió al monstruo cuya cabeza tocaba el cielo y cuyos pies se hundían en el suelo. En seguida, el muchacho se puso a gritar.
- ¡Qué veo! ¿Qué es esto? ¿Y tú cómo te llamas? ¿Pero dónde está tu cabeza? ¿Y tus pies? ¿Y qué pelo tienes? ¿Ramajes? ¿No tienes piojos?
 - Córtaame el pelo.
 - ¿Eres tú quien apesta así? Desde que tu madre te echó al mundo ¿te has lavado alguna vez, monstruo asqueroso?
 - Córtaame el pelo.
 - ¡Ah! ¿Crees que vengo para cortar el pelo? Si fuera para eso, me habría quedado en el pueblo. He venido para enriquecerme, para ser tan poderoso como Koffi.
 - Sigue tu camino. Encontrarás lo que encuentres.

– ¿Y qué encontraré?

– Lo que buscas.

Y el ser extraño lo llevó a casa del Diablo quien, a su vez, lo condujo a lo alto de la montaña; de ahí, le ordenó que se marchara donde estaban las ancianas cuyas articulaciones parecían grúas gigantes con falta de aceite. Iban y venían las ancianas, con una mano apoyada en la cadera y la otra en un bastón. Su pelo era tan canoso como el blanco algodón. En su boca, ni un solo diente.

– ¡Qué país! ¡Qué esperáis para moriros! Apuesto a que todas sois brujas. Sois las que matáis a los jóvenes cuya belleza y juventud anheláis... No me miréis así, malditas brujas... A mí, no me vais a matar... Ninguna de vosotras conseguirá chupar el tuétano de mis huesos...

Pero todas las ancianas, al precipitarse hacia él, gritaban:

– ¡Córtanos el pelo! Límpianos las uñas de las manos y de los pies; lávanos; vete a buscarnos agua; Sólo así te ayudaremos.

– ¿Ayudarme vosotras a mí? Iba incluso a pedirlos los mismos favores, pues, yo también os puedo ayudar, ayudar a morir.

Y la más anciana de todas, al entregarle las cuatro cantimploras, le dijo:

– No sabes lo que te espera. Con esta primera cantimplora, tan pronto como la hayas tirado al suelo, te encontrarás en casa. En cuanto a las otras que aquí tienes, rómpelas y ya verás lo que hay.

El muchacho tiró la cantimplora al suelo y se volvió en encontrar en casa, en compañía de su madre, loca de alegría.

– ¡No tardaste nada! ¡Y nos traes riqueza y poder! ¡Dame estas cantimploras. ¿Dónde vamos a guardarlas? ¿Por qué guardarlas? Mejor romperlas en seguida... en seguida para que al lado de aquellos castillos se levanten los nuestros... ¡Gracias, hijo!... Ven aquí para apretarte contra mi corazón que has aliviado de un enorme peso. ¡Ah si no te hubiera empujado por la nuca aquella mañana, todavía estarías aquí mirando cómo el sol se levanta desde estos castillos que pronto van a quedar eclipsados por los nuestros... ¿Cómo hay que agarrar las cantimploras? Así, ¡agarrémoslas así y que el mundo entero se cubra de castillos, de nuestros castillos!... ¡Cómo late mi corazón! Escúchalo. ¡Cómo tiembla mi mano! ¡Mírala hijo mío! Mira todos estos castillos de oro, de un momento a otro, van a desaparecer de una vez. ¡La riqueza, la tenemos en esta cantimplora! El poder, en esta otra. Gracias, hijo mío. Ahora respiro, ahora vivo. Puedo mirar al sol, levantar la cabeza. ¡Que a partir

de ahora luzca más aún el sol y que extienda sus rayos desde nuestros castillos por todo el universo.

– Así fue como la mujer arrojó la cantimplora al suelo con todas sus fuerzas. En seguida salieron leones, tigres, chacales, todas las fieras del mundo. Para conjurar la suerte, rompió una segunda cantimplora. Brotaron llamas por doquier, del cielo, de la tierra, del viento, de las piedras, de las montañas. Todo a su alrededor estaba en llamas. Los perseguían las fieras. Ellos corrían y seguían corriendo. Las llamas cada vez más rápidas, por todas partes les impedían la retirada, los rodeaban, formando una alta, altísima e inmensa torre roja.

La tercera cantimplora fue arrojada y enseguida se abrió la tierra, se los tragó y se volvió a cerrar. Al caer el sol brillaban con todo su resplandor los castillos de Koffi.

Y desde que tuvo lugar aquella desventura, ya no se maltratan a los huérfanos en tierra africana.

Cuentos de Gabón

L'homme qui fut changé en termitière
(El hombre que fue transformado en termitero)

ANDRÉ RAPONDA-WALKER



L'homme qui fut changé en termitière

André Raponda-Walker

Il y avait une fois un pauvre malheureux qui vivait tout seul dans son village. Il avait perdu tous ses parents.

Un jour qu'il était allé visiter les pièges qu'il tendait dans la forêt, il en rapporta un porc-épic. Il le dépouilla, déposa le crâne sur un séchoir et fit cuire le reste à l'étuvée, dans des feuilles de bananier, pour le manger au fur et à mesure.

Or, il arriva que durant ses absences, le crâne du porc-épic se changeait en une femme avec ses deux enfants.

Les enfants se mettaient à jouer dans la cour du village que la jeune femme transformait en un petit village très coquet. Elle faisait ensuite la cuisine, remplissait d'eau les calebasses, mettait de l'ordre et de la propreté dans la case d'habitation, puis elle se retirait avec ses deux enfants dans le crâne enfumé dans un séchoir.

Lorsque le bonhomme revenait de la forêt, il ne s'y reconnaissait plus et croyait s'être trompé de village. Peu à peu, cependant, il s'apercevait qu'il était vraiment chez lui ... Cependant il était fort intrigué de voir que lui qui jusqu'ici était dépourvu de tout, ne manquait plus de rien. Pour en avoir le cœur net il résolut d'aller consulter un Nganga (devin).

Après qu'il eut tout raconté dans les moindres détails, le Nganga lui dit : “ Prends ce mélange de graines, d'écorces et de racines aromatiques (isèmu) et cache-toi derrière un arbre. Lorsque tu te seras rendu compte de ce qui se passe chez toi, tu iras en toute hâte jeter cette mixture sur les personnes que tu verras dans la cour.

Le bonhomme, ayant remercié le Nganga, prit congé de lui et rentra à son village, tout décidé à tenter le coup.

Le lendemain, il fit semblant de s'en aller au loin. Mais il revint bientôt sur ses pas et se camoufla derrière un gros arbre qui se trouvait à quelques pas de là.

Soudain, il vit une femme sortir du crâne du porc-épic, accompagnée de deux petites filles. À ce spectacle, il court sans plus tarder, pour répandre sur elles sa mixture d'aromates.

La mère et les enfants, toutes honteuses d'avoir été surprises, ne bougèrent plus. Puis, sur un mot de leur mère, les deux filles entrèrent dans la case, suivies de celle-ci et du bonhomme devenu leur père adoptif. Ce qui mit de l'entrain et de la gaieté dans ce hameau solitaire.

Alors la femme avertit leur hôte : “ Chaque fois que tu te promèneras avec les enfants, garde-toi bien de les injurier. Surtout, ne leur dis pas que nous sortons du crâne d'un porc-épic. Sinon, tu verras ce qui t'arrivera ! ”

À partir de ce moment, le bonhomme abandonna ses pièges pour se livrer uniquement à la pêche. Comme il rapportait tous les jours du poisson en abondance, l'une des filles -la cadette- eut la curiosité d'aller voir comment il pratiquait. Après quelque hésitation, il l'amena un jour avec lui. Il prit son filet et partit. La fille le suivit. Elle portait une vieillealebasse que son père adoptif lui avait donnée. Cettealebasse, il la tenait de ses parents.

Arrivés à la plage, le père jeta son filet et d'un seul coup il remplit une grande cuvette de poissons. Sur quoi, ils rentrèrent au village. Chemin faisant, il eut besoin de boire un peu d'eau. La jeune fille lui présenta laalebasse. Mais, lorsqu'elle voulut la lui passer, elle lui échappa et tomba sur une pierre et se brisa. Le père en courroux, ne put se retenir et lâcha une injure. En entendant cela, l'enfant se mit à pleurer à chaudes larmes... Le père la consola de son mieux et elle se tut.

De retour au village, sa sœur aînée s'aperçut qu'elle avait les yeux rouges et lui en demanda la cause.

– “ C'est – répondit la cadette – parce que je ne suis pas encore habituée à l'air de mer. ”

Un autre jour, l'aînée voulut, à son tour, accompagner son père adoptif à la pêche. Celui-ci fit d'abord des difficultés. Mais elle insista au point qu'il finit par céder et la prit avec lui. Il lui confia aussi unealebasse d'eau pour la soif.

La pêche fut très fructueuse comme d'ordinaire et ils revinrent tous les deux au village. Tout en cheminant, le père eut soif. La jeune fille s'empres-

de lui présenter la calebasse. Mais comme sa sœur cadette, la calebasse glissa de ses mains et se brisa sur une pierre en mille morceaux.

Fureur du père qui l'accable d'injures et lui jette à la face cet affront sanglant : “ Après tout, tu sors du crâne d'un porc-épic boucané ! ”. À ces mots, la jeune fille éclata en sanglots et en plaintes : “ Tata kò na : Ni y'abèki ngonbò ! Ayiyi ! Papa m'a injurié ! Il m'a traitée d'enfant de porc-épic ! ”

Le père adoptif eut beau essayé de la consoler, ce fut en vain. La jeune fille continua à pleurer et à se lamenter jusqu'au village.

La mère, voyant cela, dit au bonhomme : “ Tu as enfreint la défense que je t'ai faite. Tant pis pour toi ! Nous retournerons maintenant chez nous. Quant à toi, tu seras désormais aussi misérable qu'auparavant ! ”

En un clin d'œil tout disparut. On ne revit plus personne, ni la mère ni les filles. Avec elles s'évanouit également tout le confort qu'elles avaient apporté.

Notre bonhomme, tout confus et désolé de n'avoir pas su retenir sa langue, s'enfonça de dépit au fond des bois où il fut transformé en une vaste termitière !

El hombre que fue transformado en termitero

Traducción de Mahanta Kebe

Érase una vez un pobre y desgraciado hombre que vivía completamente solo en su pueblo. Todos los suyos habían muerto.

Un día, se fue a ver las trampas que solía poner en el bosque y volvió a su casa con un puerco espín. Lo despojó, colocó su cráneo sobre un secadero y con el resto, hizo un estofado y preparó el resto cocinándolo al vapor en unas hojas de plátano para poder comérselo poco a poco.

Pero sucedió que, durante sus ausencias, el cráneo del puerco espín se transformaba en una mujer con sus dos hijas.

Las niñas se ponían a jugar en el patio del pueblo que la buena mujer había transformado en una pequeña aldea muy bonita. Luego, la mujer se ponía a cocinar, llenaba de agua las calabazas, ordenaba y limpiaba la choza, antes de retirarse y meterse con sus dos hijas en el cráneo ahumado, sobre el secadero.

Al regresar el hombre del bosque, ya no podía reconocer su casa y creía haberse equivocado de aldea. No obstante, poco a poco, fue dándose cuenta de que estaba realmente en su casa...

Sin embargo, se quedó muy intrigado al ver que no le faltaba nada cuando siempre había carecido de todo. Para asegurarse de que todo era verdad, decidió ir a consultar a un adivino, un *Nganga*.

Tras haberle contado todo con los más mínimos detalles, el *Nganga* le dijo:

– “Toma esta mezcla de semillas, cortezas y raíces aromáticas (*isèmu*) y escóndete detrás de un árbol. En cuanto te des cuenta de lo que ocurre en tu casa, irás a toda prisa a echar esta mezcla sobre las personas que veas en el patio.

El buen hombre, después de dar las gracias al Nganga, se despidió de él y volvió a su pueblo, muy decidido a probar suerte.

Al día siguiente, fingió irse muy lejos. Pero pronto volvió atrás y se escondió detrás de un gran árbol que estaba a unos pasos de allí. De repente, vio a una mujer salir del cráneo del puerco espín, junto con dos niñas. Ante ese espectáculo, corrió sin demorarse más para derramar sobre ellas la mixtura aromática. La madre y sus hijas, muy avergonzadas por haber sido sorprendidas, se quedaron quietas. Luego, ateniéndose a una orden de su madre, las dos niñas entraron en la choza, seguidas de ésta y del hombre, que ya se había convertido en padre adoptivo. Todo aquello trajo animación y alegría al caserío solitario.

Entonces la mujer advirtió a su anfitrión: “Siempre que te pasees con las niñas, procura no insultarlas. Sobre todo no les digas que nosotras salimos del cráneo de un puerco espín. Si no, ¡verás lo que te puede ocurrir!”.

Desde entonces, el hombre abandonó sus trampas para dedicarse únicamente a la pesca. Como traía todos los días abundante pescado, una de las niñas –la menor– tuvo la curiosidad de ir a ver cómo pescaba... Después de dudar un momento, el hombre se la llevó un día con él. Cogió su red y se marchó. La niña lo siguió. Llevaba una calabaza que su padre adoptivo le había dado. La calabaza, la había heredado de sus padres.

Llegados a la playa, el padre echó su red y de una sola vez llenó una gran palangana de peces y luego volvieron a la aldea. En el camino, sintió sed. La niña le tendió la calabaza. Pero cuando quiso dársela, se le escapó el recipiente que cayó sobre una piedra y se rompió. El padre enfurecido, no pudo retenerse y soltó un insulto. Al oír ese insulto, la niña se puso a llorar a lágrima viva... El padre la consoló lo mejor que pudo y ella se calló.

De vuelta a la aldea, su hermana mayor se dio cuenta de que tenía los ojos colorados y le preguntó por qué.

– “Es que – contestó la pequeña – no estoy acostumbrada todavía al aire del mar”.

Otro día, la mayor quiso, a su vez, acompañar a su padre adoptivo a la pesca. Este, primero se opuso pero ella insistió tanto que acabó por ceder y aceptó que ella lo acompañara. Le entregó también una calabaza de agua por si tenían sed.

La pesca fue muy fructífera, como de costumbre, y ambos regresaron a la aldea. De tanto caminar, el padre tuvo sed. La niña se apresuró a tenderle la

calabaza. Pero como ocurrió con su hermana menor, el recipiente se le deslizó de las manos y al caer en una piedra, se rompió en mil pedacitos. El furor del padre la colmó de insultos y le echó en cara esta afrenta sangrienta: “Después de todo, ¡sales del cráneo de un puerco espín ahumado!

Al oír estas palabras, la niña prorrumpió en sollozos y en quejas: “Tata kò na : Ni y’abèki ngonbò ! Ayiyi ! ¡Padre me ha insultado! ¡Me ha tratado de hija de un puerco espín!”.

El padre adoptivo, por más que intentaba consolarla, no lo logró. La niña siguió llorando y lamentándose hasta llegar a la aldea.

La madre, viéndola en ese estado, dijo al hombre: “Has violado el pacto que hicimos. ¡Peor para ti! Ahora regresaremos a nuestra casa. ¡Y tú vas a ser a partir de ahora tan miserable como antes!”

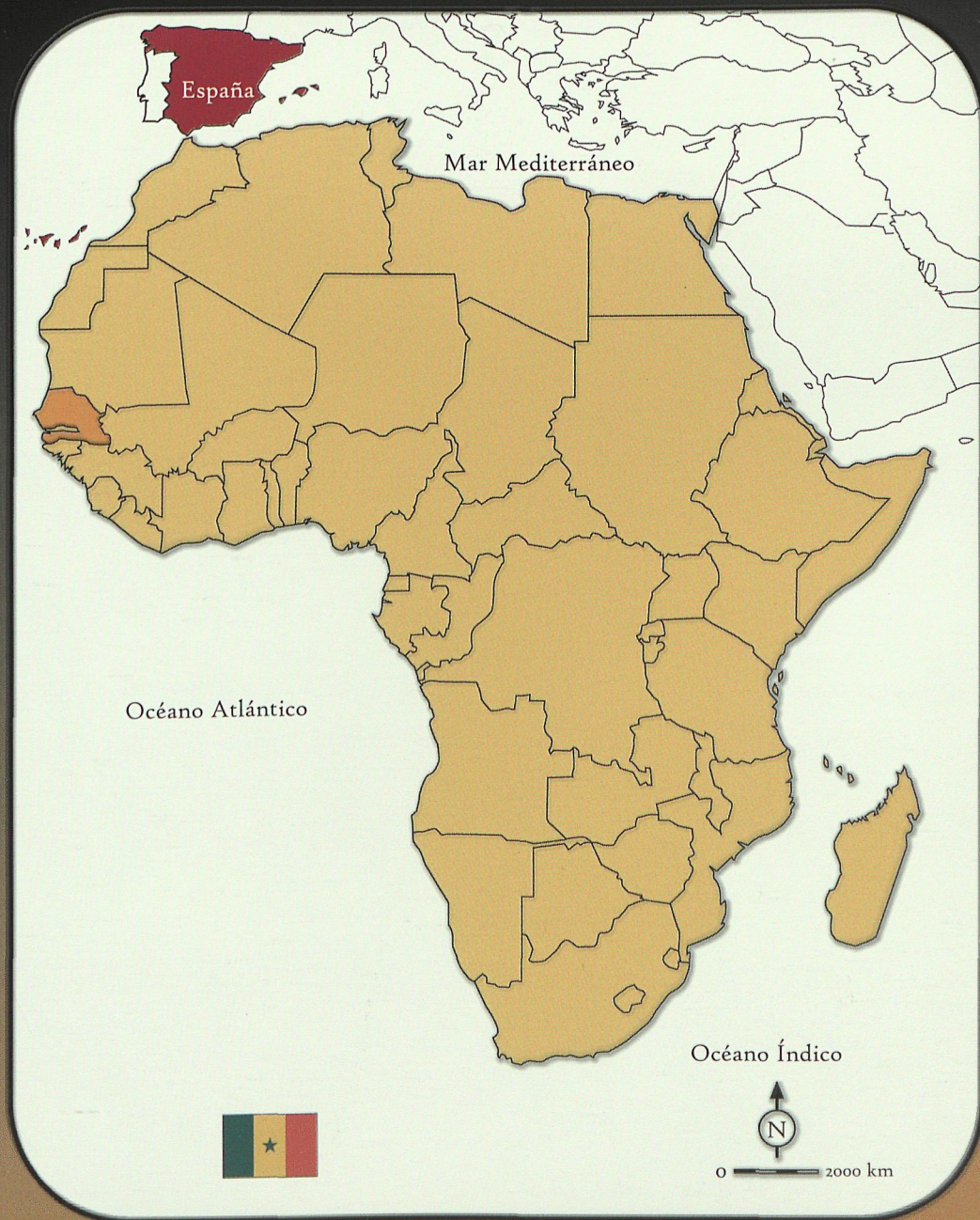
En un santiamén, todo desapareció. Ya no se volvió a ver a nadie, ni a la madre, ni a sus hijas. Con ellas desapareció también todo el confort que habían traído.

El hombre, muy confuso y afligido con no haber sabido morderse la lengua, muy despechado, se internó en el bosque donde fue transformado en un inmenso nido de termitas.

Cuentos de Senegal

Tours de lièvre
(Las malas jugadas de la liebre)

BIRAGO DIOP



Tours de lièvre

Birago Diop

Putois, Rat, Civette, Rat-Palmiste et d'autres encore de la race fouisseuse, ne furent pas peu étonnés de recevoir ce jour-là de si bon matin, les uns après les autres, la visite de Leuk-le-Lièvre. A chacun le tout-petit-aux longues oreilles avait parlé tout bas, puis, galopant vif, s'en était allé plus loin vers la demeure du voisin.

Le soleil chauffait dur et dru lorsque, sautillant du derrière, Leuk regagna l'ombre fraîche de son buisson pour y attendre la fin du jour.

La nuit tombait quand le peuple des longs museaux s'approcha en rangs serrés du village des hommes où, cependant, plus d'un de leurs de aïeux, pour une aile de poulet, quelques grains de mil et pour autres vols de moindre importance, avaient laissé leurs dépouilles. Les enfants du village, en effet, aussi lestes que Golo-le-Singe et rapides comme M'bile-la-Biche, y maniaient de tout temps et dextrement gourdins de cailcédrot et épieux de lingué.

Civette, Putois, Rat et Rat-Palmiste et les autres, dépassant les champs de mil et d'arachides, s'approchaient donc du village de N'dioum, car le souvenir des coups mortels reçus par les pères de leurs pères était ce soir-là terni dans leur mémoire par l'image des richesses et du butin que Leuk-le-Lièvre leur avait promis : mil, poulet, arachides, manioc et même miel que, leur avait-il dit, Bour-le-Roi avait entassés dans une case sans issue, construite au milieu du village.

Or Leuk, en leur disant cela, savait fort bien qu'il mentait plus qu'à moitié, ou plus exactement, il avait oublié un tout petit détail. Il savait, mais il s'était bien gardé de le dire, ce que renfermait en outre la case. C'est Thioye-le-Perroquet qui le lui avait appris. Celui-ci avait surpris les palabres de Bour et de ses conseillers, palabres qui avaient précédé la construction de la case-

sans-issue qu'il fallait atteindre en creusant la terre depuis les abords jusqu'au centre du village, où les maisons avaient été démolies sur une étendue de sept fois sept cent coudées pour y laisser seule la case qu'entouraient sept tapates.

Gâté depuis son enfance, ne connaissant que ses caprices, Bour-le-Roi avait décidé d'enfermer, dans la case-sans-issue, Anta, la plus jeune de ses filles, pour savoir, disait-il, si la femme qui n'a connu l'homme pouvait avoir un enfant.

Thioye avait entendu ce qu'avait ordonné le roi, et il l'avait répété sans intention, simplement pour le plaisir de rapporter, et parce que Leuk avait été le premier qu'il avait rencontré en s'envolant de l'arbre-des-palabres. Mais Leuk, qui de sa vie n'a respecté ni père, ni mère, voulait jouer un tour à Bour-le-Roi. Il avait commencé, en les trompant, par se servir des gens à longs museaux.

Quand ils eurent débouché dans la case-sans-issue, après avoir creusé toute la nuit durant, Rat, Rat-Palmiste, Civette, Putois et les autres s'enfuirent en voyant que les richesses promises par Lièvre étaient gardées par une jeune fille. Le souvenir des malheurs arrivés à leurs ancêtres leur était revenu à la mémoire. Ils s'étaient rappelés à temps qu'à N'dioum les filles étaient aussi habiles que les garçons dans le maniement des gourdins et des épieux. Ils regagnèrent tous la brousse, se promettant de se venger de Leuk qui les regardait détalier, caché non loin du souterrain. Quand ils eurent tous disparu, Leuk suivit le chemin qu'ils lui avaient tracé et vint trouver Anta :

– Bour, ton père, dit-il à la jeune fille, se croit plus malin que quiconque sur terre, mais moi je lui apprendrais encore beaucoup de choses qu'il ignore. Il a cru pouvoir t'empêcher d'avoir un mari. Veux-tu de moi?

– Qui es-tu ? Comment t'appelles-tu ? demanda Anta.

– Je m'appelle Mana (C'est moi). Veux-tu de moi comme mari ?

– Oui ! fit la jeune fille.

Leuk, par le même chemin, revint tous les jours tenir compagnie à la fille du roi, tant et si bien qu'un jour elle devint enceinte, et neuf mois après, mit au monde un garçon.

Trois ans passèrent, et Leuk venait-bien que moins assidûment-voir sa famille et s'amuser avec l'enfant

Un jour Narr, le Maure de Bour, qui se promenait de bon matin récitant des versets du coran près de la tapate aux sept enceintes, crut entendre des cris d'enfant. Il courut, perdant ses babouches, chez le roi :

– Bour, bilahi ! walahi ! (En vérité ! au nom de dieu !) J’ai cru entendre des cris dans la case-sans-issu.

On envoya un esclave qui franchit les sept tapates et écouta contre la case-sans-issu.

– Ce sont des cris d’enfant, revint-il dire.

– Que l’on mette à mort ce fils de chien, dit Bour en courroux, et que l’on jette son cadavre aux charognards.

Et l’on tua l’esclave.

Un autre alla écouter et revint affirmer que c’est bien un enfant qui criait.

– Que l’on tue cet enfant d’insolent, ordonna le roi, et le deuxième esclave fut mis à mort. Ainsi en fut-il de trois autres messagers qui étaient revenus dire que c’était un enfant que l’on entendait.

– Cela n’est pas possible, dit le roi. Qui aurait pu pénétrer dans la case ainsi close ?

Il envoya un vieillard après qu’on eut pratiqué un passage à travers les sept tapates. À son retour, le vieillard dit :

– Oui ! On entend bien une voix qui crie, mais je ne pourrais pas dire si c’est Anta ou si c’est un enfant qui crie.

– Que l’on démolisse la case, ordonna Bour, on verra bien.

Ainsi que dit, il fut fait, et l’on trouva Anta et son fils.

– Qui t’a fait cet enfant ? demanda le roi.

– Mana (C’est moi), répondit Anta.

– Comment c’est toi ? Qui est ton père, toi ?

– Mana, dit le garçon.

Le royal père et grand-père ne comprenait rien à tout cela : sa fille qui s’était fait toute seule un enfant ! et cet enfant déclarait de son côté être son propre père !

– Que l’on réunisse, dit Bour, sur les conseils des plus vieux notables, que l’on réunisse tout ce qui vit et marche dans le pays.

Quand tous, bêtes et gens, furent rassemblés le vendredi, Bour donna trois noix de cola au fils d’Anta et lui dit :

– Va remettre ces colas à ton père.

L'enfant alla, dévisageant hommes et animaux, hésitant, s'arrêtant, repartant. Quand il s'approcha de Leuk-le-Lièvre, celui-ci se mit à se gratter furieusement, à sautiller, à se plaindre :

– Il y a trop de fourmis et de termites par ici ! Et il changea de place. L'enfant continuait sa recherche.

– Que de fourmis, ma parole ! disait Leuk en le voyant s'approcher et, d'un bond, il s'en allait plus loin derrière un plus gros que lui.

Cependant, un des vieillards de la suite du roi s'était aperçu du manège de Leuk.

– Qu'a donc Lièvre à se plaindre des fourmis et des termites, et à changer constamment de place? fit-il.

– Faites-le rester au même endroit, ordonna le roi.

Pour ce faire, on entassa sur trois nattes sept pagnes et une peau de mouton par-dessus.

– Mets-toi ici, frère Leuk, dit un griot, tu n'auras plus à craindre fourmis ou termites.

Force fut bien à oreillard de demeurer sur cette couche moelleuse, de ne plus changer de place, de ne plus se dissimuler, de ne plus éviter l'enfant, qui vint enfin lui tendre les trois noix de colas.

– Ah ! C'est toi ? dit Bour toujours en colère. C'est toi qui te fais appeler Mana (c'est moi) ? Comment as-tu fait pour arriver jusqu'à ma fille ?

– C'est Putois, Fouine, Rat-Palmiste, Civette et les autres, leurs frères et cousins, qui m'ont ouvert un souterrain.

– Eh bien ! Je vais te tuer. Allez-vous-en tous, dit Bour aux hommes et aux animaux que sa colère faisait trembler encore. Je vais te tuer, Leuk.

– Bour, dit Leuk, tu ne peux pas tuer le père de ton petit-fils !

– Que peux-tu m'offrir pour racheter ta tête ?

– Ce que tu voudras, Bour.

– Eh bien ! Avant six lunes, je veux que tu m'apportes une peau de panthère, deux défenses d'éléphant, une peau de lion, et des cheveux de Kouss-le-Lutin-barbu, ordonna le roi.

– Comment va-t-il faire ? se demandèrent les vieillards de la suite du roi.

Leuk s'en alla, sautillant du derrière, secouant, clap !clap ! telles des sandales de femmes peulhe, ses longues oreilles.

Il trouva Sègue-la-Panthère près de la rivière et lui demanda :

– Mon oncle, pourquoi restes-tu avec une peau aussi sale et pleine de taches ? Pourquoi ne te baignes-tu pas dans la rivière ?

– C'est que, répondit la panthère, je ne sais si je sais bien nager.

– Eh bien ! enlève ta peau, mon oncle, je vais te la nettoyer pendant que tu resteras dans ce trou pour ne pas attraper froid.

Sègue se dépouilla et, pendant qu'elle se terrait dans le trou, Leuk, au bord de l'eau, enduisait l'intérieur de la peau de piment après l'avoir trempée, et ensuite :

– Oncle ! oncle ! remets vite ta peau, il va pleuvoir.

En effet, le temps menaçait. Mais elle n'entra que sa patte gauche de derrière qu'elle retira prestement. La patte lui brûlait comme si elle l'avait mise dans un feu ardent.

– Leuk ! Leuk ! ça brûle ! ma peau me brûle !

– Ça doit être l'eau de la rivière, dit Leuk. Toute la rive au niveau des villages d'en haut n'est plantée que de tabac. Laissons la peau dehors, l'eau de pluie va la rincer.

Pendant que panthère s'en retournait dans le trou, Leuk alla vite cacher la peau dans un fourré et revint s'enquérir :

– Oncle Sègue, tu as déjà repris ta peau ?

– Non pas, certes, répondit panthère.

– Elle n'est plus là. Il est tellement tombé d'eau qu'elle a dû être entraînée à la rivière, expliqua lièvre, et il prit le large.

De bon matin, Leuk s'était posté au bord du marigot quand Nièye-l'Éléphant et sa tribu arrivèrent d'un pas pesant et encore ensommeillé pour s'abreuver.

– Le bon Dieu, dit Leuk d'un air attristé, le bon Dieu défend de boire aujourd'hui au marigot.

– Que faire ? demanda le vieillard au long nez et aux petits yeux. Conseille-nous, Leuk, toi qui es l'ainé.

– Nous allons monter implorer sa grâce, peut-être se laissera-t-il fléchir.

– Et comment faire pour arriver jusqu'à lui ?

Leuk appela M'bott-le-Crapaud qui boitillait non loin de là et mère M'bonatte-la-Tortue qui pointait le bout de son museau. Il renversa M'bonatte

sur le dos de M'bott et fit monter sur le ventre de mère Tortue le plus jeune de la tribu des éléphants : sur celui-là un plus âgé et, sur le dos gluant de celui-ci, un autre, et ainsi de suite...quand le vieux chef grimpa, atteignant presque le ciel, d'un coup de patte, Leuk poussa tortue et ploum ! ploum ! dans un enchevêtrement de pattes, de trompes et de défenses, les éléphants tombèrent. Ils s'affairaient à ramasser les défenses cassées.

– Ne perdez pas de temps à vous occuper de ça, leur dit Leuk. Vous ramasserez tout ça tout à l'heure, le bon Dieu vous donne l'autorisation de vous abreuver. Dépêchez-vous d'aller boire.

Quand ils revinrent après avoir bu longuement et s'être aspergés à qui mieux mieux, il manquait les deux plus belles défenses.

– Ne cherche pas, dit Leuk au propriétaire, c'est le bon Dieu qui les a prises pour prix de sa mansuétude.

Vers le milieu du jour, Leuk trouva, à l'ombre d'un tamarinier, Kouss-le-Lutin-barbu qui se reposait près de son gourdin deux fois plus haut que lui et de son keul, saalebasse généreuse qui se remplit de tout ce qu'on lui demande.

– Oncle Kouss, dit Leuk, pourquoi laisses-tu pousser tes cheveux et ta barbe ? Comme ça t'enlaidit !

– Je ne sais pas me raser et je n'ai pas de couteau, expliqua Kouss-le-Lutin-barbu.

– J'en ai un excellent, dit lièvre. Je vais te raser, oncle, si tu le veux bien.

Et quand il eut fini :

– Je vais jeter tout ça en m'en allant. Continue à te reposer, il fait si chaud au soleil.

Et Leuk s'en alla, sautant du derrière, la barbe et les cheveux de Kouss-le-Lutin dans son sachet.

Gayndé-le-Lion était sur la rive du fleuve, regardant, d'un œil courroucé et envieux à la fois, biches, antilopes et cobras qui folâtraient sur l'autre rive, broutaient, gambadaient, se roulaient, semblant le narguer. Leuk survint et lui demanda :

– Ne pourrais-tu attraper et punir comme il le mériterait aucun de ces enfants d'insolents, mon oncle ?

– C'est que je ne veux pas me mouiller ma peau.

– Retire-la, je resterai ici pour la garder. Tu reviendras la reprendre après la chasse.

Lion se dépouilla et partit à la nage vers l'autre rive. Leuk s'empara de la peau et alla la cacher. Il revint, arrosa l'endroit où Gayndé l'avait déposée, fit une traînée jusqu'au fleuve avec son derrière qu'il avait trempée dans l'eau, et cria de toutes ses forces :

– Oncle lion, oncle ! reviens vite ; l'eau emporte ta peau. Et il sauta dans l'eau. Quand lion revint, il lui dit :

– J'ai plongé, mais je n'ai rien trouvé. Il faut attendre que le fleuve baisse. Et il s'en alla, sautillant du derrière.

Trois lunes ne s'étaient pas écoulées quand Leuk se présenta chez le roi avec la rançon demandée.

– Comment a-t-il pu faire ? se demanda la suite du roi

– Comment as-tu fait pour avoir tout cela ? interrogea Bour.

– Réunis tout le monde, et tu sauras, répondit lièvre.

Kouss-le-Lutin ne vint pas à la réunion, car , s'étant regardé dans l'eau endormie du marigot, il s'était trouvé si laid sans barbe et surtout sans cheveux sur son crâne qui lui semblait le derrière pelé de Golo-le-Singe. Il sut cependant par les hôtes de la brousse que sa colère contre Leuk ne le cédait en rien à celle de Nièye-l'Éléphant, de Sègue-la-Panthère et de Gayndé-le-Lion qui, eux, étaient venus à l'appel du roi. Tous avaient expliqué comment Lièvre les avait bernés et dépouillés.

– Ce Leuk quand même ! ce Leuk alors ! disait chacun.

– C'est égal, fit Golo-le-Singe, que le courage n'a jamais étouffé, c'est égal, j'aime mieux être dans ma peau, même pelée derrière, que dans la sienne.

– Il fera bien de ne pas trop s'aventurer en brousse d'ici quelque temps, conseilla un vieillard.

Quand on songea à le chercher, Leuk était déjà loin, il était parti sans prendre congé.

Sur un sentier perdu, il avait trouvé une peau de biche à moitié pelée, pleine de trous, rongée par les vers qui grouillaient comme des termites ; Leuk s'en affubla. Boitant bas, tête penchée, il rencontra Bouki-l'Hyène, qui s'apitoya :

– Ma pauvre biche, que t'est-il donc arrivé ?

– Hélas ! fit la fausse biche, je me suis disputée tout à l’heure au marigot avec Leuk-le-Lièvre. Il a étendu sa patte gauche vers moi en me disant : « ce n’est que la patte gauche cette fois – ci, car je ne veux pas ta mort, mais il faut quand même que tu te souviennes de moi ! » Aussitôt et depuis, je suis comme tu me vois.

Bouki a raconté la mésaventure de M’bile-la-Biche à Golo-le-Singe. Golo a colporté l’histoire. Toute la brousse l’a su.

Leuk est toujours libre et même un peu craint.

Las malas jugadas de la liebre

Traducción de Tpasir Bâ

Turón, Rata, Civeta, Ardilla y otros tantos más de la raza cavadora, no se asombraron poco al recibir, aquel día muy de mañana, cada uno, la visita de Leuk-la-Liebre. La pequeñita de largas orejas a cada uno le había hablado bajito; luego, a todo galope, se había ido más lejos hacia la morada del vecino.

Arreciaba ya fuerte el sol cuando, brincando y moviendo el trasero, Leuk volvió al frescor de la sombra del matorral para aguardar el crepúsculo.

Anocheecía cuando el pueblo de los hocicos largos se acercaba en apretadas filas a la aldea de los hombres donde, sin embargo, varios de sus antepasados, por un ala de pollo, unos granos de mijo y otros robos de menor importancia, habían dejado su pellejo. En efecto, los chicos de la aldea, tan ágiles como Golo-el-Mono y tan rápidos como Mbile-la-Cierva, manejaban siempre y con mucha destreza garrotes de caoba y palos de lingue.

Civeta, Turón, Rata, Ardilla y los demás, dejando atrás los campos de mijo y de cacahuets se aproximaban, pues, a la aldea de N'dioum, ya que el recuerdo de los golpes mortales recibidos por los padres de sus padres estaba oscurecido, aquella noche, en su memoria, por la imagen de las riquezas y del botín que Leuk-la-Liebre les había prometido: mijo, pollo, cacahuets, mandioca e incluso miel, que, según les había dicho, Bour-el-Rey había amontonado en una choza-sin-salida, construida en el centro de la aldea.

Pues bien, al decir esto, Leuk-la-Liebre, sabía a ciencia cierta que decía medias verdades, o para ser más exacto, se le olvidaba un pequeño detalle. Ella sabía, pero se abstenía de decir lo que además encerraba la choza. Thioye-el-Loro se lo había dicho. Este había interceptado por casualidad la discusión de Bour y de sus consejeros, discusión que había precedido la edificación de la choza a la cual se había de acceder cavando el suelo desde las

afueras hasta el centro de la aldea, donde las casas habían sido derribadas en una superficie de siete veces setecientos codos, para dejar allí sola la choza rodeada de siete tapias.

Mimado desde la niñez, caprichoso como ninguno, Bour-el-Rey había tomado la decisión de encerrar, en la choza-sin- salida, a Anta, su hija menor, a fin de descubrir –eso decía– si la mujer que nunca ha conocido a un varón puede quedar embarazada.

Thioye había oído lo que había dispuesto el rey, y él lo había repetido sin malicia, por el mero placer de contarlo y porque Leuk-la-Liebre había sido la primera con la que se había encontrado, cuando se marchó volando del árbol de los conciliábulos. Pero Leuk, que no ha respetado en su vida ni a su padre ni a su madre, quería burlarse de Bour-el-Rey. Había empezado a utilizar a la gente de los hocicos largos, engañándolos. Cuando alcanzaron la choza-sin-salida, después de cavar toda la noche, Rata, Ardilla, Civeta, Turón y los demás huyeron al darse cuenta de que las riquezas prometidas por Leuk-la-Liebre las custodiaba una muchacha. El recuerdo de las desgracias sufridas por sus antepasados les había vuelto a la memoria. Recordaron aquellos tiempos en los que las muchachas en N'dioum eran tan diestras como los muchachos en manejar garrotes y palos. Todos volvieron a la selva, con la promesa de vengarse de Leuk-la-Liebre que, escondida no lejos de la entrada del subterráneo, los veía huir velozmente. Cuando todos desaparecieron, Leuk-la Liebre siguió el camino que ellos habían abierto y se presentó ante la joven Anta.

– Bour, tu padre – dijo a la muchacha – se cree más listo que nadie, pero yo podría enseñarle aún muchas cosas que ignora. Pensó que podía impedirte tener un marido ¿Me quieres a mí como marido?

– ¿Quién eres? ¿Cómo te llamas? – preguntó Anta.

– Me llamo Mana (Soy yo). ¿Quieres casarte conmigo?

– ¡Sí! – dijo la muchacha.

Leuk volvió todos los días por el mismo camino para hacerle compañía a la hija del rey, tanto y tan bien que, un día, se quedó embarazada, y al cabo de nueve lunas, dio a luz a un niño.

Pasaron tres años, y Leuk venía –bien es cierto que con menos asiduidad– a ver a su familia y a divertirse con el niño.

Un día, Naar, el Moro de Bour que paseaba, muy de madrugada, recitando versículos del Corán cerca de la tapia de los siete recintos, creyó oír

gritos de niño. Se fue corriendo al palacio del rey, dejando las babuchas en el camino.

– Bour, ¡bilahi! ¡walahi! (¡No puede ser! ¡Por dios!). Me parece haber oído gritos en la choza-sin-salida.

Mandaron a un esclavo que atravesó las siete tapias y espío escuchando, la choza-sin-salida.

– Son gritos de niño – dijo al volver.

– ¡Que muera ese hijo de perra – dijo Bour irritado – y que tiren su cadáver a las aves carroñeras.

Y mataron al esclavo.

Otro se fue a escuchar y volvió afirmando que se trataba efectivamente de un niño que gritaba.

– Que muera ese insolente – ordenó el Rey – y mataron al segundo esclavo. Lo mismo pasó con otros tres mensajeros que volvieron diciendo que se oía a un niño.

– No puede ser – dijo el rey. ¿Quién habría podido penetrar en la choza cerrada de esa manera?

Mandó a un anciano después de que hubiera abierto un paso a través de las siete tapias. Al volver, el viejo dijo: – ¡Pues sí! Se oye claramente una voz que grita, pero yo no podría decir si es Anta o un niño quien grita.

– Que se derribe la choza – ordenó Bour – ya veremos.

Dicho y hecho, y se encontró frente a Anta y a su hijo.

– ¿Quién engendró a ese hijo? – preguntó el rey.

– Mana (Soy yo) – replicó Anta.

– ¿Cómo que eres tú? ¿Y tú, ¿quién es tu padre?

– Mana – dijo el niño.

El real padre y abuelo no comprendía nada de todo eso:

¡Su hija había hecho un hijo, ella sola! Y ese niño declaraba, por su lado, ser su propio padre.

– Que se convoque – dijo Bour, a instancias de los notables – que se convoque a cuanto vive y anda por el país.

Cuando todos, animales y personas, se congregaron el viernes, Bour dio tres nueces de cola al hijo de Anta y le dijo:

– Vete a entregar estas nueces de cola a tu padre.

El niño fue a mirar fijamente a hombres y animales, dudando, parándose, prosiguiendo su camino. Cuando se acercó a Leuk-la-Liebre, ésta se puso a rascarse furiosamente, a saltar y a quejarse:

– ¡Hay demasiadas hormigas y termitas por aquí! Y cambió de sitio.

El niño siguió buscando.

– ¡Cuántas hormigas, por dios! Decía Leuk viéndolo acercarse y, de un salto, se alejaba un poco y se ponía detrás de alguien más gordo que ella.

Sin embargo, uno de los ancianos de la corte había notado el tejemaneje de Leuk-la-Liebre.

– ¿Pero qué le pasa a Leuk-la-Liebre para que se queje de las hormigas y termitas, y por qué cambia de sitio constantemente?, dijo.

– Mantenedla ahí en su sitio – ordenó el rey.

Para que así fuera, en tres esteras se apilaron siete taparrabos, cubriéndolos con una piel de carnero.

– Ponte aquí, hermana Leuk – dijo un *griot* – ya no tendrás que temer a hormigas o termitas.

– No le quedó más remedio al animal Orejudo que quedarse en aquel asiento mullido, sin poder moverse de sitio, ni ocultarse, ni evitar al niño quien, por fin, vino a darle las tres nueces de cola.

– ¡Ah! ¿Eres tú? – dijo Bour que seguía irritado.

– ¿Eres tú quien se hace pasar por mana?

– ¿Cómo te las arreglaste para llegar hasta mi hija?

– Fueron Turón, Garduña, Ardilla, Civeta y los demás, sus hermanos y primos quienes me abrieron un subterráneo.

– ¡Pues bien! Te voy a matar. Marchaos todos – dijo Bour a los hombres y animales que aun temblaban por la ira real. – ¡Te voy a matar, Leuk!

– ¡Bour – dijo Leuk – no puedes matar al padre de tu nieto!

– ¿Qué me puedes ofrecer para salvar tu pellejo?

– Lo que quieras, Bour.

– ¡Bueno! Antes de seis lunas, yo quiero que me traigas una piel de pantera, dos colmillos de elefante, una piel de león y cabellos de Kouss-el-Duende- barbudo, ordenó el rey.

– ¿Cómo va a conseguirlo? – preguntáronse los viejos de la corte.

Leuk se marchó, dando brincos con el trasero, sacudiendo – ¡plof! ¡plof!
– sus largas orejas, como las sandalias de una mujer peul.

Encontró a Sègue-la-Pantera cerca del río y le preguntó:

– ¿Tío, por qué te quedas con esa piel tan sucia y llena de manchas? ¿Por qué no te bañas en el río?

– Es que – contestó la pantera – no estoy segura de saber nadar bien.

– ¡Bueno! Quítate la piel, tío, yo te la voy a limpiar, mientras tanto te quedarás en este escondrijo para no pasar frío.

Sègue se despojó de su piel y, mientras se escondía en el escondrijo, Leuk, a orillas del río, estaba untando el interior de la piel con pimienta después de haberla mojado, y a continuación exclamó:

– ¡Tío! ¡Tío! Cúbrete de prisa con la piel: va a llover.

Parecía en efecto que iba a llover. Sègue-la-Pantera cogió la piel, pero no pudo meter sino la pata trasera izquierda que retiró acto seguido. Le quemaba la pata como si la hubiera metido en un fuego ardiendo.

– ¡Leuk! ¡Leuk! ¡Me quema! ¡Mi piel me quema!

– Debe de ser el agua del río – dijo. Toda la orilla de las aldeas río arriba está plantada de tabaco. Dejemos la piel fuera. La lluvia la limpiará.

Mientras Pantera volvía al escondrijo, Leuk se apresuró a esconder la piel en la maleza y volvió a preguntar:

– ¿Tío Sègue, has vuelto ya a ponerte la piel?

– Pues no – respondió Pantera.

– Ya no está ahí. Llovió tanto que el agua se la habrá llevado al río, explicó Leuk, y desapareció.

Al rayar el alba, Leuk se había puesto a la orilla del río cuando Nieve-el-Elefante y su tribu llegaron, a paso cansino y aún dormidos, para abrevarse.

– Dios, dijo Leuk con cara triste, Dios prohíbe que se beba hoy en el río.

– ¿Qué hacer, pues? – preguntó el viejo de la nariz larga y de los ojos pequeños. – Danos un consejo, Leuk, tú que eres el mayor.

– Vamos a subir a implorar su gracia, tal vez se deje influenciar.

– ¿Y cómo vamos a hacer para llegar hasta él?



Leuk llamó a M'bott-el-Sapo que cojeaba por allí y a madre M'bonatte-la-Tortuga que enseñaba el hocico. Colocó de un empujón a M'bonatte sobre el lomo pegajoso de M'bott e hizo subir sobre el vientre de madre Tortuga al más joven de la tribu de los elefantes: sobre este, a otro mayor y, sobre el lomo del último, uno más, y así sucesivamente... Cuando el viejo jefe subió, alcanzando casi el cielo, de una patada, Leuk empujó a Tortuga y ¡Plum! ¡Plum! En un enredo de patas, trompas y colmillos, los elefantes se desplomaron. Se apresuraron a recoger los colmillos rotos:

– No perdáis tiempo en eso – les dijo Leuk. – Lo recogeréis luego, pues Dios os da permiso para beber. Apresuraos, id a beber.

Cuando volvieron después de saciarse y de rociarse a cual mejor, faltaban los dos colmillos más hermosos.

– No los busques –dijo Leuk, al dueño–, Dios los ha tomado para resarcirse de su mansedumbre divina.

A eso del mediodía, Leuk encontró, a la sombra de un tamarindo, a Kouss-el-Duende- barbudo que descansaba junto a su garrote dos veces más alto que él y a su *Keul*, su generosa calabaza-escudilla que se llena de cuanto se le pide.

– Tío Kouss, dijo Leuk, ¿por qué te dejas crecer el pelo y la barba? ¡Cuánto te afea eso!

– No sé afeitarme y no tengo cuchillo – explicó Kouss-el-Duende-barbudo.

– Tengo uno muy afilado – dijo la Liebre. – Voy a afeitarte, tío, si estás de acuerdo.

Y cuando terminó:

– Voy a tirar todo esto por el camino. Sigue descansando, hace un sol abrasador.

Y Leuk se marchó, brincando y moviendo el trasero, con las barbas y los cabellos de Kouss el-Duende en su bolsita.

Gayndé-el-León estaba en la orilla del río, mirando, irritado y envidioso al mismo tiempo, a ciervas, antílopes y gacelas que jugueteaban en la otra orilla, pacían, brincando, revolcándose. Parecían mofarse de él. Leuk se acercó y le preguntó:

– ¿No podrías atrapar a estos insolentes y castigarlos como se merecen, tío Gayndé?

– Es que no quiero mojar me la piel.

– Quítatela, yo me quedaré aquí para vigilarla. Después de cazar volverás a cogerla.

León se quitó la piel y se fue nadando hacia la otra orilla. Leuk cogió la piel y fue a esconderla. Volvió, regó el lugar donde Gayndé la había dejado, con el trasero que había mojado en el agua, hizo un reguero hasta el río, y luego llamó a grito pelado.

– ¡Tío León, Tío! Vuelve deprisa; el agua se está llevando tu piel. Y se tiró al agua. Al volver, León le dijo:

– Me tiré al agua, pero no encontré nada. Hay que esperar a que baje el nivel del río.

Y se fue, dando brincos con el trasero.

No habían pasado tres lunas cuando Leuk se presentó ante el rey con el rescate pedido.

– ¿Cómo ha podido conseguirlo? – preguntaron los cortesanos.

– ¿Cómo te las ingeniaste para obtener todo eso? – preguntó Bour.

– Convoca a todos, y lo sabrás – respondió la Liebre.

Kouss-el-Duende no vino a la reunión, pues, habiéndose mirado en el agua dormida del río, se había visto tan feo sin la barba y sobre todo sin cabellos en la cabeza, que parecía el trasero pelado de Golo-el-Mono. Sin embargo, supo por los habitantes de la selva que su ira contra Leuk no era menor que la de Níeye-el-Elefante, de Sègue-la-Pantera y de Gayndé-el-León. Todos habían explicado cómo Leuk los había engañado y desplumado.

– ¡Vaya, vaya con esa Leuk! – decía cada uno.

– Da lo mismo – dijo Golo-el-Mono, que nunca había sido de los más animosos, – da lo mismo, prefiero estar en mi pellejo, aun cuando esté pelado en la parte trasera, antes que estar en el suyo.

– Mejor que deje de andarse por la selva durante algún tiempo – aconsejó un anciano.

Cuando pensaron en buscarla, Leuk ya estaba lejos, se había ido sin despedirse.

En un sendero lejano, había encontrado una piel de cierva medio pelada, llena de agujeros, roída por los gusanos que hormigueaban como termitas; Leuk se disfrazó con esa piel. Renqueando algo, cabizbaja, se encontró con Bouki-la-Hiena, que se compadeció de ella:

– ¿Pobre cierva, qué te pasó?

– ¡Ay! – dijo la cierva disfrazada, me he reñido hace poco en el río con Leuk-la-Liebre. Tendió su pata izquierda hacia mí diciéndome: – “¡No es más que la pata izquierda esta vez, pues no te deseo la muerte, pero tienes que quedarte con algún recuerdo mío!. Desde ese momento, soy como me ves.”

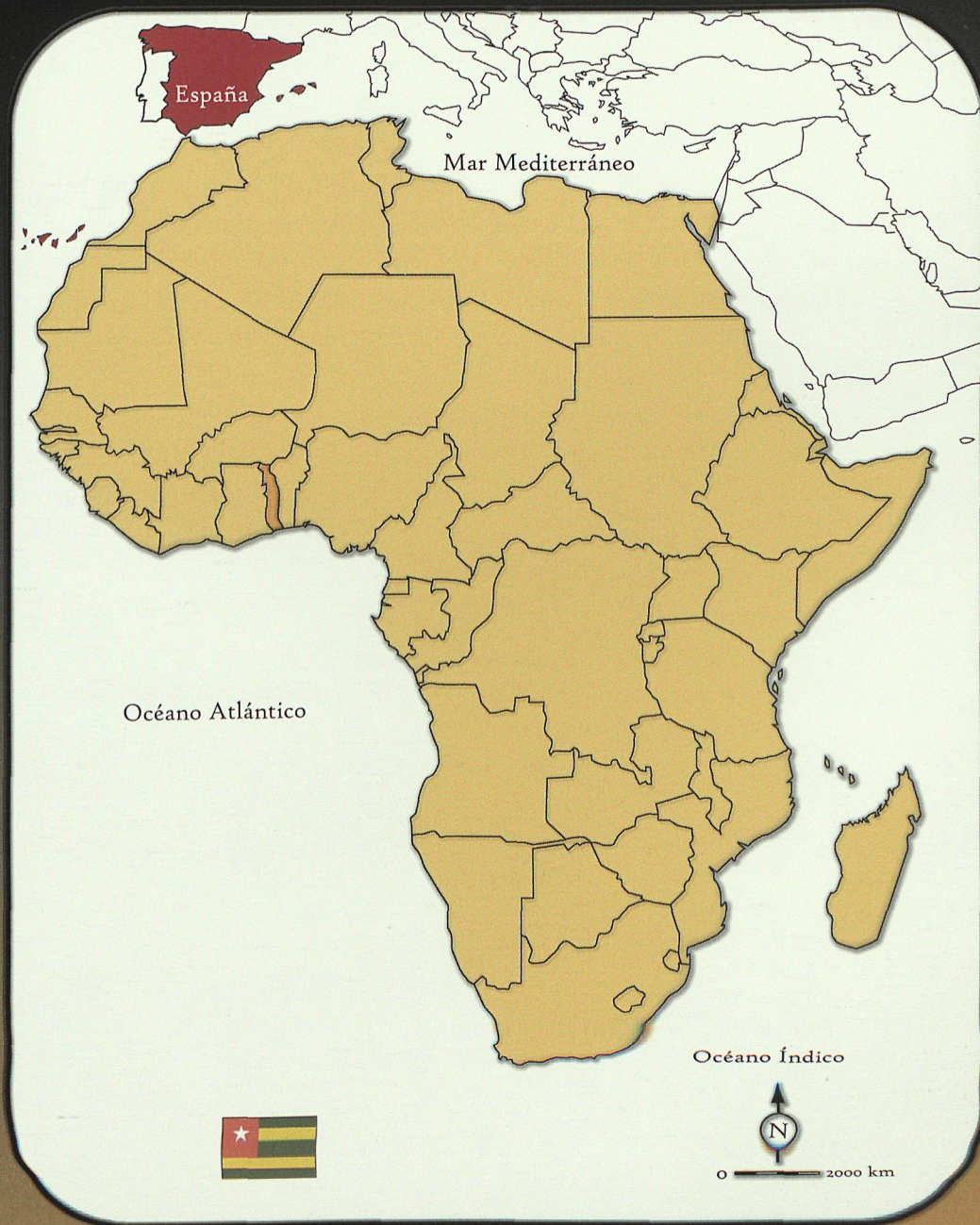
Bouki contó la malandanza de M'bile-la-Cierva a Golo-el-Mono. Golo lo repitió. Toda la selva se enteró del caso.

Leuk sigue en libertad e incluso se la sigue temiendo algo todavía.

Cuentos del Togo

Trito la curieuse (Trito la curiosa)

YVES-EMMANUEL DOGBÉ



Trito la Curieuse

Yves-Emmanuel Dogbé

Dans l'intérieur des terres togolaises, à une lieue environ de la fameuse «Colline aux fées», que la mémoire infailible des vieux se rappelle encore, il y avait un village, un tout petit village d'une dizaine d'âmes, parmi lesquelles vivaient un chasseur et son épouse.

Les habitants de ce village avaient tout pour être heureux. Et le chasseur avec sa femme auraient été tout aussi heureux, s'il ne leur manquait la petite chose qui fait la joie de la famille africaine : un enfant.

Nuit et jour, les deux époux ne cessaient de se lamenter sur leur sort. Lari, la femme du chasseur, se plaignait si souvent de sa stérilité, que son mari se mit à battre la campagne, à la recherche de charlatan, nécromancien ou médium susceptible de les aider.

Un matin, l'homme arriva dans la case de Kanou, le plus vieux voyant du village, qui lui déclara avant qu'il eût dit le mobile de sa visite :

– J'ai consulté les dieux à ton sujet, Chasseur ; ils m'ont appris que ta femme n'aura jamais d'enfants.

Ces mots du vieil homme, peut-être à cause de leur brutalité, produisirent sur Atissou (c'est le nom du chasseur) l'effet d'un coup qu'on lui aurait vigoureusement appliqué sur la tête. Il crut un instant que son souffle allait l'abandonner. Mais il reprit ses esprits et, d'une voix à peine audible, il demanda :

– Et vous ne pouvez rien contre ce mauvais sort, Grand Magicien ?

Il faut croire que le médium cachait ses intentions afin de jager l'affliction et la détermination du couple stérile. Car dès que le chasseur lui eut posé cette question, il se mit à lui faire des promesses.

– Je vais essayer, lui dit-il ; avec l'aide des dieux, je vais essayer de vous faire avoir au moins une fille, pour dissiper la tristesse qui entoure votre foyer.

Kanou déclara au chasseur et sa femme, par la suite, que l'enfant naîtrait, mais qu'elle serait têtue, curieuse à l'excès, insupportable. Les deux époux durent donner leur accord, car, d'après la devise de la femme africaine, mieux vaut l'intraitable que rien.

En l'espace de quelques lunes, la fille vit le jour. On la nomma Trito. Cette naissance comblait les parents de joie. Ils s'occupaient d'elle de toutes leurs forces et la chérissaient sans réserve. Trito grandissait plus belle que toutes les filles du pays, mais vraiment elle était insupportable, plus insupportable qu'une mule.

À côté du village, il y avait une épaisse forêt noire. Fauves étranges, génies monstrueux et fées estropiées, voilà les terribles créatures qui y vivaient. Depuis l'origine du village, les habitants veillaient à ce que ces bois ne fussent dérangés. On défendait strictement à tout homme d'aller sur ses bords, invisible paradis réservé aux seuls êtres mystérieux et affreux.

Trito apprit la longue, effroyable et interminable histoire de cette forêt : comment les personnes qui y pénétraient, soit par mégarde, soit sciemment, ne revenaient plus ; comment, par moments, la nuit, on entendait de là des chansons de terreur, des cris de détresse et des bruits de fureur ; comment, sur ses flancs, à midi et à minuit, on courait à la vue de quelques spectres à trois têtes... Mais tout cela ne refroidit pas cette fille. Toujours, elle cherchait à se rendre dans ce bois. Ses parents et les proches parents se réunirent et, sept jours durant, lui interdirent avec insistance toute approche de ces lieux diaboliques ; mais elle n'en eut cure...

Peut-être ces exhortations accrurent-elles sa curiosité de partir à la découverte du secret de la célèbre forêt. Un matin, Trito se mit en route. Les gens (cultivateurs, forains...) qui la rencontrèrent ne lui cachèrent pas leur opposition à son dessein. Mais vainement s'efforcèrent-ils de la détourner. Bientôt, elle arriva au sein des bois et s'écria :

– « Où se cachent les bêtes monstrueuses, les génies affreux qui épouvantent dans cette forêt ? Mes yeux ne cherchent que vous. J'ai appris que personne n'ose vous aborder. Moi, je suis venue seule aujourd'hui, rien que pour vous voir et savoir qui vous êtes au juste ! »

Plusieurs fois, Trito la Curieuse répéta ces paroles. Elle ne voyait personne. Cependant elle avait l'étrange sentiment que des yeux la regardaient,

l'épiaient, qui lui étaient invisibles. Alors, elle attacha un fagot et fit appel au patriarche lutin (Aziza) lui-même, pour qu'il vînt le lui mettre sur la tête.

Soudain, à travers le tourbillon de vent qui souleva jusqu'à la cime des arbres toutes les feuilles mortes à une lieue à la ronde, surgit devant elle un gros phénomène hideux, épouvantable. Le cœur de Trito ne remua même pas. Elle renouvela sa demande. Tout bonnement, le Génie lui porta ses bûches sur la tête, disparut aussitôt et se glissa dans le fagot.

Avant que Trito n'eût fait cinq pas, son cou était sur le point de se rompre tant le fardeau pesait lourd sur la tête. Son visage était tout barbouillé de larmes. Impossible de se défaire de son fagot. Son cou s'enlisait discrètement au milieu de ses épaules comme dans un sable mouvant. Elle rencontra une vieille femme qui se rendait au marché et la pria de l'aider à soulever sa charge pour refaire son coussinet. C'est alors que le Génie entonna cette chanson à l'intérieur du fagot :

Petite fille, petite fille,
Ce que ta mère te dit, tu n'écoutes pas !
Ce que ton père te dit, tu n'écoutes pas !
Tu ne connais pas encore la vie
Mais tu n'écoutes personne,
Et malheur t'arrivera !

Les gens furent saisis de terreur à la pensée que l'inconduite de la jeune fille allait déclencher sur le pays la colère des esprits. La nouvelle fit rapidement le tour du village et tout le monde fuyait pour ne pas rencontrer Trito la Curieuse. Le Génie continuait à chanter et l'on entendait partout sa voix menaçante.

La jeune fille arriva enfin chez elle. Tout chasseur qu'il était, son père courut s'enfermer dans sa case, sans doute pour ne pas attirer sur lui la malveillance du Génie et compromettre sa vie à chacun de ses parties de chasse. Mais sa mère garda du cœur, se sacrifiant à tout ce qui pouvait arriver afin de ne pas perdre son unique enfant. Intrépide, elle tira du foyer une bûche embrasée qu'elle plongea dans le fagot. Le Génie s'envola, et la fille put quitter librement son fardeau.

Que serait-il advenu de Trito la Curieuse si sa mère, elle, n'avait pas fait face aux menaces du Génie ? Un tel entêtement n'entraîne sur soi que la mort ou la souffrance, et notre jeune fille l'a compris au bout du compte.

Trito la curiosa

Traducción de Eduardo Artiles León

En el interior de las tierras togoleñas, aproximadamente a una legua de la famosa «Colina de las hadas», que la infalible memoria de los ancianos recuerda aún, se hallaba una aldea, una muy pequeña aldea, de una decena de almas, entre las que vivían un cazador y su esposa.

Los vecinos de esta aldea lo tenían todo para ser felices. Y el cazador con su mujer también habrían sido igualmente felices si no les hubiera faltado aquella cosita que da alegría a la familia africana: un hijo.

Día tras día, los esposos no dejaban de lamentarse de su desgracia. Lari, la esposa del cazador se quejaba tanto de su esterilidad que su marido salió en busca de un charlatán, un nigromante o un médium dispuesto a ayudarlos.

Una mañana, el hombre llegó a la choza de Kanou, el más viejo de los videntes de la aldea, quien le informó antes de que aquel le hubiera dicho el motivo de su visita:

– He consultado a los dioses sobre vuestro caso, Cazador; me han comunicado que tu mujer jamás tendrá hijos.

Aquellas palabras del anciano, quizá por su brutalidad, produjeron en Atissou (es el nombre del cazador) el efecto de un fuerte cabezazo. Por un momento, creyó que iba a quedarse sin respiración. Pero volvió en sí y, casi sin voz, preguntó:

– Y usted, Gran Mago, ¿no puede hacer nada contra esa mala suerte?

Cabe pensar que el vidente ocultaba sus intenciones a fin de evaluar el grado de aflicción y de determinación de la pareja estéril. Pues, tan pronto como el cazador le hizo la pregunta, se puso a hacerle promesas.

– Lo voy a intentar – dijo; – con la ayuda de los dioses, voy a intentar hacer que al menos tengáis una hija, para alejar la tristeza que envuelve vuestro hogar.

Más adelante, Kanou declaró al cazador y a su mujer que la niña nacería, pero que sería testaruda, excesivamente curiosa, insoportable. Los dos esposos tuvieron que dar su conformidad, pues, según el lema de la mujer africana, mal vale lo intratable que nada.

Transcurridas algunas lunas, nació la niña. Se le dio el nombre de Trito. Dicho alumbramiento colmaba a los padres de alegría. Se dedicaban a ella con todas sus fuerzas y la querían tiernamente, sin reserva. Trito crecía más hermosa que todas las señoritas del país, pero sin lugar a duda, era insoportable, más insoportable que una mula.

Al lado del pueblo, había un denso bosque negro. Extrañas fieras, monstruosos genios y hadas tullidas eran las criaturas que allí vivían. Desde que se fundó la aldea, los habitantes cuidaban de que no se perturbaran esos bosques. Se prohibía estrictamente a cualquier hombre que se acercara a sus orillas, invisible paraíso reservado a los únicos seres misteriosos y horrendos.

Trito se enteró de la larga, espantosa e interminable historia de aquel bosque: cómo las personas que se aventuraban por descuido o a propósito, no volvían jamás; cómo, a veces, de noche, se oían salir de allí canciones de terror, llamadas de socorros y ruidos de furia; cómo en sus colinas, al mediodía y a medianoche, la gente se escapaba al ver espectros con tres cabezas... Pero nada de eso hacía desistir a la joven. Siempre seguía buscando la forma de ir a aquel bosque. Sus padres y los parientes cercanos se reunieron y, durante siete días, le prohibieron insistentemente acercarse a aquellos lugares diabólicos; pero hizo caso omiso...

Quizá estas exhortaciones acrecentaron en ella la curiosidad de salir en busca del secreto del famoso bosque. Una buena mañana, Trito emprendió el camino. Los que se encontraron con ella (agricultores, feriantes...) no le ocultaron que no compartían su decisión. Pero en vano se esforzaron en quitarle la idea. Pronto llegó al bosque y exclamó:

– ¿Dónde se esconden los animales monstruosos, los horrendos genios que meten miedo a la gente en este bosque? Mis ojos os buscan, solamente a vosotros. He sabido que nadie se atreve a acercarse a vosotros. Yo he venido sola hoy, únicamente para veros y saber quiénes sois realmente.

Varias veces, Trito la Curiosa repitió estas palabras. No veía a nadie. Sin embargo, tenía la extraña sensación de que la miraban unos ojos, la acechaban, pero no resultaban visibles. Entonces, ató un haz de leña y llamó al patriarca duendecillo (Aziza) para que le colocara la leña en la cabeza.

De repente, a través de un torbellino de viento que levantó todas las hojas muertas hasta la copa de los árboles en una lengua a la redonda, surgió delante de ella un ser enorme, repugnante y espantoso. Pero el corazón de Trito no reaccionó. Volvió a formular la pregunta. De buena gana, el Genio le colocó la leña en la cabeza y desapareció escondiéndose entre el haz de leña.

Antes de que Trito hubiera dado cinco pasos, su cuello estuvo a punto de romperse de tanto peso que tenía la carga. Las lágrimas manchaban su rostro. Le resultaba imposible deshacerse de la carga. El cuello se le hundía discretamente entre los hombros como arenas movedizas. Se tropezó con una anciana que se dirigía al mercado y le rogó que le ayudara a levantar la carga para ajustar la almohadilla de la cabeza. Entonces el Genio empezó a cantar esta canción desde el interior de la leña.

¡Niña. Niña.

Lo que tu madre te dice, no lo escuchas

Lo que tu padre te dice, no lo escuchas

No conoces aún la vida

Pero a nadie escuchas,

Y una desgracia te sucederá!

La gente se quedó aterrorizada pensando que a causa de su mala conducta, la joven iba a desatar la ira de los espíritus en aquella tierra. Rápidamente, la noticia corrió por todo el pueblo y todos huían para no encontrarse con Trito la Curiosa. El Genio seguía cantando y se oía su voz amenazadora por doquier.

Por fin llegó la joven a casa. Su padre, a pesar de ser cazador, fue corriendo a encerrarse en la choza, probablemente para no atraer sobre sí la malevolencia del Genio y comprometer su vida en cada una de sus cacerías.

Pero su madre mantuvo toda su entereza, sacrificándose ante cualquier cosa para no perder a su única hija... Intrépida, sacó del fogón un leño ardiendo que introdujo en el haz de leña. El Genio se fue volando y la joven pudo deshacerse de su carga libremente.

¿Qué le habría pasado a Trito la Curiosa si su madre no hubiera hecho frente a las amenazas del Genio? Ese tipo de testarudez no atrae sino la muerte o el sufrimiento y nuestra joven, finalmente, así lo entendió.

Postfacio

Adentrarnos en el mundo de los cuentos africanos es una manera de viajar hacia esos otros mundos cercanos físicamente pero lejanos culturalmente, territorios todavía exóticos a los que nos aproximamos a través de estos relatos. Por supuesto la inserción de África en el mundo y su papel ante los procesos de globalización también están presentes. Este libro es una importante aportación al rescate del patrimonio intangible de los pueblos subsaharianos. La cultura de un país genera diversos productos. Algunos de tales productos son tangibles, es decir, materiales, se pueden palpar con los sentidos. Otros son intangibles, forman parte importante de una cultura pero no se perciben sensorialmente. La parte intangible del patrimonio la constituyen el lenguaje, las tradiciones orales, el saber tradicional, los conocimientos necesarios para la creación de cultura material, los sistemas de valores y las artes interpretativas, es decir, todo lo que constituye la cultura de un pueblo, en el sentido más antropológico de esta palabra. De esta forma se contribuye al fomento de la conservación y valoración del patrimonio para fortalecer la identidad cultural de la comunidad.

La cultura africana presenta notables diferencias con nuestra tradición europea debido, en buena parte, a las condiciones socio-económicas y también ambientales; es un medio ecológico diferente y, en estos cuentos la naturaleza tiene una presencia muy fuerte, no para dominarla, explotarla o destruirla, sino como parte de una realidad con la que hay que convivir y aprender de ella. Como dice un proverbio de los bambaras “el mundo es un cántaro de agua: cuando hemos bebido de él lo pasamos al siguiente, porque ha llegado su turno”. Al mismo tiempo su comprensión de la realidad está tamizada por sus creencias, en este caso tiene mucho que ver con el animismo como concepción y forma de estar en el mundo.

En este sentido los cuentos transmiten una sabiduría condensada en años de comunicación, porque en el caso africano tienen mucho que ver con la oralidad, por eso en África cada vez que se muere un anciano es como si se perdiera una biblioteca.

La importancia de África debe ser más destacada por todas las ciencias sociales a la hora de comprender y explicar un mundo que, al menos hasta los inicios de la etapa Moderna, ha sido un conjunto interrelacionado. Para algunos autores, este periodo se inicia con la expansión europea atlántica, que antes de tocar tierras americanas, despierta las aventuras africanas. Así J. Parry menciona como arranque del mundo colonial, es decir, como inicio de la Edad Moderna, la toma de Ceuta en 1415 a manos de los portugueses. Nosotros pensamos que el inicio de la conquista de Canarias unos años antes (1402), y los descubrimientos de Madeira y Azores, son también hitos claves en ese amanecer del Mundo Moderno.

Desde el siglo XII, África desarrolló culturas destacadas con influencias externas, que proporcionaron un auge simultáneo de todas sus regiones desde un punto de vista político, social, económico y cultural, acompañado de un notorio incremento demográfico. En gran medida, estas culturas estarán condicionadas por el triunfo del Islam, el desarrollo de relaciones comerciales con grandes caravanas y la aparición de reinos e imperios.

África siempre ha sido un continente con mucho futuro, pero también objeto de una explotación desenfrenada por parte de los países ricos, desde el siglo XV, que la ha sumido en una de las miserias más espantosas del planeta. La correlación de ese sistema económico ha sido la imposición cultural, que ha hecho que sea la gran olvidada de nuestra historia. Sin embargo, encierra una riqueza intelectual y una potencialidad que, sin duda, está llamada a enriquecer el acervo cultural de la Humanidad en su conjunto; el estudio y el conocimiento del “otro” nos hará convivir en un mundo más tolerante.

África quedó fuera de las ciencias sociales en general y de la Historia hasta hace pocas décadas, afortunadamente, hoy en día, ya ha pasado a formar parte del objeto de conocimiento histórico, lo que se ha incrementado a partir de los procesos de independencia de aquellos países; pero todavía, en determinadas latitudes se percibe un desfase entre la preocupación por este continente y Europa, lo que incluso se nota en los planes de estudio de las universidades españolas donde predomina todavía la visión eurocéntrica. De cualquier forma, la mayor parte de la historia de África se ha escrito bajo el signo de la monografía y de la diversidad, frente a lo cual precisamos elaborar en nuestro esquema grandes áreas regionales que parecen significativas.

“África siempre ha sido un continente con mucho futuro y lo peor es que siempre lo será”; queremos resaltar esta paradoja que parece una constante histórica, porque no existe ningún indicio que nos haga pensar en un cambio mientras se mantenga la actual división internacional del trabajo. Desde que África entra en la arena de la Historia (en sentido etnocéntrico), en las postrimerías del siglo XV, va a desempeñar un papel de continente tenebroso y sin posibilidades de cambio. Los discursos económicos asumidos por las ciencias sociales, primeramente pusieron el énfasis en las necesidades del Progreso, todo lo que sucedía era que se trataba de países que no habían progresado, debían permanecer unos años en penumbra, con grandes sacrificios hasta que llegasen al ansiado progreso científico, ahí, todos imbuidos del positivismo decimonónico dieron la razón académica a los economistas del progreso. Esto se vino abajo con la segunda guerra mundial, ya ese discurso resultaba insostenible.

Cuando ese modelo entra en una crisis insuperable, aparece otro sistema bien articulado que da coherencia a las relaciones sociales de producción dominantes que será el “desarrollismo”. Se decía que todos los países podían y debían desarrollarse; así, todos los países pobres estaban en vías de desarrollo, por tanto, cualquier renuncia era escasa porque había que dar el salto de estar en “vías de” a llegar al pleno desarrollo, donde todos serían felices y acabarían sus problemas. Fue la época de las grandes emigraciones del campo a las grandes ciudades en busca de su lugar en el desarrollismo. Hasta los sectores más avanzados se convencieron de que apretándose el cinturón en poco tiempo se acabarían los problemas y serían plenamente desarrollados, hasta nosotros hablábamos con alegría de desarrollo desiguales. Pero en la década de los ochenta también se vinieron al traste estos discursos del desarrollo.

En los noventa, apareció la globalización, que en realidad es el globalismo (porque no es una transición hacia un sistema, sino es el modelo en sí mismo), todo se debe hacer por un mundo globalizado en el que todos tienen que arrimar el hombro, porque ese proceso va a conducir a los africanos al mismo nivel que los países ricos, ya que al tratarse de un sistema global, nadie queda fuera y todos estaremos al mismo nivel. Así se desató un espíritu consumista y de resignación ante los avatares, porque pronto llegaría la globalización prometida, los más desesperados se lanzaron al mar en cayucos para globalizarse antes.

Migraciones ha habido en diversos momentos a lo largo de la historia, pero en el siglo XXI la expulsión poblacional de África adquiere unas dimensiones no conocidas en la Historia Universal y no es previsible que este fenómeno se

mitigue a medio plazo. La llegada de esos contingentes poblacionales del África subsahariana, que arriban a Canarias mayoritariamente en cayucos, es uno de los aspectos que más visibilidad tiene en la opinión pública aunque en términos absolutos no es el grupo mayoritario de inmigrantes.

Desde luego, la explicación general del éxodo masivo de subsaharianos tiene que ver con las dificultades de vida en sus países de origen, agudizado en el siglo XXI por la aplicación de las políticas económicas neoliberales bajo el rótulo del discurso de la globalización, que en realidad se trata exclusivamente de una globalización financiera, no así de los recursos ni de la mano de obra. Es un hecho que los países ricos tratan de cerrar sus puertas a quienes huyen de la miseria de África, pero es un fenómeno un tanto esquizofrénico, porque por una parte, los necesitan como mano de obra barata, y por otro lado, temen verse invadidos por gente que les parece indeseable. Como afirmaba el oriundo tanzano Walter Rodney en 1972, África ha sido doblemente explotada a lo largo de la historia, el capitalismo explota a los seres humanos, pero aquí por ser negros los explota más, sin escrúpulos. Como ha defendido E. Said se hace imprescindible civilizar primero la economía global, para civilizar después la sociedad, porque como bien expresa un proverbio del pueblo peul, al que pertenece uno de los autores de este libro, Amadou Hampate Ba, “que no se burle del ave ahogada quien nunca vadeó un río”.

Juan Manuel Santana Pérez

Glosario

1. Bieyet: tamices de bejuco para la pesca 67, 78
2. Bouki (del uolof): la hiena 165
3. Bour (del uolof): el rey
4. Emslag (tamashek): la paz 10, 110, 113
5. Gaynde (uolof): el león. 156, 157, 164, 165
6. Golo (uolof): el mono 151, 157, 158, 159, 165, 166
7. Griot (palabra francesa, en uolof: gueuel): un griot pertenece a las castas que están por debajo de la casta de los nobles; puede desempeñar varias funciones: ser consejero del rey, juglar, músico y sobre todo, genealogista. 13, 154, 162
8. Guelta o aguelmam: lugar donde se encuentra agua, normalmente encajonado en las rocas. 109, 112
9. El Hammadi (en la etnia peul): es un hombre de valor, pero cuyo valor está al servicio de su familia, su barrio, su pueblo 28, 29, 30, 36, 37

10. Isèmu: mezcla de semillas, cortezas y raíces aromáticas 143, 146

11. Keul (del uolof): calabaza, escudilla; es un recipiente que
sirve tanto para comer como para beber y medir granos
o líquido 156, 164, 178

12. Kori: oasis 112

13. Koukoudou koukoudou, wok, wok: onomatopeyas 88, 90, 178

14. Kuus (uolof): el duende barbudo 178

15. Lengue (uolof): palito que se suele entregar al recién
circunciso; sirve para saludar, cazar pájaros, protegerse
contra el ojo o el diablo e incluso para defenderse 164, 165, 166

16. Leuk (uolof): la liebre 17, 151, 152, 154, 155, 156, 157, 158, 159,
160, 162, 163, 164, 165, 166

17. Mana (uolof): soy yo 77, 152, 153, 154, 160, 161, 162

18. Mbeesi: machetes 67, 78

19. M'bil (uolof): la cierva 159

20. M'bonatte (del uolof): la tortuga 164

21. M'bott (uolof): el sapo 164

22. Mitoto: azadas 67, 78

23. Naar (uolof): designa el hombre oriundo de Mauritania.
 “Naar” designa también a cualquier habitante de otro
 país árabe 160
24. Nganga: un adivino 18, 143, 146, 147
25. Ngok: la piedra de moler 87, 90
26. Nieye (del uolof): el elefante. 155, 157, 163, 165
27. Ni y’ abèki gonbò: me ha tratado de puerco espín. 145, 148
28. Ntsengu-mantsengu: cestas o grandes recipientes 67, 78
29. Peul (uolof): una etnia en Senegal; su idioma también se
 llama peul; en general, los peul son pastores, con mucho
 ganado 25, 27, 32, 34, 154, 163, 184
30. Santalde (peul): excelentes madres de familia y buenas
 amas de casa. Si sus maridos traen algo a casa, saben
 cuidarlo. En cambio, no buscarán nada ni ganarán nada
 por sí mismas. 29, 30, 36, 37
31. Sègue (del uolof): la pantera
32. Takarkat (tamashek): especie de poleas de madera de
 un pozo
33. Takouba: gran espada tuareg 115, 118
34. Tamasheq: lengua de los tuareg 18, 110, 113

Editores

Stock

Cuento: « Pourquoi les couples sont ce qu'ils sont ? »

En *Petit Bodiel et autres contes de la savane*

Paris, 1994

Autor: Amadou Hampâté Bâ

L'Harmattan

Cuentos: « La bataille des deux coqs »

« La queue et la peau du buffle »

en *La Bataille des deux coqs et autres contes de Guinée*

Paris, 2005

Autor: Jean-Marie Touré

L'Harmattan

Cuento: « La calebasse d'Abouya »

en *Ablavi, la femme buffle et autres contes du Bénin*

Budapest, 2004

Autor: Bienvenu Agbolan-Afoutou

L'Harmattan

Cuento: "Kalla la noyée"

En *Conte beembé du Congo*, ed. bilingue français-beembé

Paris, 2002

Autor: Victor Nimy

Karthala

Cuentos: "Kulu et Beme"

« Beme et Mvomo le piton »

En *Contes du Sud du Cameroun*

Paris, 2002

Autor: Séverin Cécile Abega

Karthala

Cuentos: « Le lièvre et l'épervier »

« Le monde tourne, le monde change »

en *Contes du pays des Moose*

Paris, 2002

Autor: Alain-Joseph Sissao

Karthala

Cuentos: « Les amis du jardinier »

« L'arbre du pardon »

En *Contes et légendes touaregs du Niger. Des hommes et des djinns*

Paris, 1993

Autor: Laurence Rivaille et Pierre-Marie Decoudras

Présence Africaine

Cuento: « La cruche »

En *Le Pagne noir*

Paris, 1955

Autor: Bernard B. Dadié

Présence Africaine

Cuento: « L'homme qui fut changé en termitière »

En *Contes gabonais*

Paris, 1967

Autor: André Raponda-Walker

Présence Africaine

Cuento: « Tours de lièvre »

En *Les Contes d'Amadou Koumba*

Paris, 1961

Autor: Birago Diop

AKPAGNON/ACC

Cuento: « Triton la curieuse »

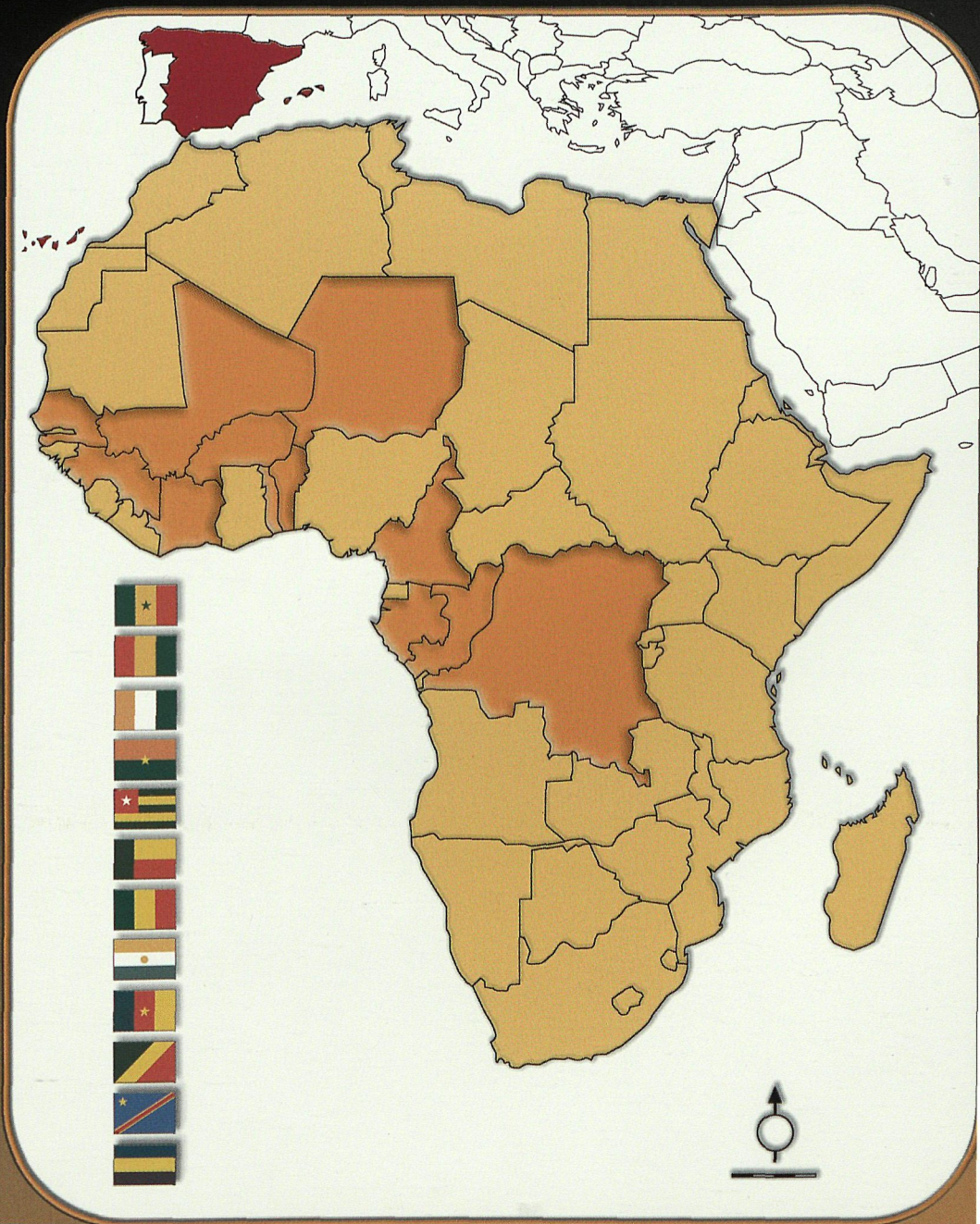
En *Contes et légendes du Togo*

Paris, 1981

Autor: Yves-Emmanuel Dogbé

REVISIÓN DE LA EDICIÓN

ELADIO SANTANA MARTEL



ULPGC.Biblioteca Universitaria



898406

BIG 087.5 MOS mos

La presente antología de quince cuentos francófonos recoge textos de Mali, Guinea, Benín, Congo, Camerún, Burkina Faso, Níger, Costa de Marfil, Gabón, Senegal y Togo. La edición bilingüe responde a la voluntad de dar a conocer el texto original francés –a menudo resultado de una transcripción oral a partir de lenguas autóctonas– junto con la versión española para satisfacer a aquellos lectores, cada vez más numerosos, que gustan de consultar las fuentes.

La temática ha sido uno de los criterios prioritarios en la selección de estos cuentos representativos del área subsahariana francófona. El lector encontrará una materia rica, diversificada y amena en aquellos relatos que difieren también en el aspecto formal.

Pero el cuento no es solo diversión y entretenimiento. En una sociedad en conflicto, ha servido también para ilustrar y resolver cuestiones espinosas, a través de imágenes, símbolos, o trasladando a mundos irreales situaciones humanas demasiado embarazosas, dando paso a la voz de la sabiduría popular, la más escuchada desde tiempos inmemoriales.

Ese aspecto etnológico del cuento resulta probablemente el más enriquecedor pues nos introduce en la cotidianidad de aquellas sociedades ancestrales no sin recurrir a cierto disfraz o travestismo, el que ofrece el rico bestiario africano, ese mundo animal que toma la palabra y se codea con protagonistas humanos con un desparpajo sin tabúes.

El cuento, vector de comunicación desde la noche de los tiempos, seguirá dando lugar al divertimento y a la reflexión si contribuimos a rescatarlo, desde la transcripción o la traducción, para mejor entendimiento de los seres humanos dentro de una sociedad inexorablemente globalizada.

Colaboran:

